

MORADORES DEL CRISTAL



Durante semanas, los Garou, salvajes hombres lobo que luchan por salvar la naturaleza, han estado librando una batalla desesperada contra los sicarios del malvado engendro del Wyrn, Jo'cllath'mattric. Ahora, por fin, ha llegado el momento de llevar la batalla al cubil de la bestia. En la Novela de Tribu: Moradores del Cristal, la joven vidente espiritual Julia Spencer trata de encontrar un punto débil en las defensas del enemigo pero al mismo tiempo, sin darse cuenta, puede estar llevando a sus hermanos de manada a una emboscada.



Tim Dedopulos

Moradores del Cristal

Novelas de tribu - 12

ePub r1.1

TaliZorah 09.07.13

Título original: *Werewolf Tribe Novel 6: Silver Fangs & Glass Walkers*

Tim Dedopulos, 2002

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

Ilustraciones: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0



Prólogo



Un escalofrío nauseabundo se abrió camino por la negrura y despertó su mente del letargo. *Ven, chiquilla*. Por debajo de su suave arrullo, la voz estaba teñida de maldad e hizo que los pelos se le pusieran de punta en una respuesta automática de rebelión y cólera. La oscuridad era absoluta. La mente de la mujer se llenó de preguntas, un torbellino de confusión. ¿Qué es? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quién soy? No había respuestas disponibles así que las desterró todas ellas. Ya habría tiempo más tarde, cuando el peligro hubiera pasado.

Dio un paso al frente y el mundo desapareció de su visión... o un mundo, al menos. Se encontraba en el claro de un bosque muy antiguo, junto a un estanque oscuro y le dolía la muñeca. Junto a las orillas del estanque crecían helechos y hierbas que se agitaban con aire irritado bajo la brisa. Hacían que el estanque pareciera hambriento, como si estuviera tratando de coger algo para comer. ¿Brisa? La mujer se dio cuenta de que el aire estaba completamente inmóvil —y el agua tan apacible como una balsa de aceite—

y se apartó un paso del estanque antes de que pudiera hacer nada por evitarlo.

Los árboles que rodeaban el claro absorbían la mayor parte de la luz, tiñéndolo todo de grises y verdes tristes, apagados. El bosque parecía formado por antiquísimos olivos, nudosos y retorcidos por el paso de los años. Crecían unos cerca de otros, más apretados que en cualquier olivar que hubiera visto, hasta el punto de que las ramas de unos envolvían a los árboles más próximos. Sin embargo, al otro lado del claro el bosque empezaba a abrirse. Pudo ver una abertura, una senda que se alejaba, un camino de salida. Rodeó el estanque con cuidado, caminando por la hierba, lejos del alcance de los juncos. Pero cuando estuvo más cerca se dio cuenta de que sus ojos le estaban jugando una mala pasada. Los árboles de aquel lado del claro estaban tan próximos como los del otro.

La luz debía de haberla engañado.

De hecho, la mujer veía ahora un camino al otro lado, cerca del lugar en el que había empezado. Tomó nota cuidadosamente de su posición, detrás de un juncal especialmente grande. Corrió a toda velocidad a su alrededor, manteniéndose fuera de su alcance —*por si acaso*, se dijo— y al llegar junto a los árboles buscó la senda. Nada. Cuanto más cerca se encontraba, más densa parecía la arboleda.

Se le heló la sangre al darse cuenta de que no era la luz la que le estaba jugando malas pasadas. Por espacio de un mero segundo, tuvo la intensa impresión de que los árboles se estaban riendo de su confusión y retrocedió atemorizada hasta que se acordó de los juncos que parecían acariciarle los talones. ¿Estaba soñando?

Esto no es ningún sueño, chica. Éste es el lugar al que perteneces, pero puedo llevarme el dolor. Lo único que tienes que hacer es pedirlo.

Un policía corpulento y sudoroso se encontraba frente a ella. Un momento antes, no había estado allí. El vivido azul pálido de su uniforme y el rojo destellante de su rostro suponían un contraste brutal después de los grises y verdes apagados del bosque. Su rostro estaba lleno de hostilidad y otras emociones más siniestras. La idea de que pudiera estar allí para ayudarla ni se le pasó por la imaginación. La mujer se volvió para huir pero él era más rápido de lo que parecía y antes de que se diera cuenta le había puesto la muñeca lastimada a la espalda, provocándole un dolor atroz. Un adversario así no hubiera debido ser una amenaza —ni siquiera hubiera debido ser merecedor de un comentario— pero por alguna razón no lograba recordar lo que debía hacer con él. El policía la obligó a tumbarse y a continuación, con una bota pesada en el cuello le apretó la cara contra el suelo.

Puedo acabar con el dolor. Puedo hacer que todo esto termine. No seas tozuda. Pídelo tan solo. Su atacante no parecía consciente de la solícita voz. Puede que solo ella pudiera oírla.

El policía le estaba arrancando la ropa mientras le susurraba asquerosas obscenidades y patéticos insultos al oído. *Ahórrate esto, chica. Pídemelo.* La mujer sintió que le bajaban los vaqueros y supo lo que ocurriría a continuación. La desesperación amenazó con embargarla y oyó la voz instándola a rendirse a ella. El dolor de la muñeca era una agonía pero ella aplastó la idea de ceder.

Cualquier dolor o indignidad era preferible a eso. Sintió una hirviente furia provocada por su impotencia. Se aferró a ella con desesperación, la apretó contra su pecho, la volvió contra la asquerosa realidad y la utilizó para alejarla de sí con todas sus fuerzas.

—Que te follen.

Escupidas con toda la fuerza de su ardiente furia, las palabras irrumpieron en el claro y desgarraron la voz que se agazapaba tras él. La escena se hizo jirones y por un glorioso momento la mujer pudo sentir cómo trataba su identidad de regresar a su lado para devolverle su nombre, su historia, sus armas, todo cuanto necesitaba para vencer aquella batalla de una vez y para siempre. La voz gritó de frustración y entonces la negrura volvió a cerrarse como un velo sobre ella. Privada de estímulos, de todo pensamiento o remembranza, flotó simplemente en la oscuridad, ignorando lo cerca que había estado una vez más.

Un escalofrío nauseabundo se abrió camino por la negrura y despertó su mente del letargo...

Capítulo uno



Muy lentamente, Julia empezó a ser consciente de un chisporroteo apagado y crujiente. Un sonido familiar. Se detuvo, con los ojos todavía cerrados, tratando de aclarar sus pensamientos lo bastante como para saber si se trataba de una amenaza o no. Olisqueó el aire y el delicioso aroma del venado asado terminó de despertarla.

—Eh, mirad, la Bella Durmiente despierta al fin! —Carlita, claro. Ahora se encontraba junto a la fogata, vigilando con ojos impacientes el asado.

—Buenos días, sí —dijo Julia, demasiado hambrienta como para quejarse. El venado olía de maravilla.

—Un poco tarde, ¿no? —dijo Carlita con una sonrisa enorme en los labios.

—Tenía que recobrar me. Lo de ayer fue... —trató de dar con una palabra que pudiera expresar las horas de batalla, la desesperada defensa del túmulo de saber y la espectacular curación de Grita Caos que había tenido lugar a continuación. Abandonó—. Excitante.

—No dejes que esa pequeña farsante te engañe —dijo Grita Caos sonriendo—. Sólo lleva diez minutos despierta. —La joven Roehuesos le sacó la lengua antes de seguir mirando el venado con ojos hambrientos—. ¿Cómo te sientes esta mañana?

—Tiesa como una tabla, de hecho —dijo Julia—. Pero muy bien a pesar de ello. ¿Y tú?

—En la gloria. —También lo decía en serio. Casi podía ver su alma brillando en su interior, trascendente.

—Entonces valió la pena. Valió la pena cien veces, de hecho. Por cierto, ¿alguien sabe cuantas Perdiciones matamos al final?

—Yo no estaba llevando la cuenta —dijo John Viento del Norte desde el otro lado del río, donde estaba lavando algo—. Estaba bastante liado. Pero creo que nos cargamos unas doscientas entre todos.

—¡La madre que nos parió! —Carlita parecía estupefacta.

—Desde luego vamos a tener una buena historia que contar —dijo Grita Caos.

—Sí, fue un buen día de trabajo —dijo Julia, lacónica. Pero no pudo evitar que una enorme sonrisa asomara a su rostro—. Eh, ¿dónde está Ojo de Tormenta?

—Explorando la zona en el mundo físico —dijo Grita Caos—. Se ha despertado temprano, mientras yo estaba aún dando la bienvenida al amanecer. Creo que buscaba una excusa para estar al sol. Desapareció con nuestro desayuno hace cosa de una hora.

—¿Ha dicho dónde estamos?

—En unas colmas. Pero todos nos preguntamos en cuáles.

—¿Qué ocurre, princesa? ¿Es que no te lo puede decir tu ordenador?

Desde el otro lado del fuego, Carlita sonrió para suavizar la puya y, casi sin darse cuenta, Julia empezó a hacerlo también.

Enarcó una ceja.

—¿Cuándo fue la última vez que viste un satélite GPS del Saber en la Umbra?

—Ahí le has dado. —Carlita no pareció molesta. Pinchó el vendado y asintió—. Muy bien, ¿quién quiere un poco?

De alguna manera, logró impedir que la embestida se la llevara por delante.



Llena y relajada por primera vez desde lo que parecían semanas, Julia se acurrucaba con el resto de la manada alrededor de la fogata, contemplando las brasas. Unas pocas llamas bailaban aquí y allá, lamiendo los trocitos de madera que aún no se habían terminado de consumir. Ojo de Tormenta había regresado hacía poco y les había informado de que todo parecía tranquilo en la zona, tanto en el mundo espiritual como en el físico. Julia se alegraba de ver que la Garra había regresado tan deprisa y pareciera tranquila y sin ganas de llevarse a la manada cuanto antes. Por mucho que odiase la pereza, la curación de Grita Caos le había costado un enorme esfuerzo.

Pero la misión también les había ofrecido recompensas. Julia se encontraba en el lindero del claro cuando La Perdición del Saber había estallado y se había convertido en espíritus de conocimiento y entonces había sido como si una luz alógena le desgarrara la mente mientras historias y saberes de todas clases se derramaban en ella. Podía sentir la nueva información en su mente, casi como si los mismísimos espíritus estuvieran esperando justo al otro lado de su consciencia un momento apropiado para aparecer y desplegarse delante de ella. ¿Desplegarse...?

—La Perdición de Saber estaba *hecha* de espíritus de cuentos. Plegados, retorcidos hasta convertirse en fibras musculares...

La comprensión de este hecho fue tan sorprendente que sólo se dio cuenta de que había hablado en voz alta cuando los demás se volvieron para mirarla.

Grita Caos fue el primero en hablar.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene... —buscó una manera de explicarlo de modo que tuviera sentido—... tiene que ver con la información. La información es como la energía; no se crea ni se destruye. Sólo se pierde.

—Como el resto de nosotros —musitó Carlita.

Julia suspiró.

—Muy bien, dos más dos es igual a cuatro, ¿vale? Si tuvieras el poder de hacérselo olvidar a todo el mundo, en todo el planeta, aunque pudieras hacer que olvidaran lo que son los números, seguirías sin poder cambiar el hecho de que dos más dos son cuatro. Nadie lo sabría, la información se habría perdido pero seguiría formando parte del mundo. Esto es válido para cualquier clase de información. La historia de Pulgarcito será siempre la historia de Pulgarcito aunque llegue un momento en que nadie la conozca. Siempre existe la posibilidad de que la información sea descubierta de nuevo: un libro perdido, un espíritu ancestral que la revela, unos glifos en una caverna perdida, lo que sea... no importa. Puedes hacer que la gente olvide, ocultarles ese conocimiento, negárselo, pero no destruirlo.

¿Qué tiene eso que ver con los espíritus del conocimiento?
Aun hablando con los gruñidos y movimientos que formaban la lengua de los lobos, el tono de Ojo de Tormenta parecía impaciente.

—¿No te das cuenta? Un espíritu de conocimiento es la consciencia de un fragmento de información. Si la información no

puede ser destruida, el espíritu debe de ser igual de indestructible. La Perdición del Saber no estaba alimentándose de los espíritus, los mantenía cautivos. Cuando Grita Caos la destruyó, los liberó. Porque estaba hecha de cientos de espíritus de cuentos, plegados y anudados y enredados unos con otros y unidos por medio de la esencia del Wyrn. Debía de ser un infierno para ellos. Literalmente. Atrapados dentro de esa impiedad, forzados a adoptar la forma del mal y a servir al Wyrn. Y cuando matamos al espíritu que los tenía prisioneros, volvieron a ser libres.

—Eso es monstruoso.

La tribu de los Hijos de Gaia era famosa por el carácter empático de sus miembros pero como Galliard, como narrador de cuentos Garou, Grita Caos parecía doblemente asqueado.

—Sí, pero piensa en las implicaciones. Las Perdiciones de Saber deben de haber sido creadas como prisiones móviles para los espíritus de los cuentos. Cuando el Wyrn atacó el Registro de Plata, tenía que hacer algo con toda la información que no podía destruir. Y para eso sirven las Perdiciones de Saber. No estaban sólo allí como soldados del Wyrn, o no sólo eso, al menos, sino para impedir que los cuentos atrapados fueran liberados. ¿Qué mejor manera de mantener algo apartado de nosotros que convertirlo en un enemigo peligroso?

—¿Podemos utilizar esto contra otras Perdiciones de Saber?
—preguntó Hijo del Viento del Norte.

—Quizá. Aún no lo sé. Es algo que tendremos que investigar. Si pudiéramos dar con un modo de despertar a los espíritus de los cuentos que hay dentro de las Perdiciones, puede que sí, puede que pudiesen escapar por sí solos. Eso haría que la Perdición se desintegrara.

Una brasa saltó del fuego, acompañada por una pequeña llovizna de chispas.

Tú eres nuestra Theurge, nuestra Vidente, y si tú dices que es así, te creo, gruñó Ojo de Tormenta. Pero no veo cómo puede eso cambiar las cosas. Una vez que nos hayamos recuperado, tendremos que transmitir lo que hemos descubierto y seguir cazando y exterminando más Perdiciones del Saber.

Grita Caos asintió lentamente y a continuación dirigió a Julia una mirada de curiosidad.

—¿Estás segura de esto? ¿O es sólo una buena suposición?

—Al principio pensaba que sólo era una suposición, pero ahora... no, estoy segura. Una de las cosas que descubrí cuando mataste a esa Pesadilla forma parte de un cuento arrancado a la mente de un viejo Danzante croata, hace años. —Mientras lo decía, la historia se despezó en su interior y por un momento irracional anheló poseer el don de un Galliard para contarla como se merecía—. El monstruo Jo'clath'mattric eligió a un niño para llevar varias Perdiciones del Saber al Bloque Occidental. Entre ellas había recuerdos y cuentos relacionados con él y los quería lo más lejos posible. Así es como lo recordaba el viejo, el niño era una especie de elegido —suspiró, frustrada—. Nunca se me han dado bien las historias. En todo caso, al muchacho se le entregó una monstruosa Perdición como mascota, una Perdición que se activaría cuando alcanzara la mayoría de edad y a él se le envió para que preparara un nido en... —guardó silencio, asombrada.

—Eh, ahora no nos dejes con la intriga, alteza —dijo Carlita.

Julia sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos.

—Se llamaba Mika Gerbovic y tenía que establecer un nido en el centro de Londres.



El doctor Robert Galland lanzó una mirada por toda su oficina y suspiró. Una de las paredes estaba cubierta de libros caros: obras de referencia, textos médicos, revistas, hasta una valiosa colección de grimorios y tomos proféticos antiguos. Todos ellos inútiles. A su espalda, una selección de obras de arte clásicas, testimonio de un gusto excelente, enmarcaba sus títulos, premios y diplomas. Tampoco le estaban siendo de gran ayuda en aquel momento. Los papeles y documentos que llenaban la cara superficie de cuero de su mesa de caoba eran poco menos que inútiles. A su izquierda, la visión que desde el edificio de investigación de la corporación Megadon se tenía del parque de Long Island, cubierto de niebla, era tan solitaria como de costumbre pero no ofrecía inspiración alguna.

Tres proyectos, los tres de importancia crucial, marchaban muy mal. El proyecto Acónito era el más frustrante de los tres; habían estado muy, muy cerca hasta que el idiota de Roland Hall se había dejado matar durante el viaje a Seattle. Un maldito transeúnte, además. Un buen samaritano. Si hubiera encontrado al chico... Pero no, eso hubiera sido demasiado fácil. Ahora el muchacho había desaparecido y todos sus preparativos estaban arruinados. Tardarían años en incubar otro.

Galland volvió a suspirar y apretó un botón de su teléfono. Su secretaria respondió al instante.

—¿Sí, señor?

—Voy a tomar algunas muestras del espécimen 113, Lucy. Estaré en el laboratorio de costumbre pero no me moleste a menos que se trate de algo realmente importante.

A aquellas horas de la tarde, los pasillos estaban en silencio. La mayor parte del personal se había marchado y el turno de noche no había empezado a llegar aún. La poca gente con la que se encontró detectó su estado de ánimo desde un kilómetro de

distancia y mantuvo la boca cerrada al pasar a su lado. Pero eso sólo consiguió irritarlo aún más; le hubiera encantado descargar su enfado sobre alguien. Puede que hasta literalmente. A pesar de la ausencia de gente, el laboratorio no estaba ni mucho menos ocioso. En la mayoría de las habitaciones había máquinas que zumbaban para sus adentros, vitrinas y centrifugadoras y contenedores con todas clases de maquinarias automáticas controladas por ordenador que recogían los resultados de los experimentos, los reducían a diminutos fragmentos y vomitaban sus informes. Eso hizo que se sintiera un poco mejor. Con toda aquella potencia de computación a su disposición, sólo era cuestión de tiempo que dieran en el clavo y las cosas volvieran a su curso. Aquél era el único modo de proceder.

El espécimen 113 estaba precisamente donde debía, en el laboratorio de seguridad del ala D. Por seguridad, el sujeto estaba maniatado, desnudo y tendido con los brazos abiertos sobre una gélida mesa de operaciones de metal. Unas gruesas bandas de metal lo sujetaban a la mesa por los tobillos, las rodillas, la cintura y las muñecas. Aunque recuperara de repente la consciencia, el 113 no iría a ninguna parte. Aparte de las esposas, estaba conectado por lo menos a tres experimentos diferentes, sin contar el goteo salino automático. El último de ellos estaba unido a él por la ingle. Si podían otorgarle carácter dominante a los genes de hombre-lobo de sus gametos, sería posible aumentar de forma notable la tasa de reproducción. La Señora estaba entusiasmada. Era la primera vez que Galland veía la máquina en funcionamiento y parecía extremadamente dolorosa. En todo caso, él confiaba en que lo fuera.

Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido al 113, resultaba evidente que había sufrido daños cerebrales. A pesar de un cierto brillo en los ojos que sugería que aún conservaba alguna

inteligencia, no podía hacer más que emitir el mismo gruñido ininteligible de forma constante. Oh, y gritar, claro. Galland decidió dejar para más tarde la toma de muestras. En el lugar de costumbre, dentro de un horno calentado a doscientos grados de temperatura descansaba una pequeña bandeja con instrumentos y agujas, algo de acero quirúrgico, un poco de la tres veces bendita plata. Tomó uno de ellos por el mango aislante y se lo clavó al 113 en el ojo.

El buen doctor hubiera sentido una decepción extremada de haber sabido que Mick apenas era consciente de que estaba gritando y desde luego no notaba el dolor de su cuerpo. Totalmente absorto en sus desesperados intentos por recordar el Nombre, para lo que le importaban aquellos tormentos, lo mismo podría haber estado tendido sobre una dorada playa del Mediterráneo.

Capítulo dos



A la mañana siguiente, Julia despertó temprano. Se sentía bien, descansada y fresca, y estaba impaciente por hacer cosas. Daba gusto pasar un día holgazaneando pero aún había mucho trabajo que hacer. Sus barreras estaban intactas. Nada se le había acercado durante la noche. A cierta distancia, en el extremo este del campo, junto al arroyo, Grita Chaos estaba aún celebrando la llegada del amanecer. De hecho parecía estar disfrutando de ello y Julia tuvo la repentina impresión de que nunca volvería a acostarse tarde. Carlita estaría encantada cuando lo supiera.

Media hora más tarde, todos estaban despiertos y se estaban terminando el venado del día anterior. Parecía que también el resto de la manada estaba impaciente por seguir... si es que lograban ponerse de acuerdo en un destino, claro.

—Sabemos que Jo'clath'mattric está en alguna parte de Serbia, o al menos cerca de la zona. —Grita Chaos parecía bastante resuelto—. Si ese horror es la fuente de las Pesadillas de Saber, lo más probable es que haya una gran cantidad de ellas en las proximidades y que algunas de ellas sepan cosas de utilidad. Creo que

deberíamos dirigirnos al Clan del Amanecer y utilizarlo como base. Caminante del Alba nos dará la bienvenida. Además, estoy seguro de que podrá ayudarnos. Creo que es un buen lugar para empezar, Hijo del Viento del Norte.

Pero el Wendigo no estaba dispuesto a dejarse convencer con tanta facilidad.

—Mira, ya estás curado y sabemos un montón de cosas nuevas. Tenemos que tratar de ayudar a Mari a combatir lo que quiera que la esté corrompiendo por dentro. Es una buena persona y si no se cura será un golpe terrible para Evan y Albrecht. ¿Quién sabe lo que podríamos conseguir? Tenemos que intentarlo. Las Perdiciones del Saber llevan Gaia sabe cuánto tiempo existiendo. Pueden esperar una o dos semanas más. Pero puede que Mari no. Puede que baste tu presencia para despertarla.

—¿Te refieres a que le lance ese aullido mañanero en la oreja? —dijo Carlita con aire despectivo—. Si ni siquiera sabemos si aún necesita ayuda. Y aunque sea así, no tenemos la menor idea de lo que le pasa. El Contemplaestrellas nos dijo que su problema era diferente al nuestro, ¿te acuerdas? No, yo creo que deberíamos regresar a la Gran Manzana. Allí estábamos tras la pista de algo. Ese Danzante con su lobo y sus fomori tenía algo en nuestra contra, específicamente.

—Bueno, yo creo... —empezó a decir Julia.

—¿Que deberíamos ir a Londres y tomar el té con la Reina? —la interrumpió Carlita con una terrible imitación del acento inglés de Dick Van Dyke.

—Sí, coño —le espetó Julia, irritada—. O más bien no. Al menos en lo del té —suspiró—. Mirad. Tenemos una buena pista. Sabemos que hay una madriguera de Perdiciones en esa ciudad y que las sacaron de los Balcanes *porque* estaban guardando información sobre Jo'clath'mattric. Tenemos el nombre de la

persona que es su guardián, o su controlador o su lo que sea. Sé que es posible que se hayan trasladado, Caos, pero también es posible que no lo hayan hecho y al menos no van a estar rodeados de kilómetros y kilómetros de cloaca, que es lo que pasará en los putos Balcanes. Mi túmulo estará cerca. El centro de Londres no tiene más de treinta kilómetros cuadrados, como mucho, y si hablamos de la City, no llega ni a los dos kilómetros cuadrados. Oficialmente, al menos. El Clan de la Ciudad Vieja está en un extremo de esta zona. Sería una locura no aprovechar esa ventaja. Y además, Soy una Moradora del Cristal, ¿os acordáis? Nuestro campo es la información y la sociedad humana. ¿Alguno de vosotros se acuerda de la sociedad humana? Podemos encontrar a ese cabrón de Gerbovic y su madriguera. Si alguna vez fue al colegio, ha tenido un trabajo o un negocio, utilizado una tarjeta de crédito, aprendido a conducir, se ha puesto enfermo o cualquier otra cosa parecido, podemos encontrarlo, joder, y explicarle con mucho, mucho detalle porque es malo andar jugando con Perdiciones. Tengo contactos en Londres. En Nueva York no y es muy posible que ese Danzante decidiera atacarnos porque sí, sin ninguna razón concreta.

—¿Y si no es humano ni forma parte de la sociedad humana?
—preguntó Grita Caos. La hipótesis no carecía de sentido.

—Si está en Londres, eso es imposible. Aun con los mejores disfraces e identidades falsas, aunque fuera un Espiral, dejará algún rastro. Yo puedo encontrarlo, a él y a su madriguera. Sé que puedo hacerlo.

—Pero Mari... —dijo Hijo del Viento del Norte.

—Te propongo una cosa: cuando regresemos al mundo físico, ¿por qué no llamas a Evan y le preguntas cuál es la situación? Te dejaré mi móvil.

El Wendigo pareció bastante agradecido. Julia lanzó una mirada feroz a Carlita y Grita Caos, desafiándolos a decir algo. La Roehuesos estaba a punto de hacerlo cuando Ojo de Tormenta la interrumpió:

Ya basta. Estoy harta de vuestros ladridos. Me encantaría ir a un lugar limpio y puro —Grita Caos esbozó una sonrisa— pero algo me dice que Julia tiene razón. El mejor rastro que tenemos comienza en Londres. Nuestra caza debería comenzar allí.

Julia sonrió a Carlita y Grita Caos y a continuación miró su reflejo en la pantalla de la agenda electrónica y cruzó la Celosía.

Naturalmente, estaba lloviendo.

Miró a su alrededor. Rápidamente al principio, por si había alguna amenaza a la vista, y luego con más cuidado, prestando atención a los detalles. Se encontraban en una zona de colinas suaves, verde y agradable. Los alrededores del arroyo eran más o menos idénticos a su contrapartida en la Umbra, pero el denso bosque en el que Grita Caos se había enfrentado a sus demonios no existía. Había árboles, por supuesto, pero eran bastante escasos y estaban dispersos por las colinas. Una pocas flores salvajes de principios de estación añadían un bonito toque de color al paisaje. En la distancia, las colinas ascendían al tiempo que se iban tiñendo de oscuro con más árboles. En la dirección opuesta, el paisaje se allanaba y empezaban a verse señales de la acción del hombre. Aunque aún no había caminos o pueblos a la vista, era de suponer que no estaban muy lejos.

Julia abrió agenda electrónica y encendió el programa localizador. Estado de Nueva York. Sí que habían hecho un largo camino. De repente, un recuerdo desagradable cruzó sus pensamientos. Abrió el correo electrónico y empezó a teclear furiosamente. El resto de la manada se reunió con ella mientras terminaba la nota.

—¿Nos estabas preparando un comité de bienvenida? —preguntó Carlita con curiosidad.

—Aún no —dijo Julia, un poco avergonzada—. El... hay que devolver el coche al servicio de alquiler o me meteré en líos. Sólo le estaba pidiendo a un amigo que me hiciera el favor.

Ojo de Tormenta se volvió hacia ella pero no dijo nada.

—Avisaré a Nicola de que vamos y de que tenemos buenas noticias. —Odiaba que pareciera que se estaba disculpando—. John, ¿quieres hablar con tu amigo? —le ofreció el teléfono.

—Gracias —dijo Hijo del Viento del Norte asintiendo. Cogió el móvil y empezó a marcar. Mientras llamaba, Julia abrió el mapa del programa localizador y llamó al resto de la manada.

—Mirad, estamos aquí. Aún seguimos en la región de los Apalaches, más o menos. Pero al otro lado, en un extremo de las Catskills. Aquí, entre Greenville y Cairo. No muy lejos de Red Hook. Oh, horror... —sonrió, pero ninguno de ellos pareció coger el chiste así que hizo como si no hubiera dicho nada y prosiguió—. Hemos dado un buen salto en muy poco tiempo, Grita Caos, gracias a tu puente. Casi un círculo completo, para ser exactos. La casa más cercana es la Antonine. El Protectorado de las Catskills. No sé si hay una piedra del camino allí, pero al menos debe de haber un puente a Finger Lakes.

—Es buena idea contarle al Contemplaestrellas lo que hemos descubierto —dijo Hijo del Viento del Norte mientras se reunía con los demás—. Es muy respetado y, dado que los suyos han huido, está más o menos al margen de la política.

Julia asintió.

—¿Qué ha dicho Evan?

—Siguen en Finger Lakes. No está lejos pero aunque Mari ha empeorado, está de acuerdo contigo en que lo de Jo'ellath'mattric

es más importante. El Rey Albrecht se ha ido a Europa y Evan está preocupado por él.

Grita Caos pareció sorprenderse.

—¿Se ha ido a Europa? ¿Por qué?

—Pretende encontrar... y matar... a Arkady y Jo'clath'matric.

Carlita fue la primera en recobrase y soltó un bufido despectivo.

—Ese tío tiene un problema grave de delirios de grandeza, hasta para ser el Gran Rey Colmillo.

—Puedo imaginarme la recepción que van a darle, en especial el Margrave Konietzko y Karin Jarlsdottir. —Grita Caos sacudió su cornuda cabeza—. Y no me extraña que Evan esté preocupado, en especial si Albrecht logra encontrar a Jo'clath'matric. Si queremos ser de alguna ayuda, tendremos que darnos prisa.

Entonces dejad de charlar y pongámonos en marcha, gruñó Ojo de Tormenta en lengua lupina. Trocó su forma de lobo por la enorme forma Hispo e inclinó la cabeza hacia el resto de la manada con aire expectante. Todos ellos cambiaron a su vez y entonces la manada entera se puso en marcha y empezó a cruzar las colinas a velocidad de vértigo.



La Perdición del Saber revoloteaba por la cámara inferior de la madriguera, tan inquieta como el resto de sus hermanas. Llevaban semanas sin alimentarse convenientemente. El impulso de obedecer las órdenes de su amo era fuerte, pero no absoluto y el hambre era una fuerza poderosa. Al igual que el aburrimiento. El poderoso Jo'clath'matric le había ordenado que se mostraran sumisas con el amo, pero no a cualquier precio y, además, *había*

sido obediente. Todas ellas lo habían sido. Sin embargo, había que comer. Durante las últimas semanas, algunas de ellas se habían aventurado a salir de caza. Habían compartido las presas pero la comida, aunque suficiente, habían sido escasa. Así que la Perdición, lo bastante hambrienta como para desobedecer, decidió salir a buscar por sí misma algo para comer.

Voló hasta el techo de la habitación y atravesó el pequeño agujero que conducía a la cámara superior. Las dos partes de la madriguera se parecían mucho: sendas cavernas toscas, de aspecto carnoso y un color rojo limoso recorrido de venas oscuras y pálidas. Confortable, pero tedioso después de semanas sin nada que hacer. Dos tercios de la carnada estaban allí, ocho o nueve en total. La cámara superior albergaba el portal al exterior y todas ellas parecían tentadas de romper la prohibición.

Ignorando a las demás, la Perdición del Saber voló directamente hacia el tembloroso esfínter que daba al exterior. Una vez fuera de la madriguera, se abrió camino poco a poco hacia el mundo exterior y conforme lo hacía fue sintiendo que su cuerpo adquiría peso y sustancia. Una sensación desagradable, como sumergirse en barro espeso.

A aquellas horas de la noche, la ciudad estaba en relativa calma. La Perdición del Saber voló sobre las farolas y se concentró en buscar comida. Avistó una presa prometedoras al final de un callejón, no muy lejos. La mente era dura y brillaba de violencia y avaricia, sazónadas deliciosamente con una neblina de drogas. Y había en ella una cierta profundidad, además, cosa rara en estos tiempos. La presa era un hombre alto y musculoso con una melena de mechones negros que caían en cascada por su espalda como zarcillos. Parecía estar esperando algo.

Cuando la Perdición se acercó, el hombre la vio. Para sorpresa de la criatura, en lugar de huir o asustarse, el hombre sacudió la cabeza, soltó un gruñido, y dijo, en parte para sí mismo:

—Paso de esta mierda.

Al tiempo que lo decía, levantó un arma y disparó tres veces. Asombrada, la Perdición no tuvo tiempo de apartarse y las balas se le clavaron en el cuerpo.

Furiosa por el irritante dolor, la Perdición del Saber soltó un chillido y se lanzó sobre el hombre. Éste disparó una vez más, sin apuntare y entonces la criatura cayó sobre él. Sus dientes atravesaron su oído, se clavaron en su mente y dio un tirón brutal. La suave y brillante luz de la deliciosamente salvaje personalidad del hombre cedió con facilidad, como si las drogas de su organismo la hubieran lubricado. La Perdición engulló la mente con avidez, absorbiendo, tirando y tirando hasta que no quedó nada. Las heridas de bala dolían y estaba decidida a drenarlo hasta el final. Pero en cualquier caso, dentro de pocos minutos tendría que regurgitar la comida y compartirla.

Cuando hubo terminado, regresó volando a la noche, dejando tras de sí al camello, tendido en posición fetal en elapestoso callejón.



—... y en aquel estallido de iluminación fue creado de nuevo y toda la manada fue bendecida con secretos y cuentos que se creían perdidos mucho tiempo atrás... incluida la localización de una madriguera de sus hermanas en la que había información sobre el terrible Jo'clath'mattric. Que las Perdiciones del conocimiento tiemblen, porque el Río de Plata baja crecido y caerá sobre

ellos con toda la fuerza de Gaia y los arrastrará y los desterrará de todos los mundos.

Grita Caos calló y dejó que sus manos extendidas cayeran y entonces se rompió el hechizo y Julia se acordó de volver a respirar. Todos parecían tan impresionados como ella. Hasta Antonine Lágrima y su visitante del sur, un reportero Fianna llamado Stuart Que-Persigue-la-Verdad. Julia tuvo que contener el infantil impulso de empezar a aplaudir y gritar. Miró a Grita Caos, vio el brillo de sus ojos y le sonrió. Sabía el poder que había tenido su relato.

Antonine guardó silencio durante un prolongado momento mientras ordenaba sus pensamientos. Cuando por fin se decidió a hablar, lo hizo con voz pausada y aire reflexivo:

—Vegarda me advirtió de que oiría algo importante esta noche así que no me sorprendió demasiado vuestra aparición.

Era una forma de decirlo. Cuando habían llegado a su cabaña, el Contemplaestrellas acababa de hacerles la cena. El momento había sido exacto, así como el número de raciones.

—Me alegro de que estuvieras aquí para oírlo de primera mano, Stuart —dijo Antonine—. Ha sido un relato poderoso, Grita Caos. Me ha perturbado en especial la idea de que nuestros saberes perdidos están en el interior de esas funestas Perdiciones. Me pregunto si son sólo nuestros cuentos lo que esconden. ¿Quién sabe qué historias y secretos han podido reunir a lo largo de los siglos? Podría haber información robada a los demás Fera... u otras fuentes más oscuras. El Wyrn puede ser indiscriminado y debéis tener mucho cuidado.

Julia pensó en la posibilidad de que algunos de los secretos del túmulo cayeran en manos equivocadas y se estremeció.

Carlita también parecía preocupada.

—¿Estás diciendo que no debemos matar a esas cosas?

Antonine sacudió la cabeza.

—No, si guardan información sobre la crisis que estamos viviendo, debemos obtenerla. Aún tenéis que desempeñar un papel mayor en la derrota de esta corrupción. ¿Vais a buscar su madriguera?

—Sí —gruñó Ojo de Tormenta en el lenguaje universal de los Garou—. Julia cree que está en Londres, colocada allí por un chico u hombre de Europa oriental.

—Está allí —dijo Julia—. Si poseyera el don de Grita Caos, podría contároslo de manera debida y comprenderíais por qué estoy tan segura.

—Bueno, si hay una cosa que puede decirse de los Rabagash —dijo Stuart—, es que somos los mejores extendiendo rumores. Y además soy periodista. Puedo asegurarme de que vuestra historia se conozca y reciba la mejor de las publicidades posibles.

—Y yo me aseguraré de que los oídos apropiados sepan la verdad sobre las Perdiciones del Saber —dijo Antonine—. Tenemos que destruir tantas como podamos encontrar. A pesar de los riesgos, hemos perdido ya demasiado y ése es el único curso de acción razonable. Descansad aquí por esta noche y por la mañana todos nos pondremos en marcha.

Capítulo tres



El viaje de regreso al Clan de la Ciudad Vieja fue sorprendentemente tranquilo.

El grupo estaba de camino media hora después del alba, tras un rápido desayuno. Una senda lunar que pasaba cerca del Protectorado de Catskills llevó al grupo a un pequeño clan de Uktena llamado Aguas de Cristal, situado junto a la frontera canadiense. Sus miembros fueron recibidos con cierta hostilidad durante el minuto más o menos que tardó Antonine en explicarles que la Manada del Río de Plata había sido elegida por el propio Uktena y revelarles la noticia sobre una nueva fuente de secretos del Wyrms. Después de eso, los trataron como si fuesen los hijos predilectos de la tribu que acabaran de regresar después de mucho tiempo.

Tuvieron que demorarse casi hasta la noche para satisfacer la curiosidad de los antiguos de Aguas de Cristal. Casi todos los detalles conocidos sobre las Perdiciones del Saber fueron examinados una vez tras otra, hasta que Julia empezó a sentirse como una rata en una mesa de disección. Las preguntas la obligaron a contemplar el asunto desde todas las perspectivas imaginables y

cuando todo ello hubo terminado descubrió para su sorpresa que tenía las ideas bastante más claras que cuando habían empezado.

Después de que los antiguos terminaran de interrogar a la Manada del Río de Plata, la Dama del Rito del clan se llevó a Julia a un lado. Luenga-en-Verdades, una antigua Theurge, hablaba con lentitud y parecía constantemente distraída. Podía llegar a tardar un minuto en formular una pregunta y Julia tuvo que reprimir su impaciencia para hablar con ella.

Cuando estuvo segura de que nadie más las oía Luenga-en-Verdades extendió un dedo nudoso hacia Julia y dijo:

—Tengo una última pregunta para ti, niña.

Julia asintió y trató de permanecer relajada. La Uktena parecía tan antigua que Julia pensó que seguramente hubiera llamado «niña» a la Reina Madre.

—No es una pregunta de la que espere una respuesta. Ahora no. Ni nunca. —Rió para sus adentros con su voz cacareante y a continuación se detuvo un instante para recobrar el aliento—. Los cuervos picotearán mis huesos mucho antes de que sepas cómo responder. Pero cuando llegue el momento en que necesites ayuda para empezar a encontrar una solución, puedes venir a nosotros. Ahora eres una hija de Uktena, como nosotros. Descubrirás que conocemos muchos secretos... —pareció perderse en sus ensañaciones. Julia estaba a punto de agitar una mano delante del rostro de la Uktena cuando la antigua parpadeó y continuó hablando—. Aquí recibirás toda la ayuda que necesites. Hay quien dice que la Tejedora está loca y que son sus salvajes ataques los que han vuelto loco al Wyrn. Ahora, niña, piensa. Si la Tejedora ha perdido la cabeza y ha provocado la locura del Wyrn, ¿qué fue lo que la volvió loca a ella?

Julia se la quedó mirando, estupefacta. Luenga-en-Verdades se echó a reír con su voz cascada al ver su expresión y salió de la

tienda. La antigua había tardado casi cinco minutos en completar su discurso y Julia necesitó el mismo tiempo para poner en orden sus pensamientos. Era una pregunta fascinante —posibilidades de todas clases se arremolinaban en sus pensamientos— pero era imposible que la Uktena esperara que ella resolviera un misterio de semejante magnitud. Con gran esfuerzo, desterró la pregunta de sus pensamientos y fue a buscar a los demás.

Los encontró fuera, cerca de la piedra del camino. Antonine y Stuart estaban preparando los viajes con el Guardián de la Puerta del clan. Carlita vio que se acercaba, enarcó una ceja y le salió al paso.

—¿De qué iba todo eso? ¿Secretitos de brujas?

Julia sacudió la cabeza.

—En realidad no estoy muy segura. Instrucciones, supongo, para el futuro.

—Bueno, debe de estar funcionando... ya hablas como una Theurge. Vamos, escúpelo. ¿Algo interesante?

—Confía en mí, no te interesa. *De verdad* que no te interesa.

—¿Qué pasa, Julia? ¿Es que no soy lo bastante buena como para saberlo?

No estaba bromeando.

Julia esbozó una sonrisa seca.

—No es nada de eso, te lo prometo. Es que yo misma no termino de entenderlo. Si alguna vez le encuentro sentido, te lo contaré.

—Muy bien —dijo Carlita, de nuevo sonriendo—. Si lo quieres así, Lady Di, guárdate tus secretos.

—¿Te he dicho alguna vez que ése es un chiste de mal gusto?

—Julia enarcó una ceja.

—No. ¿Crees que así me callaría?

—En realidad no —dijo Julia, resignada.

—En ese caso, si fuese tú yo no perdería el tiempo. Estoy segura de que hay toda clase de chorradas profundas y místicas a las que puedes estar dándole vueltas con ese cerebro de granito que tienes.

Julia miró a la Roehuesos. Carlita empezó a reír y, al cabo de un instante, Julia se unió a sus carcajadas. Aún se estaban riendo cuando Antonine y Stuart se dirigieron al resto de la manada. Al ver al Contemplaestrellas, Carlita le pasó un brazo a Julia alrededor de los hombros y la llevó con los demás.

—Vamos, princesa, oigamos lo que tienen que decir.

Antonine esperó a que llegaran antes de empezar a hablar.

—Stuart y yo marcharemos juntos en dirección sur durante algún tiempo antes de separarnos. El Guardián de la Puerta abrirá un puente a Ciudad Vieja para vosotros, si eso es lo que queréis. Dice que cree que por el momento es seguro. La tormenta parece haber terminado, o al menos está concentrada en Europa meridional y otros han conseguido atravesar el Atlántico sin problemas en los últimos días. Sin embargo, también podría abrir un puente a algún lugar situado cerca de un aeropuerto internacional. ¿Qué preferís?

Si el Guardián de la Puerta cree que es seguro, no hay razón para enterrarse en uno de esos malditos tubos de metal, dijo Ojo de Tormenta en la lengua lupina.

—Aparte de que —dijo Julia con aire abatido— nuestros pasaportes están en este momento de camino a Londres desde Waynesville, Carolina del Norte. Junto con el resto de nuestras cosas.

La manada entera se volvió hacia ella.

—Vale, vale, son *mis* cosas, sobre todo. Sea como sea, tendríamos que conseguir pasaportes y documentación nuevos.

Usaremos el puente.

—Bien. Buena suerte con todo —dijo Antonine con voz cálida.

—Sí, ha sido un placer conocerlos —dijo Stuart—. Me habéis dado mucho en que pensar. No os preocupéis, haremos correr la voz.

—Desde luego —dijo Antonine—. Yo me encargaré de que la gente apropiada sepa de vuestras hazañas.

Se despidieron y entonces la Manada del Río de Plata se dirigió a la piedra del camino y penetró en la Umbrá. El Guardián de la Puerta había abierto ya el puente y allí estaba, brillando en el aire.

Ojo de Tormenta, ya en forma su Hispo, saltó al puente mientras profería un gruñido de agradecimiento. Julia cambió de forma junto con los demás y la manada empezó a correr por el puente. El cruce fue tranquilo. El puente discurría tan lejos del océano que Julia no podía distinguir ninguna actividad en su superficie. De tanto en cuanto avistaba algún espíritu en la distancia, Trochas y Lunas en su mayor parte, pero ninguno de ellos pareció interesarse en la manada. Muy lejos, un tenue pero continuo rugido no dejaba de recordarle que la tormenta seguía activa. Además, hacia el este el horizonte estaba oscuro y tenía un aspecto amenazante. Conforme pasaban las horas y viajaban hacia allí, Julia trató de ignorar el creciente volumen de la tormenta y la ominosa presencia de Anthelios, la funesta estrella roja que anunciaba el Apocalipsis.

Finalmente, el puente empezó a descender sobre el conocido paisaje de la Penumbra de Londres. Lo hizo de manera muy acusada, como si quisiera evitar en la medida de lo posible aquella región dominada por la Tejedora. La ciudad de Londres era vieja aun antes de que los Guardianes de los Hombres se convirtieran en los Guardianes de la Ciudad, por no hablar de los Jinetes de Hierro o los Moradores del Cristal. Muchos de sus edificios más

importantes llevaban intactos desde hacía siglos. Allí donde los viejos bloques habían sido derribados para dar paso a una arquitectura nueva y moderna, en la Penumbra se conservaba todavía el recuerdo tenue de los edificios antiguos. Para cuando se desvanecían del todo, los que se habían erigido en su lugar empezaban a proyectar sus propias sombras, de modo que —como ocurría en la mayor parte de Europa occidental— el paisaje de la ciudad en la Umbra era muy semejante al del mundo físico.

Existían notables excepciones, por supuesto. No había ningún London Eye que estropeará la visión del Támesis, ningún Canary Wharf dominando el cielo en dirección este con una gigantesca y resplandeciente pirámide. De tanto en cuanto, un inquietante solar vacío daba testimonio de un nuevo desarrollo o un espacio sin utilizar. Pero cualquier turista que fuese escogido al azar y llevado hasta allí hubiera sido capaz de reconocer los hitos más conocidos del paisaje, desde la torre del Big Ben y la Sede del Parlamento a Coven Garden y la Catedral de san Pablo, pasando por la Torre de Londres. Todo era casi idéntico.

Salvo, claro está, la presencia de la Tejedora.

Allí, en la Penumbra, las únicas cosas que se movían —no se las podía llamar seres vivos— eran las vastas hordas de Arañas de Patrón y Arañas de la Red que infestaban las telarañas tendidas sobre todas las cosas. Todos los edificios estaban envueltos en innumerables capas de pegajosa telaraña. Gigantescas hebras unían entre sí los edificios y todas las esquinas estaban cubiertas por telas más finas. La ciudad estaba casi en su totalidad en las garras de la Tejedora. No por completo, claro. Se veían espíritus cucaracha y espíritus rata deslizándose por todos los agujeros, junto a oportunistas de todas clases que sabían lo bastante como para hacerse un hueco en el que vivir. El Viejo Padre Támesis tronaba a lo largo

del centro de la ciudad, feroz y desbocado, ajeno por completo a los puentes y embarcaderos que lo salpicaban.

Sin embargo, en su mayor parte, el paisaje estaba en manos de los sicarios de la Tejedora. Ciudad Vieja era un refugio bienvenido en medio de aquel paisaje. Julia podía sentir de manera casi física el desagrado de Ojo de Tormenta, y Grita Caos no parecía mucho más contento, ni siquiera en su forma Hispo.

En la Penumbra, Ciudad Vieja tenía casi el mismo aspecto que había tenido durante siglos. El túmulo había sido un lugar sagrado desde tiempos inmemoriales. La presencia de los romanos había alentado el crecimiento de Londinium y cuando el desarrollo a lo largo de la Vieja Calle se había tragado el lugar, se construyó una pequeña fortaleza para protegerlo y a su alrededor se erigió un muro de piedra. A medida que la ciudad crecía durante la Alta Edad Media, el clan se mantuvo de acuerdo con las modas arquitectónicas de la época, asegurándose de que el mundo exterior no sospechaba de su presencia. A lo largo de la Edad Media Plena, el lugar se terminó de cerrar, con su exuberante patio central rodeado por una impresionante mansión que por su estilo parecía una casa gremial o un almacén de grano. Fue reconstruido de nuevo dos veces, en las épocas georgiana y victoriana, y una vez más después de la guerra. Todos los cambios habían dejado su marca.

Ciudad Vieja conservaba un aire esencialmente medieval, con sus gruesos muros de piedra y sus estrechos ventanales. Los edificios de la estructura se desperdigaban alrededor del patio central y el puente lunar descendía en una acusada pendiente entre ellos. No había tallas ni decoraciones ostentosas; aunque el clan no se parecía demasiado a los edificios que lo rodeaban, en la Penumbra no había manera de distinguirlo de otros muchos edificios de la Square Mile. Pocas de las estructuras de piedra contaban con

patios interiores, por supuesto, pero había las suficientes en la ciudad y sus alrededores como para que no resultara demasiado chocante: lugares como Gray's Inn, Lincoln Inn y Temple, con su iglesia circular. Julia sonrió. A los abogados de Londres parecían gustarle los parques.

En el mundo físico, el clan tenía un aspecto igualmente inofensivo. El camuflaje actual había sido colocado en los cincuenta y hacía que pareciera un conjunto de almacenes reconvertidos construidos con ladrillos amarillos. Desde la fachada no había forma de saber hasta donde se extendían los edificios o que los ladrillos no eran en realidad más que una fachada que ocultaba unas defensas muchos más poderosa. Parte de la fachada pertenecía a la pequeña compañía de finanzas del clan, muy útil como tapadera y por su capacidad de generar ingresos. El resto era el mismo tipo de propiedad sin propósito definido que podía encontrarse por toda la zona norte y este de la ciudad, edificios genéricos que parecían servir lo mismo como viviendas, almacenes, oficinas y bares.

Mientras la manada se dejaba caer sobre el corazón del túmulo, Julia se adelantó para colocarse en cabeza. Se detuvo en el patio interior y se tomó un momento para saborear la conocida visión. Era un placer volver a estar en casa. El resto de la manada se reunió con ella momentos más tarde. Les sonrió y dijo:

—Bienvenidos a Ciudad Vieja.

Cambió a su forma Homínida y los demás la imitaron, a excepción de Ojo de Tormenta, por supuesto, quien adoptó la forma Lupus. Cuando todos estuvieron preparados, Julia se encaminó al interior, llevándolos a todos consigo.

Su bienvenida murió en sus labios. La mitad del clan parecía estar reuniéndose a su alrededor y se veía toda clase de expresiones en sus rostros. Nicola Corre-el-Río, Gran Antigua Fianna y

líder del clan, estaba al frente, hablando con Roger Blake, Protector y jefe de seguridad. Geoffrey Taylor estaba con ellos, lo que no era una señal demasiado buena. Detrás de estos tres se estaba reuniendo una verdadera muchedumbre que los observaba. John Sullivan, Guardián de la Puerta del clan y administrador de la red, debía de haberles advertido sobre su llegada.

Geoffrey se aprovechó de la distracción momentánea de Nicola.

—Julia, querida, es un placer ver que te has dignado a alegrarnos de nuevo con tu presencia. Debo decir que estás especialmente guapa esta tarde.

Hubo algunas risas disimuladas por todo el patio y otras tantas carcajadas.

Horrorizada, Julia se dio cuenta de que aún llevaba los mismos harapos apestosos que cuando partieran de Carolina del Norte, una semana atrás, y recordó que durante todo ese tiempo no se había peinado una sola vez. Cuando concluyeron su búsqueda estaba tan concentrada que su apariencia no se le pasó una sola vez por los pensamientos y después de ello se había sentido del todo cómoda con la manada. La amable informalidad de Antonine había apaciguado también su naturaleza cohibida y los Uktena no habían demostrado el menor interés en su peinado. Sólo ahora, de vuelta en el «sofisticado» Londres, caía en la cuenta de que tenía el aspecto de una vagabunda.

Un repentino destello le hizo saber que algún bastardo cruel acababa de inmortalizar el momento con una cámara. Sin duda la foto estaría en MCnet, la versión de Internet de los Moradores del Cristal, en cuestión de minutos. Se puso roja y, casi sin darse cuenta, se encontró buscando desesperadamente algún sitio donde esconderse.

Carlita la salvó. La flaca muchacha se abrió camino con brusquedad por entre la muchedumbre, sonriendo como un gato de Cheshire.

—Sí, no tenemos muy buen aspecto. Últimamente no hemos tenido demasiado tiempo para tumbarnos a la bartola y acicalarnos. Pero no te preocupes, viejo. Enseguida volverá a parecer joven y preciosa para puedas machacártela a gusto. Cosa que no puede decirse de ti, me temo.

Geoffrey se puso pálido y su mandíbula se movió sin producir sonido alguno. Era difícil saber cuál de las implicaciones resultaba más ofensiva: la de que era perezoso y vanidoso, la de que era viejo y feo o la de que sentía deseos sexuales por una camarada Garou. Algunos de los presentes se echaron a reír abiertamente y hasta Nicola sonrió.

—Pequeña zorra yanqui... nunca... en toda mi vida... semejante insolencia... —estaba tan ofendido que balbuceaba sin poder evitarlo.

—Eso es mucho tiempo, sí —dijo Carlita, con voz paternal y calmante—. ¿Estás seguro? Lo más probable es que te hayas olvidado.

Por un momento, Julia creyó que el viejo necio iba a adoptar su forma Crinos y atacarlos. Sus ojos despidieron chispas y pudo ver que la rabia se acumulaba en su interior. Con un esfuerzo supremo, logró controlarse, se volvió y se marchó abriéndose camino entre la multitud sin más comentarios. Corre-el-Río lanzó una mirada irritada en su dirección y prosiguió con su conversación. Un reguero de risas mal disimuladas lo siguió hasta más allá del patio.

—Ha sido *magnífico*, Carlita! —Julia estaba sonriendo abiertamente y tuvo que reprimir el impulso de darle un gran abrazo a

su compañera de manada—. Siento de veras lo de Geoffrey. Es un...

—¿Rabagash? —preguntó Carlita con aire esperanzado.

—Gilipollas —le corrigió Julia.

Carlita se echó a reír.

—No es para tanto. Estoy acostumbrada a los capullos. Ningún viejo mohoso se burla de *mi* hermana.

—Eso es privilegio tuyo, ¿no? —dijo Julia, sonriendo.

—¡Poder, pues sí! —le sonrió Carlita a su vez.

Corre-el-Río terminó de hablar con su Protector y se acercó a ellos. A su espalda, Blake se marchó para hacer algún recado.

—Siento lo de antes —dijo Nicola—. Bienvenidos a Ciudad Vieja. He oído rumores sobre vuestras hazañas... —miró a Grita Caos—... y tu milagrosa recuperación. Estoy ansiosa por conocer la historia en todo detalle y os invito a quedaros todo el tiempo que queráis. Hay espacio de sobra en las habitaciones de invitados y tenemos ropa de vuestra talla que podéis utilizar mientras limpian la vuestra. Nos veremos mañana después del almuerzo... digamos a las 2 de la tarde, en mi oficina. Julia, hay una o dos cosas que tengo que discutir contigo primero. ¿Podemos vernos en la Sala de Reuniones Tres a las 9 de la mañana?

Era la habitación que se utilizaba para las entrevistas formales. A Julia le dio un vuelco el corazón. Asintió, mientras empezaba a sentirse un poco mal.

Nicola esbozó una sonrisa desenvuelta.

—Estupendo. Me alegro de verte. Disfrutad de vuestra estancia aquí.

Se alejó y los curiosos empezaron a dispersarse, charlando entre sí.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Hijo del Viento del Norte.

—Bueno, desde luego explica la presencia de la multitud; debe de haber corrido el rumor y querían oír lo que Nicola tenía que decir. Ha venido para decirme que estoy metida en un lío y que mañana me voy a ver las caras con la junta.

—¿Ah, sí? —preguntó Grita Caos, dubitativo.

Julia asintió.

—Has pasado demasiado tiempo fuera de juego, Grita Caos. Los británicos prefieren enfrentarse a los problemas con circunloquios en vez de abordarlos directamente. Y sobre todo los Moradores del Cristal.

Corre-el-Río es una Fianna, gruñó Ojo de Tormenta en la lengua de los Garou.

—Sí, pero lleva con nosotros mucho tiempo y ya era especialmente sutil cuando llegó. En su caso, lo que habéis visto ha sido una advertencia muy clara.

Julia suspiró.

—Tendrá que pasar por encima de mi cadáver primero —dijo Carlita con fiereza. Esta vez Julia sí que la abrazó, con fuerza.

—Gracias, Gran Hermana.

—**Bh!** **Q**uita de aquí, inglesa llorona! —Julia ignoró sus protestas y Carlita le devolvió el abrazo—. Eh, en serio, ¿estarás bien? Julia la soltó, esbozó una sonrisa seca y retrocedió un paso.

—No te preocupes por mí. Todo irá bien. Necesitamos los recursos que Ciudad Vieja puede ofrecernos. Lo peor que podrían hacerme es despedirme por mala conducta. Venid, os enseñaré las habitaciones. La idea de darme un baño caliente está haciendo que me tiemblen las rodillas.

Una vez que todos los demás estuvieron instalados en sus cuartos, Julia se encaminó a su dormitorio. Había logrado vencer a la manada de que estaba relajada y tranquila con respecto a lo que le esperaba al día siguiente pero la verdad era que

tenía miedo. La idea de perder su hogar resultaba aterradora. Mientras caminaba por los pasillos no dejaba de darle vueltas a lo que ocurriría al día siguiente. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que ni siquiera oyó su nombre la primera vez.

—Julia. ¿Julia?

Se volvió y se encontró frente a Rob Thompson, un pariente y uno de los piratas informáticos del clan. De hecho, uno de los mejores y, por añadidura, un tío simpático. Sonrió.

—Hola, Rob. Lo siento. Estoy un poco distraída. ¿Qué puedo hacer por ti?

Él le obsequió con una bonita sonrisa.

—Yo... yo sólo quería darte la bienvenida y... —hizo una nueva pausa. ¿Estaba moviendo los pies?—... y decirte que creo que estás preciosa, de verdad. Como siempre.

Julia se preguntó un momento si le estaría tomando el pelo pero finalmente tuvo que admitir que no era así. Se dio cuenta de que estaba sonriendo y sintió que se ruborizaba.

—Rob, um...

—Mira, apuesto algo a que estás cansada. Ya te veré. Esta noche.

Con una última sonrisa, se marchó. Julia lo observó mientras se alejaba. Todos los miembros del clan se mantenían en magnífica forma, hasta los programadores —el uso del gimnasio era obligatorio— pero hasta entonces nunca se había fijado en lo bonito que era su culo. Tarareando para sus adentros, se dirigió en busca de su anhelado baño.

Capítulo cuatro



A las nueve menos cinco de la mañana siguiente Julia estaba esperando, impoluta, en el exterior de la Sala de Reuniones Tres. Después de un baño muy largo y muy caliente se había ido directamente a la cama. A las once estaba dormida y menos de ocho horas después volvía a estar despierta. Arreglarse el cabello le llevó casi una hora más y para cuando hubo conseguido maquillarse un poco, arreglarse las uñas y ponerse un traje sobrio pero dinámico, apropiado para la ocasión, la posibilidad de desayunar se había esfumado.

Una vez más, comprobó con nerviosismo su aspecto en la puerta de cristal cilindrado y descubrió con un levísimo alivio que no estaba del todo mal. Se negaba a admitir, siquiera por un momento, que la aterraba la posibilidad de que algo se le hubiese pasado por alto o, peor aún, que de una manera mística hubiera vuelto al estado repulsivo de he-pasado-la-semana-arrastrándome-de-espaldas-por-un-laberinto-de-espinos de la noche anterior. Reprimió un escalofrío y volvió a mirarse en el cristal.

Su agenda electrónica emitió un suave zumbido para indicar que eran las nueve: hora de entrar. Suspiró profundamente una vez y llamó a la puerta que tenía delante.

—Pase —dijo Nicola con voz neutra.

Julia trató de aplastar las mariposas de su estómago, abrió las puertas y entró. La Sala de Reuniones Tres se utilizaba para entrevistas e interrogatorios. Había una gran mesa de caoba a la izquierda, frente a la ventana. En ella podían sentarse con comodidad cuatro o cinco personas por lado. Nicola Corre-el-Río estaba sentada detrás, en un sillón de cuero, flanqueada por Blake y su superior entre los Theurge, Karen Oldbury, la jefa de personal que oficiaba también como Receptora de la Verdad y Maestra del Desafío del clan. La junta principal y nadie más. Iba a ser una reunión difícil, pues. Un par de tientos con plantas de alguna clase —uno a cada lado de la mesa— y algunas obras de arte en las paredes trataban en vano de suavizar el impacto severo de la habitación.

En el centro de la misma, habían colocado una solitaria silla de plástico de color naranja, como las de la cantina, delante de la mesa. El mensaje estaba claro. *Nosotros tenemos el poder, el estatus y las defensas, declaraba. Tú estás sola y no eres nadie y tu incomodidad no nos importa.* La habitación siempre tenía el mismo aspecto, por supuesto, pero eso no la consolaba demasiado. Mirar a la silla bastaba ya para intimidarla. Sentarse en ella...

—Buenos días, Julia —dijo Nicola—. Siéntate, por favor.

—Buenos días —dijo Julia, tratando de hablar con la voz más neutra posible. Se acercó a la silla y se sentó, dolorosamente consciente de las miradas de los antiguos.

—Confío en que hayas descansado de tu aventura.

—Sí —dijo Karen—. Si estás cansada, dínoslo. Podemos dejar esto para más adelante.

Julia la conocía lo bastante bien como para no dejarse engañar por su tono de voz.

—Estoy en plena forma, gracias —se obligó a esbozar una sonrisa—. Es un placer volver a estar en casa.

Nicola la miró con aire reflexivo.

—¿De veras lo es? Me pregunto... —Aquello preocupó a Julia. ¿Qué quería decir? Antes de que pudiera pensar en una respuesta apropiada, Nicola continuó—. Tenemos algunas preocupaciones, Julia. Durante el mes que has pasado fuera, ha habido quejas.

Se volvió hacia Karen y ésta asintió.

—En concreto —dijo la Receptora de la Verdad— hemos recibido una protesta formal por tu comportamiento en Yunque-Klaiven, de su Protector, en la que se te acusa de haber invocado de forma temeraria a un espíritu hostil; también hemos recibido por canal interno una queja sobre tu conducta en ese clan y se ha puesto en tela de juicio tu capacidad como embajadora de éste. También ha habido dos quejas sobre la duración de tu imprevista ausencia y, la última noche, una queja por la actitud maleducada de uno de tus invitados.

Al ver la expresión de Julia, Nicola prosiguió con voz más amable.

—Mira, Julia, no es tan malo. Los Fenrir sólo estaban siguiendo el procedimiento. Si han protestado es porque es lo que se hace en estos casos. He hablado con Jarlsdottir y no hay problema. En privado, cree que actuaste correctamente y con valentía, aunque si alguien se lo pregunta seguirá diciendo que te comportaste como una temeraria. Todos sabemos que Geoffrey y tú tenéis un problema personal y hemos desechado las dos quejas sobre tu conducta. Lo de Yunque-Klaiven no es problema y lo que le pasó a Geoffrey ayer no es ni más ni menos que lo que se

merecía. Pero le he insinuado que te castigaríamos y le he pedido que permanezca apartado de tu camino durante algunos días.

Blake soltó una risilla.

—Esa deslenguada Roehuesos es valiente y está muy orgullosa de ti. No te separes de ella. Algún día podría salvarte algo más que la vida.

—En cuanto a tu imprevista ausencia —continuó Nicola—, bueno, tengo una idea más o menos aproximada de todo lo que habéis tenido que pasar. Demostrasteis mucho valor en el asunto del río Tisza, sobre todo habida cuenta de la juventud de tu manada. Creo que actuasteis bien. Antonine Lágrima habla muy bien de vosotros y el artículo sobre la curación de vuestro metis que saldrá dentro de poco es impresionante. Está claro que tu manada ha forjado unos lazos muy fuertes y que ha hecho cosas dignas de mención y estoy impaciente por saber lo que habéis averiguado. Has utilizado tu tiempo de forma constructiva. Ése no es el problema.

Julia pestañeó. Los interrogatorios en la junta no solían comenzar desechando todas las acusaciones.

—¿Entonces de qué se trata? No lo comprendo.

—No estamos aquí para castigarte, Julia. Te has comportado bien en un momento muy difícil. —Karen hablaba como si de veras le profesase simpatía—. Estamos aquí para decidir si todavía hay lugar para ti en este clan.

—¿Estáis de acuerdo con lo que he estado haciendo y por eso estáis pensando en echarme? ¿Os importaría explicármelo de nuevo? —Julia estaba estupefacta.

—Eres joven, Julia. Habilidosa, perceptiva, trabajadora... pero llevas varios meses sin parar quieta. No has dejado que eso afectara a tu trabajo, cosa que respeto, pero no ha pasado inadvertido. Ahora que perteneces a una manada poderosa y has

empezado a salir al mundo para hacer cosas importantes... estás empezando a labrarte una reputación y no sería de extrañar que gente de todas clases empezase a decidir que necesita la ayuda de la manada del Río de Plata. ¿De veras crees que podrás ignorar todo eso y regresar a tu rutina diaria de nueve a cinco en el clan?

—Hay muchísimo trabajo ahí fuera para una manada joven y ansiosa, muchacha. —Blake casi parecía nostálgico—. Aunque la manada del Río de Plata se separara, encontrarías otra. Ésta es tu oportunidad de marcar las diferencias por ti misma en lugar de cómo parte de nuestra pequeña operación.

—Pero éste es mi *hogar* —dijo Julia, desesperada y a punto de echarse a llorar—. Toda la gente a la que conozco está aquí. Mis amigos están aquí. Mis cosas están aquí. Mi familia está aquí... mi padre. Él está tan orgulloso de mi trabajo... Si me echáis se le partirá el corazón.

—Julia. —La voz de Nicola era una curiosa mezcla de amabilidad e insistencia y se abrió camino entre sus emociones—. Sé honesta contigo misma. Tus amigos y tu familia se alojan en este momento en la Suite de Invitados C. Sé que estás asustada. El cambio resulta aterrador, en el mejor de los casos y, vaya, no puede decirse que estos tiempos sean los mejores. Pero estás creciendo... más allá de los límites de Ciudad Vieja. Tu padre se sentirá aún más honrado cuando empieces a labrarte una reputación.

—No puedo creer que esto esté pasando. Os *necesito*. Necesito vuestra ayuda.

Pero hasta a ella misma le parecían sus palabras insignificantes y dubitativas.

—¿Necesito? —señaló Karen—. ¿No deberías decir más bien «Necesitamos vuestra ayuda»?

Julia la miró, insegura y confusa.

—No vamos a echarte de aquí si de verdad no quieres irte, Julia. Y, pase lo que pase, siempre serás bienvenida. —Las palabras de Nicola suponían un cierto consuelo—. Eres popular y se respeta tu trabajo. Hasta Geoffrey, a pesar de los celos que siente, está a su manera y en secreto orgulloso de ti. Pero si estás demasiado asustada como para dar el salto por ti misma y necesitas que te empujen, bueno, sería una crueldad por nuestra parte dejarte aquí. Es lo menos que podemos hacer. Por lo demás, luego hablaremos con la manada entera, nos contaréis lo que ocurre y veremos la ayuda que podemos prestaros.

—Hablemos de la ayuda que acabas de mencionar. Has venido por asuntos personales. Asuntos del Río de Plata —dijo Karen—. ¿No te dice eso algo? Le has pedido a Ciudad Vieja que ayudara a tu manada. No lo critico. Sólo señalo que convendría que decidieras cuáles son en realidad tus prioridades.

—Estás dejando que tu mente y tu miedo se interpongan en el camino de tu corazón, chica.

Blake le sonrió, posiblemente en un intento por suavizar sus palabras.

—Te dejaremos sola un rato —dijo Nicola—. Piénsalo y sé honesta contigo misma. Si quieres hablar de ello, los tres estaremos encantados de ayudarte, cuando lo creas necesario. Piensa en ello.

Los antiguos se levantaron, salieron en fila de a uno de detrás de la mesa y se dirigieron hacia la puerta. Blake fue el último en hacerlo y, antes de marchar, se volvió hacia ella y le dijo con aire amigable:

—¿Qué posibilidad te asusta más, Julia? ¿Abandonar Ciudad Vieja o abandonar Río de Plata? Cuando sepas la respuesta, ven a vernos.

Entonces se fue también y cerró la puerta tras de sí. Julia permaneció exactamente donde estaba, sentada en una incómoda

silla de plástico en mitad de una sala vacía y dejó que las lágrimas dibujaran una máscara sobre su rostro.



Pero no estaba dispuesta de ninguna manera a presentarse ante los demás con el aspecto de un oso panda de broma. Se dirigió al lavabo de señoras a través de la Sala de Reuniones Uno, sin abandonar la forma Crinos —en momentos como aquél, era una suerte tener pelo en la cara y un hocico— y dando gracias a Gaia porque su maquillaje no formase parte del cambio. Diez minutos de agua y jabón lograron reparar la mayor parte del daño y se sintió lo bastante segura como para volver a adoptar la forma Homínida. Pasó un momento por su habitación para recoger un poco de maquillaje y entonces, impelida por la necesidad de estar a solas un rato, se dirigió rápidamente hacia el tejado sin pasar por las zonas principales.

El túmulo tenía varios pisos pero el primero y el segundo eran con mucho los más bulliciosos. El tercer piso estaba ocupado en su mayor parte por almacenes y espacios técnicos —la sala del servidor, un archivo de seguridad, la hemeroteca, etc.— y el cuarto piso no se utilizaba la mayor parte del tiempo y se reservaba como zona de alojamiento para reuniones y casos de emergencia. Durante muchos siglos el clan había ocupado todo el espacio disponible pero muchos de sus moradores habían caído por el camino.

Malos tiempos. En eso, Nicola estaba en lo cierto.

Una escalera pequeña y casi escondida conducía al tejado. Como la mayoría de los edificios de la vecindad, el túmulo tenía un tejado plano de hormigón dividido en secciones. Una de ellas estaba más alta que las demás pero no era difícil encaramarse a

ella si uno adoptaba la forma Crinos y aprovechaba el metro adicional que ésta proporcionaba. Había una pequeña caseta allí —formaba parte del mecanismo del ascensor— con un nicho en uno de sus lados. Desde el nicho, uno podía contemplar la ciudad en relativa paz y tranquilidad. Había sensores por todas partes, claro, pero el nicho no estaba cubierto por las cámaras del circuito cerrado de televisión. Julia llevaba años yendo allí y Blake jamás la había molestado ni había hecho el menor comentario al respecto.

Ciudad Vieja se encontraba en una de las zonas más tranquilas del barrio y el rumor omnipresente del tráfico se amortiguaba bastante. Desde allí, la ciudad resultaba casi hermosa. La gente paseaba por las calles, hombres y mujeres de negocios en su mayor parte, ataviados con trajes de chaqueta. Los habitantes de Londres nunca habían sido las personas más amigables o abiertas del planeta, pero desde hacía unos pocos años habían empezado a caminar ignorando a los demás, y permaneciendo en sus propios capullos privados. Todos parecían tener un permanente gruñido de hostilidad pegado al rostro y si alguien se atrevía a mirar los ojos de otro, las miradas que se intercambiaban eran feroces. *Tú atrévete, gilipollas*, parecía ser el único pensamiento que todo el mundo tenía en mente. Estaban aterrorizados, todos ellos. Puede que no supieran qué era lo que los aterraba —posiblemente pensarán que eran los agobios del trabajo o preocupaciones de dinero o problemas emocionales o sencillamente la velocidad a la que el futuro se les echaba encima— pero todos sentían de alguna manera que se avecinaba la destrucción.

Han nacido todos los guerreros que participarán en la última batalla. Los Garou Lupus maduraban tan deprisa como lobos normales y normalmente no tardaban más de dos años en experimentar su Primer Cambio. Algunas veces, ni un año siquiera.

Algunos cachorros especialmente precoces eran promocionados al cliath un año o dos después de su Primer Cambio. A menos que todos los Lupus y su progenie se hubiesen vuelto de repente estériles o célibes, les quedaban cinco años como máximo. Y dieciocho meses como mínimo. Podía sentir cómo se agitaba su cólera con solo pensarlo. No era de extrañar que los humanos estuvieran aterrados.

Como la asustaba a ella que le pidieran que se resignase a la perspectiva. Desde luego no podía planificar una carrera demasiado larga.

Dejó que su mirada vagara por sobre la ciudad y lenta, gradualmente, sus emociones se fueron asentando. Horas más tarde, a las dos menos cuarto, bajó de nuevo al segundo piso. Después de parar en un baño para volver a maquillarse, se dirigió a la oficina de Nicola. Sus compañeros de manada ya se encontraban allí.

—¿Dónde te has metido? Te estábamos buscando.

Para variar, Ojo de Tormenta había asumido su forma Homínida. Hasta llevaba ropa.

—¿Va todo bien? —preguntó Grita Caos.

Julia les sonrió.

—Sí, estoy bien. Ha sido una reunión difícil. Tenía que salir y ocuparme de unas pocas cosas. Siento haberme perdido la comida.

Su estómago se encargó de recordarle que también se había perdido el desayuno.

—¿Es la hora? —preguntó Ojo de Tormenta.

—Sí —dijo Nicola Corre-el-Río mientras se les acercaba en compañía de Blake y Karen desde detrás de Julia—. Lo es.

Después de un turno general de saludos y presentaciones amigables, entraron todos juntos en la oficina de Nicola. Era una habitación grande, confortable y llena de cosas. La mayor parte

del espacio la ocupaba un círculo irregular de cómodas sillas y sillones dispuestos alrededor de una carísima y elegante mesita de café. El escritorio, al otro lado de la habitación, era un mar de papeles. La famosa botella de Knappogue Castle 51 de Nicola asomaba por entre el desorden. Se mostraba bastante generosa con ella y los rumores aseguraban que tenía varias cajas escondidas en alguna parte.

Nicola los acomodó alrededor de la mesita de café con un mínimo de formalidad y a continuación pidió silencio.

—Bien, ahora que estamos cómodos, ¿quién quiere contarme lo que ha ocurrido? He oído la historia sobre tu curación, Grita Caos. Impresionante. —La diminuta pausa que los ojos de Nicola hicieron al posarse sobre los cuernos del Garou le hubiera pasado inadvertida a Julia de no haber estado esperándola—. Me alegro de saber que vuelves a estar entero pero no estoy muy segura de saber lo que está haciendo ahora mismo la Manada del Río de Plata.

Ojo de Tormenta indicó con un gesto de la cabeza a Julia que se lo explicara.

—Grita Caos fue herido por un extraño tipo de Perdición que es capaz de devorar recuerdos, una Perdición del Saber. De alguna manera están relacionadas con Jo'cllath'mattric, el enorme engendro del Wyrm que está detrás de toda la actividad de los Balcanes. Literalmente, las Perdiciones del Saber están hechas de espíritus de cuentos, entretejidos y fundidos por el Wyrm y dotados de una personalidad maligna. Sospecho que se hacen más grandes con cada recuerdo que roban. Cuando Grita Caos mató a la Perdición que lo había dañado, ésta explotó y se dividió en las partes que lo formaban. La información se liberó. Toda ella. No sólo la que Grita Caos había perdido sino también todos los espíritus utilizados originalmente en la creación de la Perdición del Saber.

»Llevaban Gaia sabe cuánto tiempo atrapadas en ese monstruo y al verse libre se sintieron extasiados. Los espíritus de los cuentos necesitan que sus historias se conozcan. ¿De qué otro modo pueden tener sentido? De modo que lo primero que hicieron fueron compartirse con nosotros. Ahora todos sabemos cosas que los Galliard no nos habían enseñado. Cosas que los Galliard *no saben*. Puedo sentir las en el fondo de mi mente, esperando a que las examine. Tardaremos bastante en absorber todo este conocimiento nuevo en nuestras mentes conscientes pero mientras tanto está allí, como una vieja lección casi olvidada, esperando a que algo la active.

»Supongo que entiendes por qué pensamos que es importante cazar y matar a tantas Perdiciones del Saber como sea posible. —Los tres antiguos asintieron pero no la interrumpieron—. Bueno, no es sólo eso. Estaba reflexionando sobre la naturaleza de las Perdiciones del Saber cuando recordé una de esas historias. Una que había sido arrancada de la mente de un viejo Danzante de la Espiral Negra en Croacia. Jo'clath'mattric quería que toda la información sobre él estuviera lo más oculta posible así que la escondió junto con otras muchas historias en un grupo de Perdiciones del Saber especialmente malvadas. Luego hizo que uno de sus lugartenientes más importantes seleccionara un agente para que se las llevara, lejos pero a algún lugar en el que pudieran utilizarlas para controlar Europa. A Londres. No sé si el agente era un Espiral, un fomor o algo parecido y no estoy segura sobre las fechas, pero sí conozco su nombre y sé que en aquella época era un niño.

Nicola Corre-el-Río parecía presa de una excitación cautelosa.

—¿Estás segura?

—El viejo Espiral lo estaba, del todo. Vio cómo informaban al niño. —Julia esbozó una sonrisa irónica—. No soy una gran

narradora de cuentos pero la información era clara como el cristal.

—No me gusta la idea de que cerca de aquí hay un nido de Perdiciones de las que no hemos sabido nada nunca —dijo Blake—, pero supongo que si uno es lo suficientemente cauto no resulta difícil pasar inadvertido en esta ciudad.

—Encontraremos esa madriguera de Perdiciones y las destruiremos —dijo Ojo de Tormenta con una sonrisa salvaje—. Se liberará mucho saber.

—¿Estáis seguros de estar a la altura de la tarea? —preguntó Blake.

Ojo de Tormenta parecía disponerse a responder de forma colérica, así que Grita Caos se apresuró a intervenir.

—Tenemos experiencia combatiendo a esas cosas. No son fáciles de matar, pero ya lo hemos hecho antes.

—Hemos vencido en algunas escaramuzas recientes —dijo John Hijo del Viento del Norte—. Luchamos bien juntos, como una manada. Podremos hacerlo.

—Aunque si queréis decirle a alguien que se una, por nosotros no hay problema —dijo Carlita con una sonrisa en los labios.

—Puedes pedir voluntarios si lo deseas, Gran Hermana —dijo Karen con voz agradable—. Pero no asignamos personal de seguridad a cuestiones que no estén directamente relacionadas con el túmulo. Es la política del clan.

—Necesitaremos vuestra ayuda para encontrar a esa persona. Es lo único que os pedimos —dijo Ojo de Tormenta—. Estamos dispuestos a pagar por esa ayuda y por vuestra hospitalidad. Cuando sepamos dónde están las Perdiciones, acabaremos con ellas.

—Eso no sólo nos permitirá recuperar historias de todas clases y mucha más información perdida —dijo Julia— sino que nos

proporcionará también datos sobre Jo'ellath'mattric, una información que el monstruo consideraba lo bastante importante como para tratar de ocultarla... puede que hasta algún punto débil. Eso sería bastante importante.

Nicola asintió.

—¿Blake? ¿Karen? ¿No? Muy bien. Limpiar una madriguera de Perdiciones del área, recuperar conocimientos perdidos y contribuir a estabilizar la situación en el este son tareas importantes que redundarán en beneficio directo de Ciudad Vieja. Si se logra que las cosas se estabilicen en los Balcanes, sería también una noticia magnífica para todos. Vuestra misión es un esfuerzo generoso y parecéis muy seguros de vuestras fuerzas. Después de las batallas que habéis librado esta semana, no me sorprende. Pondré a varios programadores a vuestra disposición y trataré de conseguir que un par de miembros del equipo de seguridad se presenten voluntarios cuando llegue el momento.

—Gracias —dijo Ojo de Tormenta—. Apreciamos vuestra ayuda.

—Es muy generoso por vuestra parte —añadió Julia—. Muchas gracias.

—Sería una pésima jefa si no ayudara a un valioso miembro del equipo a alcanzar todo su potencial —dijo Nicola con un brillo en la mirada.

Julia esbozó una sonrisa tímida.

—Desde luego.

Capítulo cinco



La mujer corría por el bosque esquivando los nudosos árboles del denso bosque, obligando a su cuerpo a pasar por entre los tocones y el ramaje. Estaba sangrando por una docena de arañazos y heridas diferentes. Sin embargo, a su espalda oía aún al poli que la seguía. Era más grande que ella pero aprovechaba los espacios que iba dejando a su paso y contaba con su porra para apartar a golpes cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Yo puedo hacer que esto termine. Entrégate. La voz le resultaba familiar y tenía un siniestro tono meloso. De repente, la mujer se preguntó cuánto tiempo llevaba escapando del policía. Parecía que fueran años. Parecía que fueran momentos. Si pudiese encontrar el camino...

Yo puedo mostrarte el camino.

Su muñeca tropezó con el extremo partido de una rama y por un instante le ardió de dolor.

—¡Lódete! —le gritó a la voz, al poli, a los árboles hostiles que se interponían en su camino. Un resentimiento hirviente llenó su interior, casi como si estuviera hecho del dolor de su muñeca, y le

dio fuerzas para desafiar a la voz—. ☒ tomar por culo tu camino!
Yo lo que quiero es *mi* camino.

La voz no dijo nada, así que siguió corriendo y el poli siguió acercándose.



En cuanto la reunión terminó, Nicola Corre-el-Río demostró que era fiel a su palabra. Tras una consulta rápida con Karen, decidió que utilizarían una oficina para coordinar la búsqueda y los condujo al segundo piso. La habitación C6 era tan sosa y tan funcional como su nombre. Había en su centro un grupo de mesas y estaciones de trabajo de color gris institucional y que podía albergar hasta ocho trabajadores al mismo tiempo. Cada una de las mesas contaba con teléfono, un ordenador conectado a la red, un cuaderno y varios bolígrafos y lápices. Una de las paredes estaba cubierta por grandes pizarras blancas y había una cafetera de grandes dimensiones —con filtros de sobra, tazas y hasta terrones de azúcar y paquetitos de crema— sobre una mesa. Una planta de yuca trataba de aportar un toque natural pero Julia vio que había polvo en sus hojas.

Nicola los dejó allí —«para que os vayáis aclimatando»— y fue a buscar a algunos de los expertos en informática del clan y algo de material que podían necesitar. Ojo de Tormenta había revertido a Lupus y la ropa que había llevado hasta entonces estaba en una esquina. Parecía inquieta, presa casi de un ataque de claustrofobia. Saltaba a la vista que Grita Caos tampoco estaba demasiado contento. Julia tuvo una idea.

—Ojo de Tormenta, ¿puedo hacerte una sugerencia?

La líder de la manada se volvió hacia ella con aire cauto.

Habla.

—Convendría que todos los miembros del clan estuvieran al tanto de lo que nos ha ocurrido durante los últimos dos meses. Tú eres nuestra líder y Grita Caos es un Galliard; entre los dos podéis causarle una gran impresión al clan. La gente suele reunirse en el patio cuando no está de servicio. ¿Os importaría ir allí y hablar con algunos de ellos? Estoy seguro de que si Grita Caos puede contar un par de veces la historia de su curación, habrá Garou de todas clases interesados en escucharla. Los Moradores del Cristal están siempre interesados en oír cosas nuevas.

No engañó a nadie pero Ojo de Tormenta y Grita Caos intercambiaron una mirada y, acto seguido, aquélla aceptó graciosamente la oferta con un gesto de la cabeza. *¿Actuar como enviada? No puede hacer ningún daño. Muy bien. Envía un mensaje cuando nos necesitéis.* Grita Caos pareció a punto de protestar —seguro que podían ser de *alguna* ayuda— pero al cabo de un instante siguió a Ojo de Tormenta. John Hijo del Viento del Norte saludó a Julia con un gesto silencioso como muestra de aprobación.

Si Nicola estaba sorprendida de ver que los cinco Garou habían quedado reducidos a tres cuando regresó, no dio muestras de ello.

—Julia, voy a asignar a Jared Pelling y Lisa Webber a tu equipo para este proyecto. —Hizo entrar en la habitación a un par de caras conocidas—. Jared, Lisa, ya conocéis a Julia Spencer. Sus compañeros son Gran Hermana y John Hijo del Viento del Norte. Julia, querida, si necesitas ayuda adicional o hay cualquier otra cosa que pueda hacer, dímelo sin falta. Buena suerte.

Se marchó de la habitación, dejando allí a los dos piratas informáticos.

Jared era un hombre de mediana edad con un astuto rostro de hurón y una mata de pelo rojo. Pariente, si no recordaba mal, pero dotado de una memoria eidética y un auténtico experto tanto en MCnet e Internet. Casi doblaba la edad a Lisa, una delgada cachorra Rabagash con una evidente predilección por Nu Metal, el maquillaje negro y los piercings metálicos. Por debajo del maquillaje era una chica bastante agradable y callada y a Julia le gustaba. También era la máxima experta del clan en infiltración de sistemas, debido en parte a sus increíbles habilidades en ingeniería social: era una actriz y mimo de asombroso talento.

—Saludos —dijo Jared mientras esbozaba una amplia sonrisa y desperdigaba el montón de guías que traía consigo sobre las mesas—. Confío en que todos os encontréis muy bien en esta agradable tarde.

—Sí, hola —añadió Lisa al tiempo que dejaba con cuidado su montón de papeles en el suelo.

—Buenas tardes —dijo Julia con una sonrisa—. Sentémonos y veamos lo que podemos averiguar entre todos, ¿de acuerdo?

Cuando todos se hubieron acomodado e Hijo del Viento del Norte se conectó a la red, Julia les describió a grandes rasgos el plan de acción.

—Muy bien, estamos tratando de encontrar a un hombre caucasiano llamado Mika Gerbovic. Podría tener entre catorce y sesenta años pero yo calculo que debe de tener entre veinte y treinta. Es originario de Croacia y podría tener estatuto de inmigrante. Tenía cerca de doce años cuando se trasladó a Londres. No puedo asegurar que siga con vida así que tendremos que verificar también los certificados de defunción. Para empezar, creo que sería mejor trabajar de forma independiente y pasar luego a contrastar la información reunida al cabo de unas pocas horas. De este modo podremos cubrir más terreno y evitaremos solapar los

esfuerzos en las búsquedas iniciales. Carlita, John, sé que no estáis muy familiarizados con nuestros sistemas informáticos así que si no tenéis inconveniente, me gustaría que os ocuparais de comprobar los registros.

Señaló con un ademán el montón de documentos depositado por Lisa en el suelo.

—Éste es el censo electoral de Londres, por distritos electorales y años, de la última década. Para cada año y circunscripción, los electores estén ordenados alfabéticamente. Es poco probable que Gerbovic tuviera mucho interés en política pero es obligatorio registrarse para poder obtener un crédito o una tarjeta. John, ¿te importa comprobarlo?

Hijo del Viento del Norte miró la montaña de papeles y suspiró.

—No es el trabajo más heroico al que me he enfrentado en mi vida. ¿Cuántas secciones diferentes hay?

—Exactamente setecientas cincuenta, me temo. Las fotocopiamos todos los años en bibliotecas públicas y nadie se ha puesto aún a archivarlas en una base de datos.

Esbozó una sonrisa de simpatía. El colosal guerrero Wendigo profirió un gemido pero se llevó la pila de papeles a su mesa.

Carlita la miró con aire de nerviosismo.

—¿Qué habéis preparado para mí, alteza?

—Los hospitales —dijo Julia con una generosa sonrisa. Carlita parecía sorprendida—. Quiero que telefonees a todas las clínicas de Londres. Debes decirles que llamas del Hospital St. Bart y decirles que Gerbovic se ha desplomado y necesitas urgentemente una copia de su historial médico. Tendrás que fingir que es de su zona o no lo buscarán. Aunque sea un Espiral, las campañas de vacunación escolar son obligatorias y si se hubiera negado habría llamado la atención.

Carlita enarcó una ceja mientras miraba a Julia con aire burlón.

—¿No crees que este viejo acento de Florida les sorprenderá un poco? Y tampoco creo que conozca los términos apropiados.

—En realidad eso debería ser una ventaja —intervino Lisa—. Diles que eres una trabajadora temporal. Eso te dará una excusa si no pareces demasiada enterada. Con suerte, te harán menos preguntas.

—Muy bien... —dijo Carlita con tono dubitativo—. Probaré un par de veces a ver qué pasa.

—Gracias —dijo Julia sonriendo—. Encontrarás una lista de clínicas en las páginas amarillas. La mayoría de ellas tiene alguien para contestar al teléfono hasta las 6 de la tarde como mínimo, así que aún te quedan varias horas.

—Vale.

—Gracias. Jared, me gustaría que tú buscaras pistas tuyas en la red, tanto en la nuestra como en la comercial. Busca en los sitios de noticias y las revistas y las bases de datos on-line. Podía aparecer en cualquier parte.

—Voy por delante de ti —dijo Jared mientras tecleaba furiosamente.

—Estupendo. —Julia no era tan necia como para ofenderse por lo que muchos otros Garou hubieran considerado un insulto—. Lisa, la parte más dura te toca a ti: los archivos de tráfico en Cardiff, el sistema Sherlock de Scotland Yard, los registros de todos los vuelos a los Balcanes y los certificados de defunción. ¿Crees que podrías acceder a los archivos de las instituciones financieras?

Lisa pareció ofenderse.

—Por supuesto. Las cámaras de compensación no suponen ningún problema. Sólo es complicado si pretendes robar. Los

archivos de consumo básico se mantienen en áreas relativamente poco seguras. La semana pasada accedí a la lista de subversivos de Ministerio del Interior. Cambian el número de teléfono todos los días pero estoy segura de que puedo volver a hacerlo si quieres.

—¿Es arriesgado?

—Sí. Son un poco picajosos. Pero si ese tío es un poco capullo, lo más posible es que esté ahí, en alguna parte.

—¿Cómo defines «picajosos»? —preguntó Julia.

—Bueno... digamos que si dan conmigo y rastrean la línea, estarán aquí con media docena de coches policiales de dos barrios diferentes, el Troyano más burro que existe y un helicóptero de vigilancia en menos que canta un gallo.

Julia pestañeó.

—Mejor no, entonces. No creo que a Nicola Corre-el-Río le gustase tener un pequeño ejército de policías para cenar. Por cierto, ¿cómo es que conoces tan bien su protocolo de respuesta? ¿Estaba en algún archivo?

Lisa sonrió con dulzura.

—De hecho, una vieja loca a la que conocí en un club hace dos semanas me desafió a conseguir su número de teléfono, así que hice que mi primer intento rebotara en él. Cuando me detectaron, rastrearon la llamada hasta su piso. Utilicé las cámaras del circuito cerrado de televisión para ver cómo atacaban el lugar.

Julia se echó a reír.

—Es un modo de conseguirlo.

—Al final tuvieron que soltarla. El Ministerio está siendo doblemente riguroso con las llamadas que pasan a través de ese servidor, por desgracia, así que tal vez no vuelva a funcionar.

—En ese caso pasaremos de ellos por el momento. Siempre podemos intentarlo más tarde si es necesario.

—Muy bien, pongámonos a ello.

Carlita levantó la mirada de las páginas amarillas.

—¿Y nos vas a decir lo que vas a hacer tú, oh poderosa reina?

—¿Yo? —sonrió Julia—. Voy a sorprender a unos cuantos viejos amigos de mi padre y llamarlos para pedir un favor o dos... una vez que me haya encargado de algunos asuntos urgentes. Estaré de regreso en un par de minutos.

Antes de que nadie tuviera tiempo de comentar nada, estaba de camino al piso de abajo para tomar un desayuno muy tardío.

Media hora más tarde y con las ideas bastante más claras, Julia estaba preparada para sumarse a la búsqueda. Los demás parecían estar desenvolviéndose bien; si bien no habían encontrado ninguna pista concreta, estaban eliminando posibilidades. Al otro lado de la mesa, Lisa estaba hablando con voz seria y un acento de Glasgow tan fiel que daba miedo:

—Sí, muñeca, lo sé, pero aquí no tenemos un registro manual y si no consigo el nombre de esta cuenta, se le va a pasar el pago antes del fin de semana. Ni que te estuviera pidiendo su contraseña...

Le guiñó un ojo a Julia. Lisa podía ser muy persuasiva cuando decidía poner a trabajar sus dones.

Julia levantó el teléfono de su mesa y marcó un número que no figuraba en su agenda electrónica fetiche. Lo cogieron tras dos llamadas.

—¿Sí? —preguntó una voz áspera y grave con un marcado acento del East End.

—¿Tío Bill? Soy Julia —no era su tío de verdad, claro. Bill era un amigo de infancia de su padre y Julia lo había visto mucho de niña. De hecho, ni siquiera era pariente pero llevaba mucho tiempo siendo un buen amigo y tenía muchos contactos.

—¡Julia! ¡Hola, chiquilla! ¡Llevaba mucho tiempo sin saber nada de ti! ¿Qué tal las cosas con todos esos banqueros?

—Atareadas, gracias. En este momento tengo un proyecto muy importante entre manos. Me ha llevado a los Estados Unidos hace poco. ¿Y tú qué tal?

—Ya sabes cómo son las cosas, chiquilla. Algunas cosas bien, otras no tanto. Hace un par de semanas tuve algún problemilla pero ya está resuelto. Cuando termines con ese proyecto tuyo, tal vez puedas sacar a tu viejo un domingo de su preciosa mansión y dejéis que Iris practique un poco con la barbacoa.

—Me encantaría, tío Bill. En cuanto acabe con este trabajo y tenga un domingo libre.

—El trabajo te llevará a la tumba si le dejas, oye bien lo que te digo.

—Sí —dijo Julia. Era muy cierto—. Lo sé.

—Bueno, ¿y a qué debo el placer de volver a oír tu preciosa voz, chiquilla?

—Confiaba en que pudieras ayudarme a resolver un problemilla.

—Un problema ¿eh? Por aquí se nos da bien resolver problemas. Me encantaría poder ayudarte. ¿Se trata de un problema muy gordo? ¿Unas lecciones de natación tal vez?

—Nada tan serio, tío Bill. Tengo que encontrar a alguien. Alguien malo.

—Supongo que te refieres a alguien en concreto, espero. Me dolería saber que no crees que pueda resolver tu problema.

—Alguien en concreto, sí. Está... vaya, está planeando algunas cosas muy malas.

—Muy bien, chica. Cuéntame lo que sabes y yo haré correr la voz.

—Gracias. De verdad.

—Tú saca a tu padre y tráetelo a cenar un día de éstos. Ése es todo el agradecimiento que necesito.

—Lo haré, tío Bill. Prometido.

—Bueno. Y ahora, en cuanto a ese hombre malvado...

—Se llama Mika Gerbovic. G-e-r-b-o-v-i-c. Mika, como el piloto de Fórmula Uno. Es croata. Llegó a Londres con ocho años. No sé qué edad tiene, ni tampoco lo que ha estado haciendo hasta ahora como tapadera.

—Croata, ¿eh? Bueno, no puedo decir que lo conozca pero conozco a alguien que tal vez sí, un grupo de serbios en Muswell Hill. Gente un poco bruta, no de éstos que uno llevaría a casa a conocer a la familia, no sé si me entiendes. Sin embargo, saben cuándo no deben causar problemas y siempre han sido educados... aunque no es que tuvieran demasiadas alternativas, todo hay que decirlo. Me parece un buen lugar para empezar. Tú déjame a mí, chiquilla. Si los serbios no saben nada, hay mucha más gente a la que puedo preguntar.

—Gracias, tío Bill. Eres mi salvavidas.

—Sí que lo soy, Julia, sí que lo soy. ¿Sigues teniendo el mismo número de antes?

—Sí.

—Entonces te llamaré en cuanto sepa algo. Me he alegrado de hablar contigo, chiquilla.

—Y yo también, tío Bill. Gracias de nuevo. Nos veremos pronto, te lo prometo.

—[Así se habla! Me encargaré de este asunto, ya verás. Hablaremos pronto.

Y así fueron las cosas. Su padre le dijo que preguntaría a sus compañeros de trabajo y sus colegas de otros bancos y le prometió que se tomaría un día libre para ir a visitar a Bill antes de una semana. Mac, uno de los programadores del clan, accedió a preguntarle a su pareja, siquiatra del departamento forense, sobre cualquier epidemia de casos de amnesia en Londres. Un sobrino

lejano de su padre, que trabajaba para un gran grupo de medios de comunicación, le dijo que husmearía en los archivos a cambio de una pequeña «bonificación» por horas extras. Un amigo Hijo de Gaia —un antiguo miembro de Ciudad Vieja que ahora moraba en el Clan de Rollright, en Oxfordshire— tenía un primo que trabajaba en el departamento de planificación del ayuntamiento y tenía acceso a los archivos.

Julia recurrió a todos los contactos que pudo recordar y para cuando hubo terminado con ellos había concertado tres visitas, debía un favor, había hecho dos sobornos y tenía una cita. Se reclinó en su silla, exhausta y disfrutó de un momento de paz y quietud. Tras ordenar sus pensamientos, levantó la mirada hacia los demás.

—¿Cómo van las cosas?

—Yo pensaba que los británicos erais gente educada. —Carlita parecía cansada—. Nunca me había encontrado con semejante hatajo de gilipollas complacientes, estúpidos y burocráticos. Y eso te lo dice alguien que viene de Tampa. Pero Lisa ha sido de gran ayuda —le sonrió a la cachorro—. Eres una hija de puta sigilosa, astuta y malvada. Estoy impresionada.

Lisa se ruborizó —aunque el pelo, el maquillaje y el acero lo ocultaron en su mayor parte— y musitó:

—Gracias, Gran Hermana.

—Gracias a *tí*. En cualquier caso, algo sí me ha intrigado un poco. ¿Qué me ha dicho esa vieja loca...? —Consultó las notas que tenía delante—. En un lugar llamado Camberwell he encontrado algunos de esos registros sobre vacunación de las que hablabas. Eran de hace ocho años pero de todos modos le dije que nos las enviara por fax. No sé si servirán de algo.

Julia sonrió.

—Al sur del río, tiene sentido. Asombroso, Gran Hermana. ¡Gracias! De modo que tiene en torno a veinte años. Lo más probable es que incluyan su color de pelo y de ojos y una dirección antigua podría servirnos para encontrarlo. Sólo sería cuestión de patearse las calles. Un vecino podría recordar dónde se trasladó o podría haber alguien que lo conociera del colegio o quien sabe qué. Las posibilidades son muchas. Puede llevarnos unos dos días por cada lugar en el que haya vivido pero al final acabaremos encontrándolo. Imagino que un enjambre de Perdiciones del Saber complica las cosas cuando uno se está mudando, así que lo más probable es que siga viviendo en la misma zona. Camberwell es bastante mala y Peckham y Brixton, que están a ambos lados, son los equivalentes humanos de una cloaca.

—Lo has hecho mucho mejor que yo, Gran Hermana —dijo John Hijo del Viento del Norte—. La verdad es que el papeleo no es lo mío... He recorrido ya la mitad de los registros pero no he encontrado a nadie llamado Gerbovic. Hay montones de Gerbers, algunos Gerbissons y hasta uno o dos Gerbov, pero ningún Gerbovic.

—Eso también es información importante, John —dijo Julia—. De esa manera eliminamos posibles pistas que hubiéramos tenido que investigar. Muchas gracias. ¿Jared?

—¿Hmmm?

El pelirrojo ni siquiera levantó la mirada de la pantalla.

—Jared, ¿has encontrado algo?

Por fin se volvió hacia ella.

—Oh. Sí. Puede. Parece que está metido en el mundo de la música. Ha tenido un par de menciones pasables en revistas y periódicos. Un rollo de baile: hip-hop o garaje o algo así. No creo que sea un artista. Puede que promotor, o mezclador o que tenga

una sala o lado así. Se hace llamar Mick en lugar de Mika. Pero nadie habla mucho de él. Da la impresión de que tienen miedo.

—Eso podría significar que es un Espiral —dijo Hijo del Viento del Norte.

Julia asintió.

—Sí, puede que sí. Eso explicaría por qué Carlita sólo ha encontrado datos de vacunación sobre él. Por lo que tengo entendido, el mundo la música es muy activo en Brixton. Y el de las drogas. Gracias, Jared.

—De nada.

Esbozó una sonrisa luminosa y al instante volvió a sumergirse en su ordenador.

Julia sonrió con aire irónico.

—¿Y tú qué has descubierto, Lisa?

—Figura en los archivos de Tráfico, número de carné GERBO-811071-MC5RD. Es el propietario registrado de un Mercedes SLK 320 de color negro, que compró de primera mano, con número de registro personalizado M1CKG. Se sacó el carné hace dos años. Tanto el carné como el registro del coche lo sitúan en Stockwell pero el edificio se incendió hace dieciocho meses y fue derribado poco después. Tiene una cuenta corriente con cuatro cifras, sorprendentemente saneada. Demasiado saneada para alguien de su edad. Lo más probable es que pagara el Mercedes en metálico. El edificio cuya dirección figura en la cuenta, Herne Hill, fue demolido hace cuatro años para construir un restaurante de comida rápida. Tiene 22 años y su cumpleaños es el 7 de noviembre.

—Un trabajo increíble, Lisa. Muchas gracias. No tardaremos en tener a ese bastardo. Parece que vive entre los barrios de Lambeth y Southwark. Camberwell, Herne Hill y Stockwell están en los alrededores de Brixton así que es ahí donde empezaremos a

buscar. Sabemos qué edad tiene, cómo se hace llamar y el coche que conduce... y es un cacharro llamativo así que es difícil que se nos escape. Es muy posible que esté metido en la industria de la música. Lo más probable es que sea un Espiral. Hace seis horas nos sabíamos nada sobre él. Buen trabajo, tíos. Muy, muy buen trabajo. Sugiero que colguemos los sombreros por esta noche y bajemos a relajarnos un poco.

—Sólo un segundo —dijo Carlita mientras todos los demás empezaban a desfilarse frente a la puerta—. ¿Qué has descubierto tú, jefa de equipo?

Julia sonrió.

—Que algunos de mis amigos me echan de menos y que otros han dejado de serlo. No te preocupes, tengo un montón de gente trabajando en ello. Aún no puedo empezar a preguntarles si han averiguado algo.

—Muy bien, lo dejo en tus manos —sonrió.

—Gracias —dijo Julia mientras apagaba la luz y cerraba la puerta—. Eres todo corazón.

—Que no se te olvide.

Capítulo seis



Aquella misma tarde, Julia se encontraba en el patio con sus compañeros de manada, relajándose un poco. Estaba a punto de hablarles de Peckham —Ojo de Tormenta tenía problemas para comprender por qué nadie, ni siquiera un humano, querría vivir allí— cuando sonó el teléfono. Se apresuró a responder, dando gracias a la posibilidad de evitar el tema.

—Aquí Julia.

—Hola, Julia. Soy tu tío. Confío en no molestar.

—Tío Bill! ¿Va todo bien?

—Muy bien, querida. Muy bien las nueces. He encontrado a tu hombre misterioso.

—¿Qué noticia más estupenda!

—Sí. Los serbios de los que te hablé me ayudaron con mucho gusto. Lo conocían según parece y no les gustaba nada de nada. Parece ser que está conchabado con los camellos de Brixton. Se dedica a mover polvo blanco. Un mal sujeto, malo de verdad. Quiero que me prometas que no vas a hacer ninguna estupidez. Si

la gente de Muswell Hill le tiene miedo, y se lo tienen, puedes creerme, es que es un sujeto muy peligroso.

—No pienso acercarme a él —le mintió—. Te lo prometo.

—Confío en que lo digas en serio, chiquilla. No me gustaría que te juntaras con él.

—Sólo necesito saber dónde para, tío Bill. Otra gente se encargará de él. Especialistas.

—Muy bien, chiquilla, te creo. Por lo que dicen los serbios, tiene un garaje en Coldharbour Lane. Últimamente no se le ha visto demasiado pero allí es donde para.

—¿Un garaje?

—Eso fue lo que me dijo el chico. Admito que su inglés no era el mejor que he oído en mí vida, pero tampoco el peor, desde luego.

—¿Crees que se refería al garaje de un taller o a un sitio para aparcar coches?

—Oh, debe de ser alguna clase de negocio, según me dijo el muchacho, una especie de club del automóvil privado o algo por el estilo.

—Eso no debería de ser difícil de encontrar. Un millón de gracias, tío Bill. Oh, eso me recuerda... he hablado con papá y me ha prometido tomarse un domingo libre dentro de poco. Iremos a verte.

—Eso quería oír, chiquilla! Pasaos cuando queráis.

—Lo haremos.

—Mira, Julia —dijo Bill con voz seria, para variar—, ten mucho cuidado, ¿de acuerdo? Ese croata es un pájaro de cuenta. Muy peligroso. Tu viejo padre no soportaría perderte. Mantente lejos de esa cucaracha.

¿Cucaracha? Mentalmente se dio una palmada en la frente.

—¿Me oyes, chiquilla?

Volvió a poner sus pensamientos en orden.

—No me acercaré a él, tío Bill. No te preocupes por mí. No voy a dejar que me maten, te lo prometo. Nos veremos pronto. Y gracias.

—Ha sido un placer, encanto. Adiós.

—Adiós.

Colgó. Cucaracha. No había un solo lugar en la ciudad, incluidos los mismos flujos de datos, al que no pudieran acceder. Había estado tan ocupada jugando a hacerse la Moradora del Cristal que se le había olvidado pensar como un Theurge. Se puso en pie de un salto y tras detenerse un momento para decirle a sus compañeros de manada que tenía que comprobar una cosa, se dirigió a la cocina.

Cinco minutos más tarde, se encontraba en el tejado por segunda vez en el día. El sistema extractor del túmulo tenía allí varios ventiladores, junto con otra maquinaria. Como consecuencia de las numerosas personas que habitaban el lugar, el aire estaba siempre caliente y húmedo y la maraña de respiraderos y tuberías significaba que había siempre espacios oscuros y apartados de sobra. Varias de las rejillas de ventilación servían al ventilador de extracción de la cocina. Era un territorio perfecto para las cucarachas, el mejor de todo el túmulo.

Colocó los trozos de comida que había recogido en la cocina alrededor de la boca de la tubería que servía al extractor que había detrás del frigorífico —ése solía ser el que daba mejor resultado—, se sentó y abrió su agenda electrónica. Utilizando con destreza el puntero, abrió la carpeta de software y seleccionó el programa de invocación. La pantalla se puso negra y empezó a continuación a parpadear con un tenue resplandor.

Julia cerró los ojos y empezó a calmar su mente. El mantra acudió a sus pensamientos de manera automática. *No soy mis*

pensamientos, sino aquélla que los piensa. No soy mis emociones sino aquélla que las siente. No soy mi mente sino aquélla que la controla. No soy mi cuerpo sino aquélla que la define. Desterró sus pensamientos y emociones y se apartó de ellos, utilizando su concentración para mantenerlos a raya. Su diálogo interior —la voz que se empeñaba en vocalizar sus todos sus pensamientos— guardó silencio. El mundo se convirtió en cristal mientras Julia se permitía ser, sin más.

Alargó la mano y tocó la pantalla de la agenda. Apretó y sus dedos se hundieron en el plástico como si fuera agua. Podía sentir el zumbido de la Celosía mientras se abría a su alrededor. Una onda de energía circular brotó de su dedo y sacudió la Umbral. Le habló, sabiendo que sus palabras se convertirían en parte de aquella onda en el mundo espiritual.

—Soy Julia Spencer, Moradora del Cristal del Clan de la Ciudad Vieja. Llamo a la prole de la Cucaracha. Estoy tratando de encontrar un agente de la corrupción, un hombre llamado Mika Gerbovic que vive en Brixton, en Coldharbour Lane. ¿Hay alguien que pueda hablarme de él?

Escuchó un rumor susurrante y un momento después sintió que una presencia la golpeaba como un martillazo. Abrió los ojos y se tragó un grito. Miles de cucarachas estaban brotando de todas las rejillas de ventilación, una marejada de insectos silenciosos que cubrían el tejado a su alrededor. Pero no se detuvieron en sus piernas. Las cucarachas empezaron a trepar por su cuerpo y tuvo que reprimir una oleada de furia y pánico. Sólo le dejaron el rostro y las manos libres pero en cuestión de segundos se habían extendido por todo el resto de su cuerpo. Hasta se enroscaron alrededor de su cabello y pudo sentir sus diminutas y veludas patas en la nuca y sus largas antenas, sondeando y explorando.

Solo los años de entrenamiento en los estados de trance y su extensa experiencia con los a menudo sorprendentes modos que tenía el mundo espiritual de manifestarse impidieron que adoptara en un estallido la forma Crinos y que se dejara llevar en un ataque de furia salvaje. Eso y la opresiva aura de poder que sentía por todas partes, por supuesto. Se estremeció involuntariamente y vio que los insectos que la rodeaban, pegados a su ropa, vibraban y crepitaban.

Su agenda electrónica le llamó la atención. Un cursor parpadeaba en la esquina superior izquierda de la pantalla. Mientras lo miraba, empezó a formar palabras.

—¿QUIÉN ERES TÚ Y POR QUÉ NOS LLAMAS A LOS MÍOS Y A MÍ?

Julia se detuvo un momento y escribió una respuesta en el teclado:

—Soy Julia Spencer, del Clan de la Ciudad Vieja.

—ESO NO ES SUFICIENTE. TE LO PREGUNTO DE NUEVO: ¿QUIÉN ERES TÚ Y POR QUÉ NOS LLAMAS A LOS MÍOS Y A MÍ?

Frunció el ceño, preocupada y confundida.

—Soy Julia Spencer, de la Manada del Río de Plata.

—ESO ES AÚN PEOR Y ADEMÁS UN INSULTO. TE LO PREGUNTO UNA VEZ MÁS Y SÓLO UNA VEZ MÁS: ¿QUIÉN ERES TÚ Y POR QUÉ NOS LLAMAS A LOS MÍOS Y A MÍ? —la respuesta apareció de repente en la pantalla y las cucarachas que cubrían su cuerpo se agitaron y entrechocaron.

Julia se sentía de pronto muy vulnerable. No quería ni pensar en lo que podía pasar si volvía a dar una respuesta equivocada. Tras pensar con cuidado varios segundos, tecleó con nerviosismo una nueva respuesta.

—Soy una Moradora del Cristal.

—HARÍAS BIEN EN RECORDAR QUE PRIMERO Y POR ENCIMA DE TODO, ERES THEURGE. YA TIENES ACCESO A LOS DATOS QUE BUSCAS.

Julia pensó un momento pero no logró encontrarle sentido a la afirmación. Tecléo la respuesta en su agenda electrónica.

—No comprendo.

—LA COMPRENSIÓN SUFICIENTE ES UNA CONTRASEÑA.

Su mente daba vueltas. Evidentemente era una especie de prueba.

—Ya veo.

—LO HARÁS. NO DAÑES NUNCA A MIS HIJAS, DAMA DEL LECHO DEL RÍO.

—No las dañaré.

No tenía la menor intención de desafiar al avatar de un Incarna.

—JÚRALO.

—Juro que nunca haré daño a una cucaracha.

Pronunció las palabras en voz alta mientras las tecleaba, consciente de que era un voto solemne.

—ENTONCES TE HARÉ UN REGALO, UNA VEZ Y SÓLO UNA VEZ, PARA CUANDO QUIERAS ENTRAR EN LA GUARIDA DE LA BESTIA. ES UN ASUNTO DE IMPORTANCIA. NO LO UTILICES ANTES.

Antes de que tuviera tiempo de decir gracias, la presencia desapareció... así como las cucarachas que la cubrían. Pestañeó un par de veces, confundida, pero no había otra forma de decirlo: sencillamente, habían desaparecido por completo. Su agenda electrónica se había reiniciado pero en la esquina inferior derecha de la pantalla se veía un icono que no le era conocido y que parecía un teclado roto y unido por una cadena. Debajo de él, el descriptor rezaba: *Invocar Araña de Red*.

Se lo quedó mirando, incrédula. Varios minutos más tarde, seguía sin cambiar y a ella empezaban a dolerle los ojos. Pestañeó un par de veces para aclarárselos y entonces tuvo que reprimir el impulso de levantarse de un salto y empezar a dar gritos de alegría. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie en el tejado y al ver que era así, esbozó una amplia sonrisa y lo hizo. Varios minutos más tarde, cuando se hubo calmado un poco, volvió a sentarse y empezó a darle vueltas al acertijo. Si bajaba ahora, la acosarían con preguntas y explicaciones.

La comprensión suficiente es una contraseña. La frase era torpe, desmañada incluso. Insólita para un espíritu. Casi siempre hablaban de forma críptica pero sus palabras solían poseer cierto ritmo, una poesía interna. «La comprensión suficiente es una clave» habría sido una metáfora más fiel y elegante. Claro que Cucaracha había parecido empeñado en utilizar términos informáticos. *Contraseña. Acceso. Datos.* Julia se devanó los sesos pero no pudo recordar nada sobre espíritus que usasen jerga técnica. Aún no había tenido el privilegio de hablar con él y su especialidad era la Tejedora y sus espíritus. Karen, en cambio... Era la Theurge más poderosa del clan y una especialista en espíritus de la ciudad.

Sacó su teléfono y marcó el móvil de Karen. La antigua respondió al instante:

—Julia, ¿eres tú?

—Hola, Karen. Sí, soy yo. Siento mucho molestarte en este momento.

—No te preocupes —dijo la otra con amabilidad—. Encantada de ayudarte. ¿Has tomado una decisión?

—¿Eh? —dijo Julia, intrigada. *¿Decisión?*—. Oh. Eso. No, no tiene nada que ver con eso. Esto es importante.

—¿Ah, de veras? —dijo Karen. Parecía divertida—. ¿Más importante que tu futuro?

—Bastante más importante, en realidad.

—Muy bien —dijo Karen con mucha más seriedad—. ¿De que se trata?

—Cucaracha. No el insecto... vaya, no sólo el insecto.

—Me estoy perdiendo —dijo Karen, confundida—. Ve un poco más despacio.

Julia recordó algunos rumores.

—Cucaracha, el Incarna, es tu patrono, ¿no?

—Sí... —dijo Karen con cautela.

—¿Has hablado en persona con su avatar?

—Julia, ¿no puedes esperar hasta mañana? Estoy en la cama.

Karen empezaba a parecer un poco molesta.

—Te lo explicaré mañana por la mañana —dijo Julia, tratando de calmarla—. Pero es muy importante.

—Muy bien —dijo Karen, reprimiendo un bostezo—. Sí, he hablado con Cucaracha en varias ocasiones.

—Fantástico. ¿Usaba jerga informática?

Hubo una larga pausa al otro extremo de la línea y cuando Karen volvió a hablar, lo hizo con su voz oficial y simpática.

—¿Estás bien, Julia? Sé que te hemos sometido a mucha presión esta mañana. No hay nada de malo en tomarte un par de copas para pasar un mal trago. Todos lo hacemos de vez en cuando.

Julia no pudo evitar una sonrisa.

—No estoy borracha ni molesta, Karen, te lo prometo. Por favor, hazme caso: ¿usaba Cucaracha jerga informática?

Karen volvió a guardar silencio durante unos momentos.

—No. No especialmente.

Todo encajaba.

—¡Sí! —Julia se percató de repente de que acababa de gritarle a una antigua de su tribu por teléfono—. Oh, mierda. Lo siento, Karen, es que ahora todo tiene sentido.

—No, no lo tiene. En absoluto.

—Um, bien, estaba hablando con Cucaracha —dijo Julia con voz excitada—. No dejaba de usar terminología informática, lo que parecía fuera de lugar y decía que la comprensión suficiente era una contraseña pero era un juego de palabras y quería decir que una contraseña bastaría para conseguir la respuesta... —Su voz se apagó—. No me estoy explicando muy bien, ¿verdad?

Un silencio pétreo confirmó que así era.

—Muy bien. Vamos desde el principio. Quería preguntarle a los espíritus cucaracha de la ciudad si sabían algo del tal Gerbovic —dijo Julia, haciendo un esfuerzo por hablar más despacio y tratar de explicarse—. Así que realicé una invocación pero fue el gran jefe el que se presentó. El mismísimo Cucaracha... bueno, un avatar, en realidad, junto con varios miles de amigas. Me hizo un regalo y me dio un acertijo. El acertijo estaba expresado en jerga informática y si él no suele utilizarla, eso significa que es una pista y yo creo que debe de significar que tenemos toda la información necesaria aquí mismo, en la base de datos del clan.

—Muy bien —dijo Karen—. Ahora ya te sigo. Estoy impresionada, Julia. Cucaracha suele ser bastante tímido. ¿Cuál era el regalo?

—Un programa de Araña de Red. De un solo uso.

Julia podía sentir la sonrisa que se había pintado en la cara de la antigua.

—Demonios! —Karen parecía asombrada—. Es una rutina legendaria. El poder de hacerse con el control de cualquier sistema informático no se entrega a la ligera. Supongo que tiene un momento de activación concreto.

—Sí —dijo Julia—. Cuando entremos en casa de Gerbovic.

—Bueno, sea lo que sea lo que estéis haciendo ahí, debe de ser de importancia crítica si Cucaracha se ha decidido a intervenir. Hablaremos de ello por la mañana.

—Sí. Gracias por la ayuda, Karen. Siento haberte despertado.

—De nada —dijo Karen con voz pensativa—. Siempre es un placer.

—Buenas noches —dijo Julia.

—Buenas noches.

Karen colgó.

La agenda electrónica tenía acceso inalámbrico a los servidores internos del clan, gracias en parte al espíritu de su interior y gracias en otra a la tarjeta bluetooth que llevaba incorporada. No tardó más que unos segundos en acceder a su cuenta —*basta con saber cómo usar mi contraseña*— e introdujo una búsqueda. Le proporcionó una secuencia de veinte o treinta imágenes en un subdirectorío de la carpeta de seguridad. Las hojeó y descubrió con asombro que eran instantáneas de alta definición obtenidas por el propio sistema de seguridad del clan.

La primera de las imágenes mostraban a un Mercedes negro aparcado en la calle que discurría por delante del túmulo. La segunda en la secuencia era un primer plano de la matrícula personalizada, M1CKG. Había también varias imágenes de Gerbovic. Era moreno y de ojos negros, musculoso y bien afeitado. Guapo, de una manera arrogante y satisfecha de sí. Casi le resultaba familiar. Llevaba un traje que, por lo poco que se veía de él, parecía bastante caro. Mientras avanzaba la secuencia se veía cómo Tim el Diminuto —un fornido Ahroun Hijo de Gaia que formaba parte del equipo de seguridad del clan— se acercaba al coche y charlaba con Gerbovic, quien a todas luces se estaba haciendo pasar por un hombre de negocios. Entonces, al fin, Julia encontró lo que

buscaba. Gerbovic trató de ofrecerle una tarjeta de visita y, aunque Diminuto Tim se negó a aceptarla, la cámara consiguió una imagen bastante clara de ella. Hizo un zoom a la tarjeta y su visor se la mostró.

La imagen no era especialmente precisa, pero era *legible*. Su nombre y su trabajo se veían en el centro de la tarjeta, *Mick Gerbovic. Club Release, Brixton*. Una línea más delgada debajo del nombre del club declaraba *El garaje más caliente de la noche de Londres*. En la esquina inferior izquierda se veía un número de móvil.

—Ya te tengo —dijo con una sonrisa fiera.

Capítulo siete



Desde el exterior, el Club Release parecía bastante vulgar. Era grande, de eso no había duda; la fachada tenía más de cincuenta metros de longitud. Pero no tenía ventanas ni decoración —aparte de la puerta, que era de cristal— y el edificio estaba pintado de un feo color gris. Había una reja de seguridad delante de la entrada y el complejo sistema de alarma cuya caja parpadeaba tras ella indicaba que el sistema de seguridad del edificio, al menos, estaba en buen estado de conservación.

El lugar parecía extrañamente desierto. Había varios marcos de plástico para carteles a lo largo de la fachada en los que se anunciaban promociones y actuaciones futuras. Pero todos ellos tenían fechas del mes pasado. Alguien había roto uno de los paneles de cristal del vestíbulo, probablemente con un palo de escoba. El gran cartel que colgaba sobre la puerta y anunciaba el nombre del club había sido arrancado varias veces por vándalos y los marcos de los carteles tenían numerosos arañazos.

Su aspecto en la Penumbra era muy diferente. Julia se asomó por encima de la Celosía y vio que las paredes del edificio

rezumaban una especie de limo acre que resbalaba desde el tejado. Las Arañas de Patrón estaban tratando de tender sus redes alrededor del club pero el limo se las tragaba tan deprisa como ellas eran capaces de tejerlas. Las fuerzas de la Tejedora no parecían tener el menor impacto sobre el lugar. El vestíbulo de entrada parecía un repulsivo chancro, rojo e hinchado. Un arco de glifos de un color verde nauseabundo lo rodeaba. Parpadeaban y destellaban como si fuesen radiactivos. Puede lo fuesen. Más allá de la entrada se veían más glifos, entrelazados para formar una barrera de alguna clase. El edificio daba la impresión de estar hambriento. Julia devolvió sus sentidos al mundo físico.

Según les contaron algunos transeúntes con los que habían hablado en el centro de Brixton, el club había cerrado un par de meses atrás. Había sido un lugar célebre pero una noche había dejado de abrir sin más. Habían pasado varias semanas hasta que los clientes habían dejado de esperar que volviera a hacerlo. El interés del público se había trasladado al siguiente hito de la noche. Nadie parecía conocer las razones concretas por las que había cerrado. La manada había recibido una respuesta diferente de cada persona a la que había preguntado.

—Oh, el gerente era un chorizo —les dijo un hombre con aire de confidente—. Un colega mío conoce a una tía que trabajaba allí. El tío se fugó con la recaudación.

Un par de chicas estaban seguras de que la policía lo había clausurado porque algunas de las clientas estaban siendo raptadas y obligadas a participar en un círculo del sexo. Una anciana aseguraba que el dueño se había ido de vacaciones y no tardaría en regresar.

Julia miró a John Hijo del Viento del Norte, sentado en el asiento del copiloto y éste se encogió de hombros con aire incómodo.

—Es una cloaca, de acuerdo. Las Arañas de Patrón no logran ni siquiera acercársele... y eso que lo intentan con todas sus fuerzas. Y además la entrada está protegida por unos glifos de aspecto repugnante. No lo intentaremos por la Penumbra a menos que no haya otra alternativa. Pero no puedo asegurar que la madriguera esté allí.

Ojo de Tormenta estaba en la parte trasera, en su forma humana, encajado con aspecto incómodo entre Carlita y Grita Caos.

—¿Hay alguna razón para creer lo contrario?

—No, en particular no. Todo el mundo parece estar de acuerdo en que el lugar ha cerrado misteriosamente, sin ningún aviso previo, cuando le estaba yendo muy bien. Eso siempre levanta sospechas de modo que si lo que uno quiere es ocultar sus huellas no es la mejor manera de actuar. Además, según Jared, casi todos los lugares de los que Gerbovic se ha mudado han sido destruidos de una forma u otra. No parece algo planificado. Puede que le ocurriera algo.

—Estamos aquí por las Perdiciones del Saber, no por su cuidador —dijo Ojo de Tormenta—. De modo que si no está por la zona, mejor que mejor. Debemos proceder. Tu visión de la pasada noche indica que esta es la guarida que buscamos.

—Muy bien —dijo Julia—. ¿Volvemos a Ciudad Vieja o alguien quiere quedarse más?

Carlita miró por la ventana.

—En realidad sí. ¿Podéis esperarme cinco minutos?

—¿En qué estás pensando?

—Es sólo que acabo de ver a un viejo amigo.

Salió del coche. Julia se volvió y vio que se dirigía a una pastelería situada tres tiendas más allá. Salió un par de minutos más tarde con una bolsa, comiendo chocolate y con una gran sonrisa en los labios.

El viaje de regreso a Ciudad Vieja fue agradablemente corto, sólo unos veinte minutos. El coche pertenecía al clan y estaba equipado con una matrícula fetiche que abría la puerta del aparcamiento subterráneo. Julia aparcó y la manada subió a las dependencias centrales. Aún faltaba más de media hora antes de que tuvieran que informar a Nicola. Julia dejó a los demás en el patio y se dirigió a su habitación para cambiarse.

Cuando abrió la puerta, reparó en un sobre en blanco que descansaba sobre el suelo, con su nombre escrito a mano. Lo recogió y lo abrió llena de curiosidad. En su interior había una nota junto con una hoja enviada por fax.

Señorita Spencer, siento tener que dejarle una nota. Estaré fuera el resto del día. Mary ha elaborado una lista con los casos de amnesia espontáneos sucedidos en los últimos seis meses, tal como nos pidió. Se la adjunto con esta nota. Confío en que le sea de utilidad. Gracias por hacer llegar hasta su padre el CV de mi hermana.

Suyo, Mac.

Examinó la hoja de fax, buscó la columna de datos y esbozó una amplia sonrisa.

Tardó algún tiempo en ponerse algo más cómodo y apropiado y regresar al patio y para entonces no había tiempo de explicarles a los demás lo del fax. Hicieron falta un par de minutos para que la manda volviera a reunirse. Grita Caos le había estado contando a un grupo de Garou y parientes interesados sus experiencias con

el horror en que se había convertido la vida cotidiana de los habitantes de los Balcanes y le costó dejarlo. Los miembros del clan —quienes eran bastante cosmopolitas en su mayor parte y estaban siempre interesados en la información nueva— estaban encantados con él y, por su parte, él estaba disfrutando de la posibilidad de volver a utilizar sus talentos. Carlita estaba en la cantina, tomando un tentempié y charlando con un camarada Roehuesos que moraba en un clan emplazado entre las chabolas del puente de Waterloo.

Cuando todo el mundo estuvo preparado, se dirigieron a la oficina de Nicola. Esta vez Ojo de Tormenta permaneció en su forma Lupus, harta presumiblemente de los compromisos que se veía obligada a aceptar en la ciudad. Cada vez estaba de peor humor y pasaba casi todo el tiempo en el patio, a la sombra de un antiquísimo tejo. Julia podía comprenderla. El clan estaba *muy* enfocado a los intereses de los homínidos. Cuando llegaron a la oficina de Nicola, la puerta estaba abierta y la antigua les pidió que pasaran.

Karen y Blake se encontraban ya allí, sentados alrededor de la mesita de café. La Manada del Río de Plata se unió a ellos mientras Nicola les daba la bienvenida. Cuando todos estuvieron sentados, empezó la reunión de manera informal:

—Hola a todos. Gracias por venir. Estoy ansiosa por saber lo que habéis averiguado en el club. Pero antes de eso, Julia, ¿podrías hablarnos un poco sobre lo que pasó la pasada noche?

—Fue algo que me dijo mi tío. Tenía información sobre Gerbovic y estaba tratando de advertirme que no me mezclara con él. Lo llamó cucaracha... Eso me recordó que el único lugar en el que no había tratado de encontrar respuestas era el reino espiritual así que subí al tejado para ver si podía encontrar a algún espíritu cucaracha que supiera algo.

Nicola asintió. La mayoría de los miembros del clan sabía, tras muchos años de experiencia, que el mejor lugar para contactar con los espíritus cucaracha eran las cercanías de las tuberías del tejado.

—Sea como sea, la verdad es que me topé con más de lo que esperaba. Un avatar del propio Cucaracha se presentó ante mí... junto con una horda de sus insectos, y me ofreció un acertijo y una Araña de Red. Tuve que prometerle que nunca haría daño a una cucaracha pero creo que mereció la pena —sonrió—. Nunca me ha gustado matar bichos en todo caso y, además, jamás me había fijado en una cucaracha salvo para tratar con los habitantes de la Umbrá. Si me hubiera pedido que renunciara al bacon, otro gallo hubiera cantado. Después de que se marchara, me di cuenta de que en su acertijo había utilizado jerga informática. Telefoné a Karen. —Sonrió a la Receptora de la Verdad—. Me dio la impresión de que pensabas que había tomado ácido, Karen.

—Estaba bastante preocupada, sí —dijo Karen con una tenue sonrisa.

Julia se volvió hacia Nicola Corre-el-Río.

—Karen fue muy paciente conmigo y me confirmó que Cucaracha no es conocido por utilizar esa clase de jerga. Eso me dio la respuesta al acertijo y me condujo directamente a la imagen del circuito cerrado de televisión que os he enseñado antes.

Nicola reflexionó un momento.

—¿Qué dijo el espíritu sobre la Araña de Red?

—Que sólo debía utilizarse una vez, cuando quisiéramos entrar en el club. También dijo que el asunto era muy importante.

—Hay toda una historia ahí, Julia —dijo Grita Caos.

—Y será aún mejor si logramos encontrar a las Perdiciones del Saber —dijo Carlita.

—Sí, convendría estar seguros de que están allí —dijo Blake.

Es el rastro más intenso que tenemos, gruñó Ojo de Tormenta en la lengua de los Garou.

—Además, la implicación y el interés de Cucaracha sugieren que aunque las Pesadillas que estáis buscando no estén allí —dijo Karen— sí que hay algo. No es un espíritu sociable ni en sus días buenos.

—De hecho, tengo una prueba que respalda la hipótesis. —Todos se volvieron para mirar a Julia—. Mac me ha dejado una nota que he visto hace un par de minutos —miró a sus compañeros de manada y esbozó una sonrisa de disculpa—. Todavía no había tenido ocasión de contároslo, chicos. Su novia es siquiatria forense y esta mañana le ha enviado una lista con los casos de amnesia sin explicación sucedidos en Londres en los últimos seis meses.

Le tendió la hoja a Hijo del Viento del Norte para que la mirara y la pasara a los demás.

—Como podéis ver, ha habido entre quince y veinte casos en la ciudad durante este tiempo, relacionados presumiblemente con consumo de drogas. Coldharbour Lane, donde se encuentra nuestro club, es una zona donde se mueve mucha droga, pero no más que en otra docena de barrios. Cuatro de los cinco casos que se han producido en las últimas seis semanas se han dado en Coldharbour Lane o sus proximidades... y tres de ellos en los últimos diez días. El club lleva ocho semanas cerrado, más o menos, y a Gerbovic se le supone desaparecido. Creo que está claro que hay algo allí que está hambriento. Yo diría que tres o cuatro de ellas.

Están allí, dijo Ojo de Tormenta. *Sigues un rastro extraño por lugares que no entiendo del todo, pero lo has seguido bien.*

—Ojo de Tormenta tiene razón —dijo Nicola—. Parece bastante claro. ¿Es difícil entrar?

Julia parecía inquieta.

—No estoy segura, en realidad. No sé de lo que es capaz el programa de la Araña de Red.

Karen sacudió la cabeza.

—¿Es que has estado faltando a clase, Julia? Te dará el control de los sistemas del club. Control completo. Hará lo que quieras que haga. No se le conoce como la rutina legendaria de los Moradores del Cristal porque sí.

Julia sonrió.

—Oh, ya lo sé. No te preocupes. Lo que quería decir es que no sé si el club está muy computerizado. Pero creo que la Araña conseguirá meternos. Eso fue lo que sugirió Cucaracha. Una vez que estemos allí, tendremos que seguir solitos.

—Bueno, conozco varias personas que estarían encantadas de ayudarnos con eso —dijo Nicola con una sonrisa— si aceptáis manos adicionales en el trabajo.

Cualquiera que esté dispuesto a luchar es bienvenido, dijo Ojo de Tormenta.

—Estupendo. Los voluntarios son Tim Bolyn, Pete Marment y Rochelle Harris. Tim el Diminuto forma parte del equipo de seguridad y es un Hijo de Gaia Ahroun. Puede que lo hayáis visto por ahí: es ése que parece una montaña con traje. Creo que tiene la impresión de estar en deuda con alguien por no haber cazado a Gerbovic cuando habló con él. Tanto Pete como Rochelle son Galliard. Creo que ya os habéis conocido, Grita Caos. Tu historia de la muerte de la Perdición del Saber los ha inspirado y están ansiosos por participar. Pete es un Morador del Cristal y Rochelle una Finanna. No son ningunos novatos y estoy segura de que estarán a la altura. Los tres aceptan que tú des las órdenes, Ojo de Tormenta. Lisa Webber también quería participar pero me he negado. Sigue siendo un cachorro... por lo menos esta semana. Aunque muy valiosa.

—Todos ellos son buena gente —dijo Julia mirando a Ojo de Tormenta— en especial a la hora de la pelea.

Será un placer luchar a su lado, dijo Ojo de Tormenta.

—Muy bien, entonces está decidido —dijo Nicola—. ¿Cuándo atacarán?

—Cuando podamos hacerlo de forma discreta. No queremos que nos vean entrar.

—Según el Viejo Herb —dijo Carlita—, el momento más tranquilo en esa parte de Londres es alrededor del amanecer.

¿El Roehuesos?

—Sí, exacto. Me ha dicho que las primeras horas de la mañana son las mejores para los carroñeros. Nadie va a trabajar antes de tiempo y en mitad de la noche siempre hay gente. Juerguistas y cosas así.

—Eso tiene sentido —dijo Julia—. Si hay otros clubes en la zona, puede que haya bullicio hasta las tres o cuatro de la madrugada, incluso un jueves. Los juerguistas estarán en sus camas hacia las seis de la mañana y los oficinistas estarán despertándose sobre esa hora.

—Podemos trazar el plan esta noche —dijo Hijo del Viento del Norte— e irnos temprano a la cama para estar descansados mañana por la mañana.

Muy bien. Saldremos al amanecer.

—¿Puede ser diez minutos después del amanecer? —preguntó Grita Caos.

Ojo de Tormenta lo miró.

Sí. En cuanto hayas terminado de honrar la salida del Sol.

—Gracias —dijo el otro y sonrió.

Después de una cena temprana, el grupo se reunió en una esquina tranquila del patio para planear la batalla del día siguiente. Los tres Garou de Ciudad Vieja que los acompañarían se unieron

a ellos. Julia hizo las presentaciones y a continuación Ojo de Tormenta tomó la palabra y les habló en la Alta Lengua Garou:

—Nuestro objetivo en esta batalla es destruir Perdiciones del Saber —explicó a los recién llegados—. Podemos recuperar conocimientos perdidos en los espíritus prisioneros de su interior. Si podemos encontrar al humano que las custodia, ese tal Gerbovic, su muerte sería una bonificación, pero no es tan importante. Pensamos que estas Perdiciones pueden tener información que la gran bestia del Wyrn de los Balcanes quiere que permanezca escondida. Será un gran día de caza. Las Perdiciones del Saber son fuertes y rápidas. Tenemos que luchar contra ellas en la Penumbra para asegurarnos de que las destruimos por completo y liberamos los espíritus de su interior.

—No es que sea un experto en la materia —dijo Grita Caos— pero he luchado contra una de ellas y la maté. Tienen colmillos, alas terminadas en garras y una cola afilada y pueden utilizar todas estas armas para atacar. Los colmillos no sólo te hieren en el cuerpo sino también en el espíritu, en especial si el monstruo logra morderte en la cabeza. A la que luchó contra mí le gustaba sujetarme con las garras y tratar de morder y era fuerte como un demonio. En un momento determinado, le salieron del cuerpo unos zarcillos acabados en una punta afilada. Ésos también pueden lastimarte el espíritu si no tienes cuidado. Si les inutilizas un ala y las derribas, es mucho más fácil acabar con ellas.

—¿Sabéis algo sobre el interior del lugar —preguntó Tim el Diminuto— o lo que podemos encontrarnos allí?

—Me temo que no —contestó Julia—. Sin embargo, es, o era, un club nocturno y bastante concurrido según parece. El período de cierre parece accidental. Sospecho que las Perdiciones del Saber estarán encerradas en alguna parte. No creo que le fuera posible mantener a más de cuatro de ellas alimentadas y

tranquilas, así que calculo que ése será el número que podemos encontrarnos. Si no perdemos la cabeza, está a nuestro alcance. En el caso de que haya guardias y otros habitantes, no pueden ser demasiados. El riesgo de mantener, por ejemplo, una colmena entera de Espirales en el mismo edificio que un millar de juerguistas sería demasiado grande. Creo que la principal defensa del lugar ha sido siempre la discreción.

—Eso parece bastante lógico —dijo Carlita, a pesar de que no parecía del todo segura—. Espero.

—También yo —dijo Julia al tiempo que esbozaba una sonrisa—. Podría ser que no funcionaran las luces ni hubiera potencia, así que tendremos que llevar antorchas e intercomunicadores por si nos separamos.

—El equipo de seguridad tiene de sobra —dijo Tim el Diminuto.

—¿Entonces el plan es «entrar y confiar en que todo esté despejado»? ¿No es un poco chapucero? —dijo Carlita, que no parecía demasiado convencida.

—Hemos planificado hasta donde nos lo permite la información de que disponemos —dijo Ojo de Tormenta—. Hemos estudiado cómo lucha el enemigo. Somos fuertes y estamos decididos. Afrontaremos las amenazas a medida que aparezcan.

—No sé qué más podemos hacer —dijo Julia—. Lisa no ha podido encontrar más información sobre el interior del edificio. Si montamos un dispositivo de vigilancia, podría ocurrir que las Perdiciones del Saber se escaparan. Al menos de este modo tendremos la sorpresa de nuestro lado.

Pete y Rochelle intercambiaron una mirada.

—Sólo queríamos daros las gracias por permitir que os acompañemos —dijo ella—. Es una gran oportunidad para cualquier

Galliard. Ambos sabemos que va a ser peligroso y complicado pero como mínimo será material para una historia magnífica.

—Sois bienvenidos —dijo Ojo de Tormenta.

—Y si todo sale mal —dijo Carlita con una sonrisa maliciosa—, seguro que tres Galliard son suficientes para distraer a las Perdiciones con un número musical o dos.



El error había sido casi insignificante, si es que había sido un error, pero ahora la mujer estaba atrapada entre los árboles. La abertura había sido minúscula desde el principio, apenas un metro de espacio, pero estaba allí y al otro lado se abría un camino de huida. Mientras se acercaba, el áspero sonido de una respiración a su espalda había hecho que se volviera. No había nada allí, ninguna explicación para el sonido pero cuando había vuelto de nuevo la mirada hacia delante, el espacio había desaparecido. Los árboles formaban una jaula, entrelazada y hostil. Enfurecida consigo misma —sabía que no tenía que apartar la mirada del camino— se volvió... y entonces descubrió que el camino por el que había llegado se había cerrado también.

Estaba atrapada, le ardía la mueca como si tuviera fuego en ella y algo se le estaba aproximando. Aún lejano, pero cada vez más cerca.

Una rama la golpeó en la nuca y la dejó sin aliento. Supo que los árboles se habían precipitado sobre ella, para hostigarla, para confinarla. Estuvo a punto de volver la mirada para ver lo cerca que se encontraban ahora pero reprimió el impulso. Sería un error fatal apartar la mirada del metro escaso de espacio que tenía delante.

Detrás de ti, dijo la voz, llena de sucia malicia. *Está detrás de ti.*

No era tan tonta. Venía por su izquierda. Podía oírlo. Habría un momento en que el camino volvería a abrirse mientras se acercase y eso le daría una oportunidad. Siempre que mantuviese ese limitado espacio que aún le quedaba. Mantuvo la mirada al frente con obstinación.

Una rama le golpeó con fuerza la muñeca lastimada y se le enredó en ella. Trató de soltarse de un tirón pero la había sujetado con fuerza. Si no lograba escapar antes de que llegase su enemigo, tendría problemas. Tiró con todas sus fuerzas. La rama parecía estar tensándose. De repente hubo un crujido ensordecedor y el diminuto jirón de claro se llenó de luz. Su muñeca se liberó. Ya no le dolía. Después de tanto tiempo, resultaba extraño no sentir dolor. Impropio. Pero a pesar de ello hacía que las cosas fueran más soportables. En medio de la explosión de luz, entrevió una salida de la prisión, entre los árboles, y se lanzó hacia ella. Las gozosas risotadas de la voz la siguieron mientras corría.

Tras ella, un par de colmillos yacían rotos en mitad de lo que se había convertido en un amplio y despejado camino de bosque.

Capítulo ocho



Nada parecía haber cambiado en el Club Release. La manada y sus colaboradores habían aparcado sus coches a una manzana de distancia y se acercaron a pie. A las 5:45 de la mañana de un viernes, las calles estaban vacías casi por completo. De tanto en cuanto pasaba un vehículo pero ni siquiera éstos parecían reparar en su presencia. Los habitantes de las ciudades aprendían rápidamente a no prestar atención a las cosas extrañas... en especial en aquella parte de Londres, donde la curiosidad podía matarte más deprisa que al proverbial gato. Ojo de Tormenta había accedido a regañadientes a permanecer en su forma Homínida hasta que hubieran entrado en el local e incluso a ponerse un abrigo largo y unas zapatillas.

Los Garou se reunieron alrededor de la entrada, desagradablemente conscientes del tufo amargo de maldad que emanaba del club.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Carlita.

—Que Julia utilice el regalo —dijo Ojo de Tormenta—. El espíritu dijo que debía utilizarlo cuando quisiera entrar.

Tim el Diminuto asintió.

—El sistema de alarma parece bastante sofisticado. Si nos abrimos camino a la fuerza, podríamos encontrarnos con toda clase de sorpresas desagradables. Lo mismo que le pasaría a cualquier que tratara de colarse en Ciudad Vieja.

—Ahí va, entonces —dijo Julia. Abrió la agenda electrónica y pulsó dos veces con el puntero el icono de la Araña de Red. La pantalla se ennegreció al instante y a continuación empezó a parpadear con un resplandor verde. El resplandor se intensificó más y más hasta que la luz estuvo literalmente brillando en sus ojos. Entonces dejó de parpadear y se estabilizó, aunque todavía brillando con mucha intensidad. En el centro de la pantalla, un círculo se oscureció hasta adquirir una tonalidad verde oscura, a pesar de que la pantalla de la agenda electrónica no era en color. Julia alargó la mano y tocó el círculo verde.

Al instante el mundo se desvaneció y ella se encontró contemplando un paisaje de datos. Los muros del club eran una red dispersa de brillantes hebras de electricidad. Frente a ella, la caja de la alarma era un cubo destellante que enviaba y recibía de forma regular impulsos de información por medio de filamentos plateados. Un grueso haz de luz dorada, parpadeando con paquetes de datos, salía de su agenda electrónica y lo conectaba con un espíritu peculiar que pendía delicadamente del cubo de la alarma. La Araña de Red era un contorno formado por capas de luz dorada que flotaban las unas encima de las otras a cierta distancia. Cada una de las capas era un tapiz binario en constante cambio formado por diminutos 1 y 0 que destellaban en todo momento. Un garabato de alta tecnología que semejaba con perfección casi total una araña simétrica hecha de luz... si uno la miraba con los ojos entornados desde cierta distancia e ignoraba el hecho

de que estaba formada casi por completo de espacio vacío. El efecto resultaba de una extraña belleza.

Sin saber muy bien cómo, Julia ordenó a la Araña que desconectara los sistemas de alarma. De inmediato, la criatura se fundió con el cubo y se sumergió en su interior. El cubo se volvió dorado y un momento después le ocurrió lo mismo a las hebras que salían de su interior. Julia era capaz de *sentir* el control que el espíritu ejercía ahora sobre el sistema, como si se tratase de un miembro adicional que nunca hubiese sabido que tenía. Los circuitos de alarma que rodeaban la puerta eran una alerta tintineante, un pensamiento momentáneo que había que apaciguar y poner a dormir. La verja de seguridad y la cerradura de la puerta formaban también parte del mismo sistema, como tensos, una sensación muscular que era como levantar pesas. Las relajó, sabiendo que las cerraduras estaban ahora abiertas. Sintiendo un cierto mareo, cerró los ojos y buscó la sensación de sus dedos sobre la pantalla de la agenda electrónica. Cuando volvió a encontrar su sentido del tacto, levantó el dedo y el mundo volvió a la normalidad con un crujido estruendoso. Fue como si de repente se hubiera quedado ciega.

—Julia!

Carlita la sujetaba por los hombros y la estaba zarandeando. Parecía preocupada.

—¿Qué? ¡Deja de sacudirme!

Le dolía un poco la mejilla.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —dijo Julia, extrañada—. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿Me has abofeteado?

—Llevabas casi cinco minutos paralizada. No respondías. Pensábamos que te había pasado algo.

—Es como asomarse por encima de la Celosía —dijo Julia con voz distante—. Sólo que lo haces a través de las percepciones de la Araña de Red. Es... es muy hermoso, Carlita. Era capaz de sentirlo todo... —contempló la expresión espantada de la Roehuesos y esbozó una sonrisa tímida—. Mira, estoy bien. Esa cosa es una herramienta de primer nivel. Ha desconectado las alarmas y —cogió la reja y la levantó con facilidad— ha abierto la reja.

—¿Sigue activa la Araña de Red? —preguntó Grita Caos con aire reflexivo.

Julia miró la pantalla de la agenda electrónica. El círculo verde seguía allí, invitándola a regresar.

—Sí. No voy a apagar la agenda aún, no vaya a desconectar el programa. Podríamos necesitarlo otra vez.

—¿Es seguro? —preguntó Carlita. Parecía inquieta.

—Estoy bien —le sonrió Julia—. Ahora sé lo que debo esperar. Sólo me ha dejado boquiabierta con su poder. —Subió los escalones de la entrada y abrió la puerta principal de un empujón—. El último cierra la verja!

En cuanto el grupo entero estuvo en el sombrío vestíbulo, todos adoptaron sus grandes formas Crinos. El área, apenas un pequeño y estrecho vestíbulo con una taquilla y un diminuto guardarropa, estaba desierta. Delante de ellos, un par de puertas acolchadas conducían a la sala principal. Hijo del Viento del Norte tomó la delantera, abrió las puertas con lentitud y entró. Los demás lo siguieron.

Se encontraban en una sala abierta de grandes dimensiones. Algo de luz que se colaba por una serie de pequeños miradores les permitía distinguir los contornos principales. Había una barra a la izquierda en la que brillaban espejos, paneles de cristal y botellas de bebidas alcohólicas. Algunos bancos de diseño —altos y no demasiado cómodos, aparentemente— descansaban a lo largo de la

pared, bajo una fina estantería de metal que contenía más botellas. Al otro extremo de la barra había dos puertas marcadas como «Señoras» y «Caballeros». A la derecha del grupo se abría la zona de baile, con torres de altavoces, plataformas para las bailarinas, un puesto par el DJ y un área de observación elevada. El techo, a más de siete metros de altura, era una masa de reflectores, proyectores y otros aparatos eléctricos.

La sala apestaba a podredumbre y corrupción. El aire era muy denso. En lugar de acostumbrarse al hedor, la manada se encontraba cada más asqueada. La sensación era más intensa alrededor de la pista. Julia se apartó unos pasos de ellos. Era algo repulsivo, una mezcla pegajosa de bebida vieja y sudor frío.

—Algo va mal —dijo en voz baja—. Creo que algo se aproxima. Un guardián.

Carlita sonrió y desenvainó su daga de colmillo.

—Hora de divertirse.

Julia asintió y se apartó de la pista de baile. No se veía demasiado bien en la tenue luz pero parecía como si el mismo aire se estuviera plegando. Empezó a señalar, pero un sonido siseante que procedía de toda la pista de baile la acalló al instante.

—Es el suelo —dijo Pete, asombrado—. Se está abombando en el centro.

El repulsivo hedor de la putrefacción estaba empeorando por momentos. El suelo se *estaba* hinchando. Entonces, con una arcada, comprendió que no era el suelo lo que estaba levantándose sino la fina capa de porquería que la cubría.

—Es la mierda del suelo —dijo—. Está formando un cuerpo con los vómitos llenos de droga y las gotas de sudor y el pis y las feromonas y Dios sabe qué más que cubre el suelo de este lugar después de una noche de juerga.

Todos se volvieron hacia la forma que cobraba forma rápidamente en mitad de la pista. Era una criatura bípeda, de al menos cinco metros de alto, con un pecho muy ancho unido a una cintura delgadísima. Mientras la observaban, adquirió definición y Julia comprendió que era una parodia de una mujer desnuda: una mujer enorme, de largos brazos, de un sucio color gris, con garras de treinta centímetros de largo en lugar de dedos y unos agujeros donde hubieran debido estar los ojos. Su piel se estremecía en un movimiento constante, lo que producía la impresión de que estaba hecha de una masa de gusanos. Un aura de sucios anhelos y lujuria desesperada emanaba de ella.

—¿Qué ocurre, cariño? —dijo con voz baja y seductora, llena de malicia—. ¿Es que no me quieres?

Con un aullido de desafío, los Garou se lanzaron a la batalla.

Los dos Ahroun, John Hijo del Viento del Norte y Tim el Diminuto fueron los primeros en atacar al espíritu corrupto, mientras el resto se situaba a su alrededor. Los atacó con las garras, sendas acometidas rápidas como el rayo dirigidas a sus cabezas y sus cuellos. Su alcance era inmenso. Los dos guerreros lograron a duras penas agacharse y a continuación contraatacaron arrojándose sobre ella. La criatura retrocedió. Hijo del Viento del Norte le atravesó el abdomen con las puntas de las garras pero las delgadas costillas cerraron las heridas casi con tanta rapidez como él las había abierto. La criatura dio un salto y se sujetó a un riel de luces. Mientras lo hacía lanzó una patada y acertó a Hijo del Viento del Norte en plena frente. El guerrero fue derribado y cayó de espaldas. Tim el Diminuto logró permanecer en pie pero tenía un grueso corte en la mejilla.

La Perdición se balanceó una vez, con rapidez, soltó el riel y cayó en medio del círculo de los Garou, detrás de Ojo de Tormenta. Se lanzó hacia delante, chocó con Rochelle y Carlita y

lanzó dos tajos descendentes sobre la espalda y los muslos de Ojo de Tormenta, que le abrieron a ésta sendas heridas. Se apartó rodando con un grito y giró sobre sus talones para hacer frente al monstruo. Grita Caos apareció a su lado mientras terminaba de caer y le desgarró el muslo con garras y colmillos. La criatura bajó la mirada y le golpeó con mucha fuerza en la cabeza. El Galliard salió despedido hacia atrás pero parecía más asqueado que dolorido mientras trataba de sacarse la masa húmeda y maloliente de la boca.

Mientras Ojo de Tormenta volvía a ponerse en pie, Julia y Pete pasaron a su lado, seguidos muy de cerca por los dos Ahroun. Julia se movió frente a Pete al acercarse a la criatura y entonces se agachó en cuanto vio que ésta la atacaba. Levantó el brazo, enfocando toda su furia en el golpe. Mientras la garra de la criatura desgarraba el aire donde un segundo atrás había estado Julia, las garras de ésta se clavaron en la gomosa muñeca. Simultáneamente, Pete golpeó la mano malvada. La criatura soltó un chillido y lanzó una patada, mientras su mano quedaba inerte, pero Julia ya se había situado fuera de su alcance. El monstruo retrocedió medio paso y giró en redondo para propinar una poderosa patada a Tim el Diminuto mientras éste trataba de atacarla por el flanco. Carlita aprovechó el momento para lanzarse como un dardo sobre él y darle un tajo con la daga antes de retroceder. La cosa flexionó la mano herida y Julia comprendió que casi se había curado por completo. Sus garras estaban cubiertas de una sustancia pegajosa que le habían arrancado al cuerpo de la Perdición y, sin pensarlo dos veces, se escupió en ellas y se limpió la siseante mucosa mientras daba vueltas alrededor del monstruo.

Entonces entrevió un movimiento a su izquierda con el rabillo del ojo y se volvió hacia allí. Seis o siete recién llegados se estaban aproximando a la pista. Todos tenían el mismo aspecto: altos, con

el pelo muy corto, brazos antinaturalmente largos y músculos desarrollados hasta lo imposible. Vestían trajes muy caros, llevaban gafas de sol y empuñaban pistolas. Sicarios del abismo. Tenían que ser fomori, humanos poseídos por Perdiciones.

Se volvió hacia el centro de la pista. La cosa no daba señales de debilidad. Debía de haber saltado de nuevo porque se encontraba al otro extremo de la sala. El brazo izquierdo de Grita Caos colgaba inerte a su lado y Tim el Diminuto estaba tirado junto a una de las paredes. Ojo de Tormenta y Carlita estaban a avanzando sobre ella.

—Más compañía a vuestra espalda —gritó Julia mientras corría hacia los fomori. Peter Marment e Hijo del Viento del Norte, que se encontraban en retaguardia, se unieron a ella. Flexionó las garras, feliz de haberse librado de la mucosa... y entonces se detuvo en seco y regresó al lugar en el que había dejado la agenda electrónica, ignorando la mirada de sorpresa que le dirigió el Wendigo. No había tiempo para explicaciones. Tras interponer un pilar entre los fomori y ella, Julia pulsó el punto verde de la pantalla y el mundo desapareció.

A pesar de que lo estaba esperando, la sensación de apacible poder que la inundó resultó mareante después del frenético caos de la lucha. Fue como despertar de un sueño y recordar cómo eran las sensaciones en realidad. Una experiencia embriagadora. Ahora podía sentir el edificio entero, sus capas, sus circuitos y sus interruptores. La Araña de Red debía de haberse integrado por completo con los sistemas de seguridad. La tentación de explorar era tan fuerte que resultaba casi agónica. Logró resistirla y empezó a buscar los sistemas contra incendios. Tardó un momento o dos en averiguar qué interruptores eran alarmas pero cuando las hubo identificado, las aisló y activó el resto, los sistemas de agua y de gas. Se encendieron. Podía sentir otros flujos de datos,

tentadoramente próximos. Puede que hasta pudiese unirse con otras redes: un enlace de seguridad al sistema principal, del sistema principal a Internet... sólo tardaría unos momentos en echar un vistazo... Combatió el impulso y venció. Sus amigos estaban luchando por sus vidas en el mundo físico. De mala gana, buscó su propio sentido del tacto entre la maraña de sensaciones y levantó el dedo de la pantalla.

Al instante deseó no haberlo hecho. Estaba tirada en el suelo y su pierna era un nudo de cegadora agonía. Sintió que la furia se alzaba en su interior y la contuvo. Tenía cosas que hacer. Bajó la mirada a la pierna y advirtió que tenía una herida sanguinolenta encima de la rodilla izquierda. Debía de haber recibido un balazo. Y la llovizna no estaba ayudando a que la herida se cerrara. Llovizna. Aspersores. Perdición. Su mente encajó por fin todas las piezas. Se apoyó sobre los codos y miró a su alrededor. Las luces de emergencia, de color rojo, se habían encendido por todo el club que, en mitad de aquella acuosa neblina, había adquirido un cierto aspecto satánico. Los restos de la bestia del Wyrn se encontraban en el suelo, deshaciéndose en agua. Perdía forma por momentos y volvía a ser la repugnante porquería de la que había nacido. La daga de colmillo de Carlita estaba profundamente clavada en lo que quedaba de su cuello. La Roehuesos se encontraba en el suelo, temblando débilmente. Grita Caos estaba a su lado. Tim el Diminuto seguía contra la pared y la luz era demasiado escasa como para saber si seguía respirando o no, en especial con el agua de los aspersores.

Los fomori estaban desperdigados por la zona de la barra. En pedazos, la mayoría de ellos. Todo parecía empapado de sangre. Pete y Ojo de Tormenta estaban haciendo trizas al último. Estaban cubiertos de sangre y vísceras de la cabeza a los pies y era imposible saber si habían sido heridos. Hijo del Viento del Norte

venía caminando desde allí, con una herida abierta en la cabeza y Rochelle se le estaba acercando por la pista de baile.

—Grita Caos, ¿está...? —empezó a decir Julia.

—Está bien —dijo Carlita con voz débil—. Esa maldita cosa ha tratado de jugar a la pídola con mis tripas. Pero me estoy regenerando con normalidad. La capacidad curativa de los Garou es una de las cosas más inteligentes que Gaia ha hecho jamás. Dame unos pocos minutos. Oye, ¿lo de los aspersores ha sido idea tuya?

—Sí —dijo Julia, sonriendo.

—Muy lista, princesa.

Rochelle llegó a su lado y le miró la pierna herida.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias. Me pondré bien. Es sólo la pierna. Pero si puedes colocarla bien, te lo agradecería. No quisiera que soldase mal.

—Muy bien, prepárate. A la de tres. —Puso una mano en el muslo de Julia y la otra en su tobillo—. Uno... —dio un fuerte tirón a la pierna y colocó en su lugar la articulación. Le dolió como una herida de plata y a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo evitar un aullido—. Dos. Tres. Ya está.

—Gracias —dijo Julia una vez que recobró el aliento—. ¿Cómo está el Diminuto?

—Inconsciente. Parece que tiene el pecho aplastado. Creo que se pondrá bien pero lo mejor es dejarlo donde está un rato.

—Por lo menos está vivo.

Sintió un profundo alivio al oírlo.

—Eh —dijo Carlita. Su voz era ya un poco más fuerte—, ¿hay alguien cerca del bar? Necesito ayuda.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hijo del Viento del Norte en voz alta.

—Tráeme una Coca, por favor.

Diez minutos más tarde, Julia podía caminar de nuevo, aunque aún tenía la pierna un poco entumecida. Carlita estaba en pie y recuperada también y el brazo de Grita Caos había vuelto a la normalidad. Una gran cicatriz lo recorría de un lado a otro, no obstante, y Carlita debía de tener otra semejante en el estómago. Julia se levantó con cuidado, flexionó un par de veces la rodilla y caminó a continuación hacia donde Ojo de Tormenta esperaba junto a Grita Caos y Rochelle...

—Creo que sé dónde están las Perdiciones del Saber —dijo.

—Buenas noticias —dijo Ojo de Tormenta.

—Casi esperaba que se nos atacaran aquí —dijo Grita Caos.

—Tenían que estar aisladas del edificio principal —dijo Julia—. Y también del ruido, probablemente. Cuando estaba abierto debía de ser un infierno. Sea como sea, hay una puerta de seguridad escaleras arriba y la habitación que hay tras ellas está llena de protecciones. Están ahí.

—¡Estupendo! —dijo Rochelle con entusiasmo.

Carlita la miró.

—Sí. Más diversión. Hurra por los nuestros.

—¿Sabes cómo se sube al piso de arriba? —dijo Ojo de Tormenta.

—Sí —dijo Julia asintiendo—. La escalera está detrás de una puerta, en la esquina de la barra —señaló hacia allí. Parecía estar abierta—. Creo que los fomori han venido por allí.

—Vamos, pues —dijo Ojo de Tormenta.

Se dirigieron hacia allí sorteando la carnicería. La puerta estaba abierta, en efecto, así que continuaron subiendo con cuidado por la amplia y húmeda escalera. Las paredes estaban decoradas con fotos promocionales de diversos artistas y productores de música *underground*. Al llegar arriba, la escalera desembocaba en un bar de aspecto íntimo y confortable, mucho más pequeño que

la zona de abajo. Una pared de cristal ofrecía una vista del piso inferior. Aparte de otro par de salitas, la única puerta era la que había junto a la barra y que estaba marcada como SÓLO EMPLEADOS. También estaba abierta.

La habitación que había al otro lado era completamente diferente al resto del club. Era funcional, severa más que elegante. Dos literas triples situadas junto a una pared señalaban el lugar en el que los guardias fomori habían descansado. Junto a ellas había unos utensilios de cocina rudimentarios. Al lado de la puerta había un biombo alto y plegado que probablemente se utilizaba para separar la zona de las literas del resto del cuarto. La habitación tenía también sistemas contra incendios y el suelo estaba inundado.

Había varias pilas de acero en la pared del fondo pero lo que dominaba la sala era una gruesa mesa de madera dispuesta delante de ellas. Estaba cubierta de manchas diversas —negras bajo la luz roja— y unas ataduras de cuero situadas en sus cuatro esquinas le dieron a Julia una idea de lo que debían de ser las manchas. Había una bandeja con instrumentos en una de las pilas pero dejó de mirar cuando vio que entre ellos había una sierra para huesos, una podadora de jardín y una lijadora automática. Al pie de la mesa había una puerta de metal con un panel de cristal. Al otro lado se veían varios ordenadores y equipos informáticos.

Probó la puerta, que se abrió con suavidad.

—Hasta el momento bien —dijo y entró. Aquella habitación estaba seca y el aire tenía un olor metálico que resultaba desagradable. Indicó a los demás que pasaran. Junto a varios ordenadores de gran tamaño, una fila de módems para servidores y numerosos periféricos había varias pantallas de televisión de circuito cerrado y otros equipos. Al otro lado de la habitación había una sencilla puerta blanca.

—Bueno, supongo que es aquí donde la cosa empieza a ponerse seria. La última vez que estuve en contacto con la Araña de Red, resultaba bastante obvio a juzgar por la disposición de los sistemas de seguridad que las Perdiciones del Saber estaban en una cámara que hay más allá de este cuarto. Lo que significa que están detrás de esa puerta.

Carlita señaló una de las pantallas.

—Mirad —dijo con voz apagada—. Allí deben de alimentarlas normalmente.

Todos se reunieron alrededor del monitor. Mostraba una habitación de grandes dimensiones y apenas amueblada. Había una fila de sillas apoyada contra una pared. Las esposas que tenían en los brazos y las patas dejaban bien claro que se utilizaban para inmovilizar a quienes se sentaban en ellas. Al otro lado de la habitación, había varias filas de barras de madera que sobresalían de la pared: posaderos, presumiblemente, para las Perdiciones.

—Vamos allá —dijo Julia—. Dadme sólo un segundo...

Se asomó a la Penumbra para buscar a las Perdiciones u otras amenazas cualesquiera.

En la Umbra, la habitación era una gran caverna carnosa. El suelo estaba húmedo y pegajoso y cedía bajo los pies de forma asquerosa. Las paredes estaban abombadas y hechas del mismo material rojizo y goteante que el suelo. Entre los tonos rojos predominantes destacaban el verde blancuzco y el púrpura de unas gruesas venas que la recorrían de un lado a otro. Había limo por todas partes. Las paredes y el suelo parecían vibrar con suavidad y una brisa cálida, húmeda y desagradable soplaba en la cámara. Parecía el interior de un pulmón gigante. Una abertura con aspecto de esfínter y que se estremecía de forma espasmódica hacía las veces de puerta. Al otro lado, Julia pudo ver cuatro

Perdicionos, tres de ellas reunidas junto a una sección del muro y una cuarta revoloteando con aire holgazán por el techo de la sala.

Las Perdicionos del Saber parecían en parte murciélagos y en parte enormes bocas aladas. Eran negras y membranosas y poseían unas alas amplias y sin pelo. De las puntas de éstas sobresalían unas garras de aspecto peligroso. Debían de tener casi dos metros de envergadura. Los cuerpos no alcanzaban siquiera el metro de longitud y no eran más que óvalos con ojos en un extremo, donde hubiera debido estar la cabeza y unas anchas bocas en mitad del torso. Los dientes eran como agujas, largos y afilados, y despedían resplandores metálicos. Por debajo de la boca, el cuerpo se prolongaba en unas patas con afiladas garras y una cola larga y negra, como de rata, de casi dos metros de longitud y terminada en una punta afilada como una cuchilla.

—Muy bien, no es que pinte demasiado bien pero al menos está despejado. Hay cuatro de ellas pero estaremos parcialmente ocultos hasta entrar. No debería de haber problemas. Reuníos a mi alrededor y os llevaré al otro lado.

Apagaron uno de los monitores. Julia miró fijamente la negrura del cristal hasta encontrar los reflejos que se veían al otro lado. Dejó que su mente se fundiera en ellos y buscó los ecos de la Penumbra. Sintió que sus pensamientos se aclaraban y enfocaban casi al instante y alineó en su mente el tenue reflejo físico con su contrapartida en la Umbra. Las dos imágenes se fundieron, como las piezas de un puzzle al encajar. La Celosía cedió y Julia se deslizó al otro lado, llevando a los demás consigo.

—¿Qué recomiendas, Grita Caos? —preguntó Ojo de Tormenta en la lengua Garou.

—Yo diría que las ataquemos en grupos de dos. Manteneos alejados de ellas y desafiadlas a acercarse... pero por el amor de Gaia, con cuidado, y entonces, cuando se presente la oportunidad,

uno de los dos la sujeta por las alas mientras el otro ataca hasta conseguir que reviente. Tendréis que mantener la concentración en todo momento porque matar a una de ellas y la explosión de espíritus resultante puede ser una experiencia vertiginosa. Tened cuidado con los dientes: pueden morderos la oreja y devorar vuestra mente. Somos siete, así que yo me encargaré de mantener ocupada a la cuarta. Utilizan las colas como si fueran látigos, para tratar de atrapar a sus presas. Y son muy fuertes. Si las cosas se ponen feas, tendremos que reagruparnos y atacarlas de una en una. Si sueltan sus zarcillos, manteneos apartados de ellos y, hagáis lo que hagáis, no dejéis que os muerdan la cabeza.

—Muy bien. ¡Vamos a matar Perdiciones! —Ojo de Tormenta lanzó un furioso grito de guerra y el grupo se lanzó corriendo hacia la puerta.

La madriguera estaba hecha del mismo material carnoso que la cámara anterior. Cuando los Garou irrumpieron a través del esfínter, la Perdición que estaba volando profirió un chillido de sorpresa y furia. Sus hermanas abandonaron al instante sus posaderos y se lanzaron al vuelo hacia el techo. Grita Caos cargó hacia el centro de la cámara, aullando y lanzando desafíos alas criaturas mientras los demás corrían rápidamente tras él y se dispersaban. Julia se encontró emparejada con Carlita en la parte izquierda de la cámara. La Roehuesos empuñaba la daga de colmillo y esbozó una sonrisa malvada mientras se aproximaban a la Perdición más cercana.

—Yo me encargaré de abrirlas en canal, Lady Di.

Una de las Perdiciones chilló una frase en alguna lengua torturada y gangosa y la puerta-esfínter se contrajo y se cerró con un sonido húmedo. Julia se estremeció, embargada de repente por la aterradora sensación de que algo marchaba muy mal.

—Mucho cuidado todos —dijo en voz alta—. Creo que pasa...

Una nueva Perdición salió con un sonido seco de un agujero del techo en el que hasta entonces no habían reparado y se unió a las demás. Y luego otra. De repente, parecía como si una riada entera de las malvadas criaturas se estuviera vertiendo a la cámara. Los monstruos mascullaban entre sí, como embragados por un gozo maléfico. Julia trató de contarlos pero estaban volando de un lado a otro, llenando el espacio que había cerca del techo y oscureciendo el agujero de tanto en cuando. Se movían demasiado deprisa como para poder contarlas. ¿Una docena quizá? Demasiadas en todo caso.

—Oh, mierda —dijo Carlita en voz baja.

Julia lanzó una mirada desesperada hacia la entrada a la cámara pero estaba cerrada a cal y canto.

—Luchemos juntos —gruñó Ojo de Tormenta mientras se movía hacia el centro de la cámara.

Al igual que todos los demás, Julia se apresuró a seguir la orden, mientras mantenía vigiladas a las Perdiciones con miradas nerviosas. Los Garou se miraron un momento y formaron un círculo cerrado. Con un ensordecedor chillido colectivo, las Perdiciones del Saber se arrojaron desde el techo de la cámara sobre los hombres-lobo. Era como estar atrapado en un remolino de dientes, garras y alas. Una Perdición se abatió directamente sobre la coronilla de Julia, con la boca preparada para morder y ésta se agachó desesperadamente. Quiso lanzarle un puñetazo mientras pasaba a su lado pero sus manos estaban ocupadas manteniendo a una segunda alejada de su pierna. No podía distraerse un solo segundo si no quería que cayeran sobre ella. Le lanzaban dentelladas y ataques continuamente desde todas direcciones.

Sintió un fuerte dolor en el abdomen y al bajar la mirada vio que una Perdición le había clavado las garras y estaba a punto de hincarle los dientes. Le dio un fuerte golpe y la apartó de sí pero al

tiempo que lo hacía sintió que otra se posaba sobre sus hombros. A su espalda, un aullido de dolor le advirtió de que alguien tenía dificultades —puede que Rochelle— pero no había tiempo ni para preguntar lo que había ocurrido. Julia apartó a la nueva atacante, mientras se retorció y contorsionaba para impedir que la atacaran las demás, apartó a otra de una patada y tuvo un momento de respiro. Su hombro sangraba copiosamente y aún no habían conseguido hacerle un rasguño a una sola de ellas.

—Esto no tiene sentido —exclamó Grita Caos a su espalda y a continuación profirió un grito de dolor—. ¿Alguien recuerda alguna historia?

Una Perdición se precipitó sobre el rostro de Julia y ésta le propinó un puñetazo que la desvió de su curso. La criatura lanzó un chillido y un puñado de largos zarcillos convulsos brotó de su abdomen. Todos ellos terminaban en afilados garfios y mientras la Perdición se apartaba de su mano, dos se le clavaron en el dedo. Fue como si estuvieran tratando de arrancarle su mismísima esencia, de robarle una parte de sí misma. Apretó los dientes, gruñó, tiró de los garfios con su mano intacta y luego se apartó de su trayectoria mientras la Perdición los recuperaba de una sacudida. La maldita hija de puta no iba a tener sus historias todavía.

Una idea desesperada se le ocurrió y un momento después estalló una agonía de dolor en su rodilla ya lastimada, donde una Perdición acababa de clavarle unos dientes afilados como agujas. Julia le lanzó un puñetazo y la criatura se vio obligada a soltarla. Estaba empezando a debilitarse y todavía no había conseguido hacerles el menor daño. Decidió arriesgarse con su última idea.

—Cubridme —dijo. Ignorando la mirada salvaje de Carlita, cuyo rostro estaba cubierto de sangre, se agachó y se situó en el centro del círculo, se sentó y sacó su agenda electrónica. Cerró el programa de la Araña de Red con una punzada de

remordimientos irracionales e inició la rutina de invocación. Tras ella, alguien cayó aullando al suelo. No pudo distinguir de quién se trataba pero sintió cómo se retorció el cuerpo contra su espalda. Luchando contra una Perdición, supuso. No tenía mucho tiempo. Cinco de ellos no podrían resistir demasiado contra tantos enemigos.

La pantalla de la agenda electrónica empezó a parpadear y Julia cerró los ojos y obligó a su mente a calmarse. Tuvo que esforzarse mucho para desterrar el miedo y la culpa y más aún para sofocar la esperanza pero al cabo de unos segundos sintió que sus pensamientos se tornaban cristal y la calma descendió sobre ella. Cerró los oídos a la batalla y al sonido del dolor de sus amigos y tocó la pantalla. Su dedo se hundió en ella y despertó un estallido de fuerza.

—Aquí Julia Spencer, Moradora del Cristal del Clan de la Ciudad Vieja. —Estaba gritando con toda la fuerza de su voz y de su mente para tratar de sumar todo el poder posible a los latidos que brotaban de su fetiche. A este lado de la Celosía, las ondas eran casi visibles—. Llamo a aquellos que moran alrededor de las fogatas. —Un dolor colosal estalló en su espalda, a miles de kilómetros de distancia. Lo ignoró—. Llamo a aquellos que comparten el placer de una jarra de cerveza. Llamo a aquellos que se deleitan en el aplauso de una audiencia. Llamo a los espíritus de los cuentos perdidos. **¡Alzaos! ¡Luchad para ser oídos de nuevo!** —Vertió toda su alma en la llamada. No tenía nada que perder—. **¡Despertad! ¡Despertad! ¡DESPERTAD!**

Se produjo un estremecedor estallido de potencia mientras el programa se hacía pedazos a causa de la energía con que estaba alimentándolo. Roto su trance, Julia abrió los ojos. La agenda electrónica se había apagado o quemado. Levantó la mirada. Para su asombro, no había Perdiciones en el aire y los demás se habían

vuelto para mirarla con expresiones que variaban entre la sorpresa y el deleite.

—Deprisa, princesa —Carlita la ayudó a levantarse—. Esa brujería tuya podría no durar para siempre.

Julia examinó rápidamente la habitación. Pete se estaba incorporando con lentitud. Casi le habían arrancado una oreja. Todos los Garou estaban empapados de sangre. Hijo del Viento del Norte se tambaleaba y Grita Caos cojeaba un poco. Había Perdiciones por todo el suelo, aleteando débilmente. Dos de ellas aún volaban pero ninguna de ellas parecía encontrarse demasiado bien. Todas despedían destellos, como si tuviesen diminutas motas de luz en su interior. En otras circunstancias podría haber resultado bastante bonito pero Julia también se daba cuenta de que el efecto estaba desvaneciéndose por momentos.

—Vamos —le dijo Carlita—. Vamos a por ellas mientras aún están aturdidas.

Julia asintió y saltó sobre la más cercana. Le sujetó las alas con manos y piernas, se inclinó sobre ella y le tensó el cuerpo de un estirón. El monstruo aulló y trató de atacarla con la cola. Logró hacerle varias heridas en la espalda pero ella aguantó. Carlita se postró sobre una rodilla, a su lado y utilizó su impulso para clavarle la daga entre los ojos. La criatura chilló de agonía, Entonces, tras empuñar la daga con más fuerza, la arrastró hacia la boca y la abrió en canal. De improviso, la Perdición se desintegró, reducida a un limo viscoso. Julia se preparó al instante para un estallido de excitados espíritus de cuento pero no ocurrió nada. Intercambió una mirada de preocupación con Carlita.

Un movimiento confuso atrajo su atención. Cerca del techo, una nube danzarina de motas plateadas le reveló la posición es los espíritus. Sonrió y se lo mostró a Carlita.

—Creo que nos están ofreciendo la oportunidad de seguir atacando —dijo.

—Entonces aprovechémosla.

Mientras corrían hacia la Perdición más próxima, Julia lanzó una rápida mirada a su alrededor. Grita Caos había cogido a una de las Perdiciones por la cola y la estaba volteando a su alrededor como si fuera una especie de maza para mantener a raya a las que seguían volando. Ojo de Tormenta e Hijo del Viento del Norte estaban haciendo pedazos a otro de los monstruos que se debatían débilmente. Rochelle estaba luchando con una más despierta, que se había conseguido enroscar alrededor de su pecho mientras Pete le lanzaba tajos a la espalda y cola.

Julia volvió a intentar la misma maniobra que había utilizado con la anterior. Esta vez, sin embargo, la criatura logró interponer una de sus alas en el último momento. Rodeó con la cola la pierna que la mantenía atrapada en el suelo e hizo palanca para llevar la boca hasta la pantorrilla de Julia. Le hundió los dientes y le desgarró la carne. Los colmillos eran afilados como agujas y el dolor resultó casi insoportable. Julia le clavó las garras en la espalda mientras Carlita se colocaba en posición y sintió con gran placer que se retorció de dolor. Entonces Carlita le clavó la daga en un costado y empezó a darle vueltas en la herida. La Perdición chilló, soltó la pierna de Julia y explotó en una bocanada de aire funesto.

—Vamos —dijo Carlita, impaciente—. A Grita Caos no lo vendría mal un poco de ayuda.

Alargó la mano y ayudó a Julia a levantarse. La Roehuesos estaba en lo cierto. Grita Caos había tenido que soltar a la Perdición que tenía sujeta y estaba tratando de esquivar tres colas que intentaban apresarla. Julia saltó sobre la más cercana, la sujetó por la cola y la arrastró a tierra. La Perdición, cogida por sorpresa, chocó contra el suelo. Mientras permanecía allí, aturdida, ella

agachó la cabeza y le mordió la rancia espalda, al tiempo que empezaba a desgarrarle el cuerpo. La criatura se retorció y chilló pero no pudo liberarse. Julia apretó con fuerza las mandíbulas y la cosa estalló, dejándole un horrible residuo en la boca.

Carlita había clavado otra a la pared atravesándola con la daga. Allí no podía más que retorcerse y escupir su odio mientras la muchacha la hacía pedazos. Libre para concentrarse en la tercera Perdición, Grita Caos le había cortado la mayor parte de la cola y ahora volaba con dificultades. Mientras Julia observaba, su camarada dio un salto y le hizo jirones las alas. La criatura trató de seguir volando pero no pudo mantener la altitud. Grita Caos se escupió en las manos y continuación comenzó a golpearla contra la pared con todas sus fuerzas.

Al otro lado de la habitación, Rochelle estaba ayudando a Ojo de Tormenta y a Hijo del Viento del Norte a acabar con otra Perdición que había logrado alzar el vuelo, mientras Pete se lamía una herida del brazo. Mirando a su alrededor, Julia se dio cuenta de que la batalla estaba a punto de concluir. Levantó la mirada y vio que los espíritus de cuento formaban ahora un brillante anillo de luz plateada. Parecía estar bailando y girando y meciéndose arriba y abajo al tiempo que revoloteaba. Rochelle le atravesó de una dentellada la espalda a la última Perdición y la criatura, partida casi en dos, pereció. Julia apenas tuvo tiempo de ver cómo empezaba a descender el arremolinado anillo de espíritus como un vórtice de plata antes de que su mente estallara en un motín de color y todo se volviera blanco.

Capítulo nueve



La nube de espíritus recién liberados se dispersó, extasiada por la libertad tras incontables siglos de vil cautiverio. Los espíritus se alejaron en todas direcciones por la Umbra, cantando sus historias. Muchas personas, tanto Garou como humanos, tuvieron extraño sueños y visiones aquella mañana. Una joven Kentish tuvo una visión pasajera de enormes gusanos de corrupción mordisqueando el suelo bajo sus pies y se desplomó, presa de un ataque de histeria del que nadie pudo despertarla. En las orillas de Loch Fyne, una vieja Rabagash despertó sabiendo dónde se ocultaba el pueblo de la Rata en las alcantarillas de Manchester y qué contraseñas le proporcionarían una audiencia. En Boston, un Caminante Silencioso recordó de repente una leyenda sobre el palacio de Cnossos, en Creta y supo lo que le había ocurrido allí a una manada de Furias Negras en 1712.

Atrapada en su prisión de la Umbra, encadenada a un túmulo oculto en las profundidades de las colinas de Serbia, la bestia Jo'cllath'mattric supo que sus sirvientes habían muerto y se estremeció de cólera e inquietud. Era un momento delicado y los

Danzantes de la Espiral Negra que trataban de liberarlo estaban siendo atacados. Envío al instante a uno de sus más rápidos servidores al guardián de las Perdiciones del Saber para averiguar lo que había ocurrido. El mensajero voló a toda prisa en busca de la esencia de su objetivo. Este acto tuvo su precio pues algunos de los Theurge Danzantes que estaban trabajando en el ritual se desplomaron de repente mientras sus ojos estallaban por la tensión provocada por la momentánea reorientación del ritual realizada por Jo'clath'matric. A la bestia del Wyrms no le importó en absoluto.

Mick seguía atrapado en la mesa de operaciones del ala D del laboratorio que Megadon tenía en Long Island cuando el mensajero se materializó encima de su cabeza. Se percató lejanamente de su aparición pero no le prestó atención alguna. Estaba demasiado concentrado en la búsqueda del Nombre.

Si la falta de atención de Mick enojó al mensajero, éste no dio la menor señal de ello. Empezó a hablar al instante con la lengua gruñente y gangosa que utilizaban las Perdiciones del Saber:

—El gran amo está molesto. Prepárate para responder a su entera satisfacción o siente la cólera del poderoso Jo'clath'matric.

El nombre desgarró el interior de Mick. Recorrió su cuerpo como un relámpago. Su cuerpo entero sufrió un espasmo mientras el nombre abría un abismo entre el ego y el yo, entre la voluntad y la volición, entre la mente y el cuerpo. Fue un fuego blanco de la más pura agonía que lo fundió por entero y lo recreó por entero. En la sagrada claridad del dolor descubrió lo que había perdido.

El mensajero seguía hablando. Algo sobre la muerte de las Perdiciones. Eso significaba que habían descubierto el club. Quienquiera que fuesen, los encontraría y los mataría. Se lo dijo así al mensajero y entonces, consciente de que el mensaje llegaría

a los oídos del gran señor, añadió algunas graves disculpas y le dijo que su mente había estado obnubilada durante algún tiempo. El mensajero respondió que se asegurara de que las cosas fueran tal como había dicho y desapareció en un parpadeo.

Mick enfocó su fuerza y su furia interior y cambió a Crinos. Entonces levantó lentamente el brazo derecho. El grillete de metal, aunque tenso por su transformación, había logrado resistir. Furioso por verse desafiado por una mera banda de metal, Mick redobló sus esfuerzos. Concentró toda su rabia en mover el brazo y profirió un incoherente alarido de esfuerzo. El grillete estalló y su brazo quedó libre. A partir de ahí, no necesitó más que unos pocos minutos de trabajo para romper las demás ataduras y arrancarse del cuerpo los diversos aparatos y mecanismos unidos a él.

Oyó unos pasos rápidos que se aproximaban y esperó junto a la puerta. Una mujer joven vestida de blanco abrió la puerta y se detuvo justo después del umbral al ver la escena. Mick cerró la puerta de una patada, se volvió rápidamente y le destrozó la cabeza de una dentellada antes de que tuviera tiempo de gritar. Contempló cómo se desplomaba su cuerpo en un silencioso surtidor de sangre. Era hermosa y lamentó no haber tenido tiempo de parar para jugar —o alimentarse— como hubiera querido.

Se prometió que disfrutaría de una comida decente cuando hubiera logrado escapar del laboratorio. Mientras tanto, aún tenía que hacer otra cosa antes de marcharse. El doctor humano, Galland, solía hablar mientras lo sometía a sus patéticos tormentos. Era hora de que Mick le hiciera una visita en su oficina —esta vez libre de ataduras— y le mostrara al buen doctor que de hecho le había estado escuchando todo el tiempo.

Sólo tardó unos minutos en encontrar la oficina de Galland. Mientras recorría el pasillo que conducía a ella, vio una mujer de aspecto cansado que se aproximaba a la puerta, de espaldas a él. La secretaria de Galland, a juzgar por su aspecto. Recorrió corriendo los últimos veinte metros de pasillo y mientras la mujer se volvía con una mirada incrédula en el rostro, se abalanzó sobre ella y le clavó las garras en el cuello. Luego la levantó en vilo y se la llevó a la oficina. La mujer gorgoteaba desesperadamente, aferada a su brazo y presa de un terror frenético. Sujetándola por el pelo con la otra mano, empezó a mover las garras dentro de su herida y disfrutó viendo cómo se retorecía de agonía antes de morir. Entonces cerró la mano de repente y la cabeza se separó de los hombros con un desgarrón húmedo. El cuerpo cayó al suelo.

La oficina del doctor se encontraba en la habitación contigua. Mick cargó contra la puerta por puro placer e irrumpió en el cuarto en medio de una nube de astillas. Galland seguía allí, el muy estúpido, escribiendo algo en un papel. A juzgar por la mirada de estupor de su rostro, Seguridad no le había advertido... o puede que lo hubieran intentado y en su arrogancia se hubiera negado a contestar al teléfono.

Mick arrojó la cabeza como si tal cosa a su papelera, miró al doctor y dijo.

—Me llamo Mick, cabrón. No 113. *Mick*. Y la palabra, por cierto, era Jo'cllath'matric.

Galland pestañeó, perplejo, y Mick saltó sobre su mesa. Cayó de rodillas sobre el doctor y le clavó las garras en los hombros y los muslos. El hombre tuvo tiempo de esbozar una mueca de terror antes de que Mick le arrancara los labios y la lengua de un diestro bocado y le sacara luego los dos ojos, primero el derecho y luego el izquierdo.

Para cuando los equipos de seguridad encontraron los restos destrozados de Galland, Mick había saltado por la ventana, había recorrido el parque y se había perdido en la noche.



—Al final fue el Diminuto el que nos despertó a todos —dijo Julia. Todo el grupo estaba de vuelta en la oficina de Nicola, informando a los antiguos sobre lo ocurrido en el club—. Habíamos vuelto al mundo físico y estábamos inconscientes y en nuestras formas natales. No sé cuánto tiempo llevábamos allí.

Unas dos terceras partes de una hora, gruñó Ojo de Tormenta, que volvía a estar en forma Lupus. Si estuvierais más en contacto con la naturaleza, sabríais siempre en qué momento os encontraríais.

—Probablemente. En todo caso, él fue quien nos despertó. Todos esos espíritus a la vez... debe de haber sido demasiado. Fue una suerte que se quedara rezagado. Tuvimos suerte, en todo caso. Nos cogieron por sorpresa. Me cogieron por sorpresa. Nos metí en una emboscada casi perfecta y fue una suerte increíble que el truco de invocar a los espíritus del interior de las Perdiciones surtiera efecto. De otro modo nos habrían masacrado.

—Te contaré un secreto. Cada uno se labra su propia suerte —dijo Blake.

—Fue una idea muy buena y en un momento muy apurado —dijo Rochelle—. Debía de haber muchísimo poder detrás de esa invocación.

—Gracias —dijo Julia—. Me alegro de que nadie saliera herido permanentemente. Ya me siento lo bastante responsable tal como han ido las cosas.

—Hemos salido vivos por pura casualidad —dijo Carlita—. Otra vez.

—Sin embargo, obtuvimos muchísima información —dijo Julia—. La cabeza aún me da vueltas. Además me llevé los discos duros antes de que nos marcháramos. Supongo que toda la información importante estará protegida pero puede que haya algunos datos útiles: direcciones de algún sicario en Londres o algo por el estilo.

—Pondré a Jared y Rob a trabajar en ello ahora mismo —dijo Nicola.

—¿Y decís que incendiasteis el lugar? —preguntó Karen llena de curiosidad.

—Sí, le prendimos fuego —dijo Hijo del Viento del Norte—. Nos pareció lo más apropiado.

Otros engendros del Wyrn hubieran podido aprovecharlo como guarida, dijo Ojo de Tormenta.

—Oh, no pretendía parecer crítica —dijo Karen—. Sólo me estaba asegurando. No había ni rastro de ese tal Gerbovic, ¿verdad?

Carlita esbozó una sonrisa cruel.

—Lo matamos hace un par de meses.

Nos atacó varias veces después de la primera vez que estuvimos aquí, dijo Ojo de Tormenta. *En aquel momento no vimos su cara humana y no relacionamos su nombre con aquel Danzante.*

—Hasta que uno de los espíritus me reveló su identidad —dijo Carlita.

Ojo de Tormenta ignoró la interrupción. *Luchamos con él y le derrotamos. Lo dejamos en el lecho del río. El hecho de que no haya sido visto desde entonces confirma que está muerto.*

—Ésa es una gran noticia. ¿Alguien os vio saliendo del club? —preguntó Blake.

—No, que yo sepa —dijo Julia.

—Sí, las calles estaban aún vacías —dijo Carlita.

—Lo habéis hecho muy bien —dijo Nicola—. Podría haber sido un horroroso revés y quiero que lo recordéis, pero eso no es lo más importante. Habéis eliminado una infección y recobrado información de todas clases que puede resultar muy útil... ya veremos lo que recordáis a medida que vuestras mentes asimilan todo ese material y lo ordenan convenientemente.

—Hay más —dijo Julia—. Una de las razones por las que decidimos buscar esta madriguera fue tratar de encontrar información sobre Jo'clath'matric. Bueno, pues uno de los espíritus que compartió conmigo su saber me contó la historia de su nacimiento. Era un espíritu benevolente cuya tarea era devorar ideas peligrosas y obsoletas. El Wyrn lo volvió sobre sí mismo y lo obligó a devorar parte de su propia mente y eso lo enloqueció. La Perdición resultante fue bautizada como Jo'clath'matric. Antes de su transformación se llamaba Macheriel. Su antiguo nombre aún posee poder sobre él... aunque la historia resulta bastante vaga por lo que se refiere a la forma que adopta este poder.

—Eso podría ser de la máxima importancia —dijo Nicola—. Nos han informado de que el Rey Albrecht y los Colmillos Plateados rusos se han unido al Margrave Konietzko y otros y han atacado la guarida de la bestia. Según parece, los Espirales han estado tratando de liberarlo de una prisión ancestral. Sergiy Caminante del Alba ha participado con varios guerreros del Clan del Amanecer.

—¿Se sabe algo más? —preguntó Grita Caos. Julia se encogió. El Clan del Amanecer, en Ucrania, era el hogar de Grita Caos, al igual que el suyo era Ciudad Vieja y seguro que no le agradaba saber que los antiguos y camaradas de su clan estaban librando una batalla sin él.

—La batalla continúa, por lo que sabemos —dijo Nicola—. No tenemos más noticias.

Un pequeño aullido de rabia escapó de la garganta de Grita Caos antes de que pudiera impedirlo. De todos ellos, él conocía mejor que nadie los peligros que hasta los antiguos afrontaban en la batalla.

—Tenemos que ir a Cielo Nocturno para informar a los antiguos sobre el nombre —dijo Ojo de Tormenta—. Y desde allí a unirnos con Caminante del Alba en la batalla si podemos.

Grita Caos se animó al oírlo.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Nicola—. Creo que aquí hemos terminado más o menos. ¿Karen? ¿Blake?

—Me gustaría hablar un momento con Julia en privado, si ella no tiene inconveniente —dijo Karen.

—Por supuesto —contestó Julia, un poco preocupada.

—Si a nadie le parece mal —dijo Pete mirando a Nicola—, Rochelle y yo habíamos pensado en preparar un pequeño número conmemorativo. Hay un Galliard en California que ha montado un sitio en MCnet para intercambiar versiones digitales de canciones de batalla y quería hacer algo para él. ¿Cómo se llama...?

—Chris MacEnryght —dijo Rochelle—. Y no es nada mal músico, por cierto.

—No termina de convencerme —dijo Nicola con voz grave—. ¿Quién se encargaría de la música?

—Yo —dijo Rochelle sonriendo—. No te preocupes.

—Ah, muy bien. En ese caso no hay problema. Siempre que todos los demás estén de acuerdo. ¿Sí? Muy bien, estupendo. Manos a la obra. Espero oírla, junto con algunas de las historias que habéis averiguado, el sábado por la noche. Pero no lo anunciéis hasta entonces. Estupendo, fin de la reunión.

—Oye, princesa, estaremos en el patio cuando hayas terminado tu charla.

Carlita lo había dicho con voz animada pero parecía un poco preocupada.

—Os veré allí enseguida —dijo Julia—. John, ¿quieres llamar a Evan de nuevo? —Éste asintió y ella le pasó el móvil—. Aquí tienes. Trata de darte prisa, ¿eh? Las llamadas internacionales cuestan una fortuna con este trasto.

Los demás salieron de uno en uno y Karen se sentó frente a Julia.

Julia esbozó una sonrisa tímida.

—Parece que vuelvo a la carga, jefa.

—Así es, así es —dijo Karen—. Conservaremos tu cuarto. Nos sobra el espacio. Si necesitas un trabajo, seguro que podemos encontrarte algo. Se lo explicaré a tu padre. Ten cuidado en el este. Mándame un mensaje por correo electrónico de vez en cuando y cuéntame cómo te va. Oh, y cuando creas que estás preparada para un ascenso, házmelo saber.

Julia la miró, muda de gratitud.

Karen sonrió.

—Puedes darme las gracias si quieres.

—Lo siento. Gracias, Karen. Por todo. Estás siendo extremadamente generosa. Puede que me veas de nuevo por aquí en un par de días... aún no hemos tomado ninguna decisión definitiva.

—Bueno, supongo que todo es posible —dijo Karen sonriendo—. Pero algo me dice que descubrirás que en este momento están cosas sucediendo más importantes.

—En realidad, hay algo que me dijo una vieja Uktena. Sobre la Tejedora...

Karen enarcó una ceja.

—Son gente rara. Pero merece la pena prestarles atención... cuando hablan sobre misterios, al menos. Pero no son tus planes de viaje lo que quería discutir.

Julia movió los pies, incómoda.

—Karen, sé que he subestimado el poder de esa madriguera en esta operación y he arriesgado las vidas de tres miembros del clan y lo siento. No valgo demasiado haciendo planes. Normalmente le dejo esas cosas a John Hijo del Viento del Norte u Ojo de Tormenta pero estábamos persiguiendo a ese Espiral entre rumores y rastros de datos, no por un bosque.

—No te estoy criticando, Julia. De hecho, creo que has actuado muy bien. Ser capaz de pensar en situaciones así es una de las virtudes más importantes para la supervivencia. Hiciste lo que pudiste basándote en las pruebas con que contabas y al final todo salió bien. Blake tenía razón: en muchos aspectos, la suerte es una habilidad que deriva de la intuición, los reflejos, la astucia y la inteligencia. Pero tampoco quería hablarte de eso.

—¿Ah no? —dijo Julia. Se sentía un poco estúpida—. Muy bien, ¿de qué se trata?

—¿Has purgado la rutina de la Araña de Red?

—Sí, ha desaparecido —dijo Julia al tiempo que sentía una cierta nostalgia—. En cuanto salimos del club, logré volver a encender la agenda electrónica y había desaparecido del sistema.

—¿Sentiste la tentación de permanecer allí?

La pregunta cogió a Julia por sorpresa.

—Sí. Y fue casi más de lo que pude resistir. Nunca había visto nada parecido. Era precioso... mientras estaba allí, mi cuerpo no era más que un diminuto nodo en la red y podía sentirlo todo. Del mismo modo en que ahora siento mi pie derecho. Podía conseguir que hiciera cosas... el poder era increíble. Daba vértigo. Y también la libertad. Fue muy duro salir las dos veces. No estoy segura de

haber podido hacerlo una tercera. Podría haber acabado atrapada allí, convertida en parte de ello.

—¿Lo lamentas?

—En realidad no. Hay cosas demasiado importantes que hacer aquí. Sin embargo... tengo la impresión de que aprender esa rutina sería una meta digna de perseguirse.

Karen asintió.

—Hay muchos Garou que no hubieran salido la primera vez y mucho menos una segunda. Demostraste mucha sabiduría y auto-control. Lo has hecho muy bien esta semana, Julia. Estoy orgullosa de ti. La noticia se está extendiendo... apuesto algo a que tienes un montón de mensajes de correo electrónico esperándote. Y también estoy muy interesada en el conocimiento que habéis recuperado. ¿Es algo consciente?

—Son como recuerdos que hacía mucho que no tenías. Están allí, esperando, pero sólo aparecen cuando uno los busca.

—¿Así que no sabéis en realidad lo que habéis descubierto?

Julia se devanó los sesos tratando de dar con una forma de explicarlo.

—En parte. Puedo sentir que hay cosas de todas clases y la verdad es que no sé apenas nada sobre muchas de ellas. Hay lecciones que me parece que estoy a punto de aprender. Sólo hace falta que termine de encontrarles el sentido. Cómo le enseñé Ilenya a su amante humano a soportar la Maldición y el precio que los dos acabaron pagando. Las dieciséis maneras de adular al Abuelo Trueno sin enfurecerlo. Dónde encontrar un liquen determinado que, cuando se introduce un espíritu, puede sustentar a un cuerpo durante tres meses. Un rito sencillo para atraer la atención de un Curioso...

Karen guardó silencio un momento. Cuando replicó, lo hizo con voz meditabunda.

—Hay algunas ideas intrigantes ahí. No seas demasiado celosa con ello, Julia. Lo más seguro es que parte de ello lo hayas recibido para transmitirlo a otros. Además, te labrarás una gran reputación si vas por ahí contando cosas útiles cuando es necesario. De hecho, debería encadenarte delante de un teclado y hacer que lo pusieras todo ello por escrito.

—Suenan maravilloso —dijo Julia. Esbozó una sonrisa tímida—. Oh, y hay una historia sobre una joven Garou que se resistía a abandonar su hogar y aventurarse al mundo pero que al final terminó por arriesgarse.

—¿Y cómo termina?

—Ya te lo contaré.



De regreso en el patio, Julia se encontró con que el resto de la manada parecía cabizbaja.

Lo hemos discutido, dijo Ojo de Tormenta en lengua lupina. Vamos a viajar al Túmulo de Finger Lakes tan pronto como el Guardián de la Puerta pueda abrirnos un puente. Dice que el camino sigue estando despejado.

—Me parece justo —dijo Julia—. Iré a por mis cosas. —Se dio cuenta entonces de que todos la estaban mirando—. ¿Qué pasa? ¿No hay tiempo? Muy bien, supongo que puedo viajar ligera de equipaje.

—¿Estás segura? —dijo Grita Caos—. Éste es tu hogar. Si lo abandonas de nuevo de esta manera, sin saber cuándo podrás regresar...

—Oh, por el amor de Gaia —lo interrumpió Julia—. Vosotros no. ¿Qué clase de compañera de manada sería si os abandonara?

—Ya tratasteis de hacerlo una vez, alteza —dijo Carlita.

—Eso fue por culpa de aquella maldita Perdición del Saber que nos volvió locos a todos.

Una voz traicionera del fondo de su mente le advirtió de que tal vez no hubiera sido cosa de la Perdición. Le recordó la sonrisa de Rob Thompson y a su padre y al tío Bill y su trabajo en el clan. Entonces miró a los Garou que tenía delante y pensó en todo lo que habían compartido y conseguido juntos y esbozó una sonrisa luminosa. ¿Qué era lo que había dicho Blake? ¿La cabeza en el camino del corazón?

—Os quiero. Voy a ir y no hay más que hablar. Tendréis que atarme para libraros de mí.

Me alegro de oír eso, dijo Ojo de Tormenta y los demás asintieron en señal de conformidad.

—Entonces, ¿tengo tiempo de hacer una pequeña maleta o no?

Siempre que sea pequeña, dijo Ojo de Tormenta con un rápido meneo de la cola.

—Lo será, os lo prometo —dijo Julia—. ¿Y por qué vamos a Finger Lakes, por cierto? Creía que nos dirigíamos a Cielo Nocturno, que está más cerca del campo de batalla. ¿Es que Albrecht regresa a Nueva York?

John Hijo del Viento Norte sacudió lentamente le cabeza.

—He hablado con Evan pero no he tenido tiempo de explicarle lo de Jo'clath'mattric. Se trata de Mari. Está muriéndose.

Capítulo diez



El vecino más próximo de Megadon en Long Island era una central eléctrica de grandes dimensiones. Un ejecutivo tan arrogante que rozaba la estupidez pero que tenía la talla adecuada sorprendió a Mick con su versatilidad. Le proporcionó un traje casi decente (que se puso rápidamente), algo de dinero, un teléfono móvil, un poco de diversión, un buen desayuno y, algo más tarde, transporte.

Mick se dirigió a Nueva York y probó a llamar a la línea privada del club, por si acaso. No le sorprendió demasiado que nadie respondiera. Para llegar a las Perdiciones tendrían que haber pasado primero por encima de los fomori. Marcó otro número de Londres.

Una mujer respondió con voz cautelosa.

—¿Sí?

—Delia, soy Mick.

Delia era una marchante de arte y traficante de heroína que quería convertirse en fomor por alguna razón absurda. Puede que pensase que se volvería más poderosa o viviría más o algo así.

Mick le había prometido que lo arreglaría si demostraba ser digna. Pero le era más valiosa como humana —aunque a veces podía ser una pesada, era capaz de solucionar problemas más sutiles que cualquiera fomori— así que la mantenía bailando a su son.

—¿Cómo puedo servirte, amo?

—En la puerta de la casa que hay frente a la entrada del Club Release, la que está pintada de verde, encontrarás un pequeño ópalo blanco encajado en la madera, con un diminuto glifo tallado en su superficie. La piedra está junto a la bisagra superior y no se distingue a primera vista, así que tendrás que buscar con cuidado. Coge un martillo y un destornillador o un cincel o algo así y destroza el ópalo.

—Ahora mismo, amo.

Mick suspiró, irritado por su pasividad.

—¿Es que no sientes ni curiosidad, mujer?

—Vivo para servirte y probar mi valor, amo.

—Sí, bueno, ve a romper la piedra. ¿Te ha aparecido este número en el teléfono?

—Sí, amo.

—Bien, pues llámame en cuanto lo hayas hecho.

—Sí, maestro. ¿Algo más?

—Tú hazlo y calla, coño.

Colgó. La piedra contenía un pequeño espíritu que Mick había puesto allí para que vigilara el club y memorizara lo que viera. Cuando lo liberaran de la piedra, acudiría a él para que pudiera drenar sus recuerdos y extraer la información. Lo había interrogado en un par de ocasiones, *in situ*, y gracias a él había encontrado una banda de idiotas que habían tratado de entrar en el local una noche.

Algún tiempo más tarde sonó el teléfono. Tenía un tono bastante estúpido, como era de esperar. Mick lamentó por un segundo haber matado al capullo tan deprisa. La muerte era demasiado buena para algunos. Suspiró y respondió.

—¿Amo?

—Hola, Delia. ¿Lo has hecho?

—Sí, amo.

—Bien. ¿Cómo estaba el club?

Un deje de nerviosismo de apoderó de la voz de la muchacha.

—Temo que el club se ha quemado, amo.

Mick sintió que la cólera brotaba en su interior.

—Serán bastardos. No había necesidad alguna de hacerle eso a mi club. Voy a hacerlos pedazos.

—Sí, amo.

—Y tú cierra la puta boca, zorrón. —La cólera lo volvía grosero—. Regresa a tu casa y quédate allí, sin comer ni beber, hasta que vuelva a llamarte.

Vamos a ver lo obediente que eres.

—Sí, amo.

Si la orden la había consternado, no lo demostró. Bien. Puede que dejase que la zorra muriera de sed. Tenía muchas más.

Colgó el teléfono, lo arrojó al asiento del copiloto y reprimió el impulso de romper la ventanilla o atropellar a algún ciclista. No tenía sentido atraer demasiada atención para nada.

Estaba llegando a los suburbios de Minneola cuando su espíritu centinela se hizo sentir. Pisó el freno ignorando al idiota del coche de atrás y cerró los ojos.

—Muéstrame una imagen clara de todos los que hayan entrado en el club durante las últimas veinticuatro horas.

Una imagen se formó al instante detrás de sus párpados, un grupo de bomberos con máscaras antigás arrastrando una

manguera hacia las ruinas humeantes de la zona del vestíbulo. Se encogió al ver el estado en el que había quedado el local y ordenó a continuación al espíritu que se remontara más en el tiempo. Esta vez, la imagen mostró un grupo extraño de hombres y mujeres. Mick parpadeó al verlos, la imagen desapareció y tuvo que calmar su mente antes de que regresara. Eran los mismos bastardos que lo habían enviado a aquel laboratorio la primera vez. No contentos con obligar de alguna manera a su servidor a traicionarlo —al menos había tenido la prestancia necesaria para destripar al muy capullo, aun después de que le hubieran quemado el cerebro— habían tenido la temeridad de incendiar su maldito club. Lo iban a pagar.

Salió del coche y se plantó delante de un vehículo que veía por la carretera. La conductora, gritando enfurecida, no tuvo más remedio que frenar. Mick cambió a Crinos, atravesó el parabrisas y sacó de su asiento a la mujer, presa ahora de un ataque de histeria. La golpeó en un lado de la cabeza para que perdiera el conocimiento y la arrojó a los asientos traseros antes de volver a la carretera para buscar un lugar más tranquilo. Si se ejecutaba de la manera apropiada, con las promesas pertinentes y la ayuda del santo nombre de Jo'clath'matric, una muerte lenta invocaría a su patrón tribal, Whipoorwill o al menos a uno de sus espíritus. Les encantaba apoderarse de las almas de los moribundos y eran capaces de ver muchas cosas. Puede que ellos pudieran decirle dónde estaban los pequeños bastardos.

En cuanto supiera dónde iban a estar al día siguiente, haría los preparativos necesarios para encargarse de ellos de una vez y para siempre. Usando todos los *medios necesarios*, le había dicho el mensajero. Puede que aquellos asquerosos abraza-árboles le hubiesen destrozado el club, a sus Perdiciones y su servidor pero aún

poseía la autoridad suficiente para asegurarse de que las cosas se igualaban.



El viaje por el puente lunar fue tan tranquilo que casi resultó espeluznante. La manada del Río de Plata envió un mensaje a Cielo Nocturno por mediación de Nicola para informar sobre la historia de Jo'ellath'mattric, pero después de eso no dijeron una palabra más. Julia había esperado más discusiones. Seguro que Grita Chaos quería ir a Cielo Nocturno para ayudar a Caminante del Alba pero las noticias recibidas sugerían que los antiguos estaban aislados. Si había algún modo de hacer llegar la información a Albrecht era a través de sus compañeros de manada, Evan y Mari. Grita parecía también entender la necesidad de ayudar a John en aquel momento, así como él lo había ayudado en el pasado. Un testimonio sobre lo lejos que había llegado la antaño arisca manada.

Todos podían oír el amenazante rugido de la tormenta de la Umbra durante el viaje, pero aparte de eso no había el menor signo de actividad, ni cercana ni lejana. Era como si el mundo espiritual estuviera conteniendo la respiración con nerviosismo. Eso hizo que todos se sintieran inquietos y cruzaron el puente en silencio. Julia no lo hubiera admitido por nada del mundo pero casi tenía miedo de hablar, como si el sonido fuera a provocar alguna reacción. Cuando llegaron a Finger Lakes, aquella tarde, tenía los pelos de punta. Evan estaba allí para darles la bienvenida. Tenía un aspecto horrible: demacrado, con ojeras y pálido. Sonrió al verlos, sin embargo y se dirigió directamente a John Hijo del Viento del Norte. Los dos Wendigos se estrecharon calurosamente

la mano y entonces Evan le dio una palmada en la espalda y sonrió al resto de la manada.

—Bienvenidos otra vez a Finger Lakes. Gracias por venir tan deprisa. La estamos perdiendo rápidamente. No creo que dure demasiado. Llevo semanas sentado aquí, viendo cómo empeora cada día que pasa...

Su voz se apagó.

—Bueno, haremos lo que podamos —dijo Hijo del Viento del Norte—. Puede que entre todos logremos encontrar una manera de ayudarla. ¿Avisaste a los antiguos del clan de nuestra llegada?

—Sí —dijo Evan—. Nadya Zenobia... es la Theurge, una Furia Negra, que se está ocupando de Mari, tenía sus dudas, pero a estas alturas creo que estaría dispuesta a intentar cualquier cosa. Dice que podéis hacer lo que queráis, esta noche está reunida con Alana, la Gran Antigua. En cualquier caso, sois bienvenidos. Al menos tenemos sitio de sobra. La cosa está más tranquila que cuando vinisteis la otra vez, después del asunto del Tisza. Mucho más tranquila, para ser sinceros. Muchos están fuera, en reuniones y encuentros de todo tipo. Albrecht ha sacudido todo el noroeste. Y también Europa, por lo que he oído —esbozó una sonrisa de orgullo—. Sólo espero que su lengua no le haya metido en demasiados líos.

—Los amigos Moradores de Julia en Londres dicen que ha conseguido que los Colmillos Plateados rusos trabajasen con los demás, así que las cosas no pueden ser tan malas.

Hijo del Viento del Norte señaló a Julia y presentó rápidamente a Evan al resto de la manada. El joven Wendigo sonrió para darles la bienvenida.

Julia asintió.

—Ha impresionado a mucha gente. Uno de los Moradores del Clan Ingolstadt, en Alemania, hasta dijo que logró olvidar que

Albrecht era americano porque tenía un auténtico corazón germano.

Evan soltó un bufido, divertido.

—Ya se lo mencionaré cuando tenga ocasión.

—¿Sabes cómo ponerte en contacto con él? —preguntó Hijo del Viento del Norte.

Evan sacudió la cabeza.

—Ahora mismo no. Pero podría encontrarlo. ¿Por qué?

—Tenemos información sobre Jo'ellath'mattric.

—Su nombre original —dijo Julia—. Antes de que se uniera al Wym. Se dice que tiene poder sobre él. Hemos enviado un mensaje a Cielo Nocturno, pero si tienes una ruta más directa, sería de agradecer.

—Muy bien. Empezaré a buscarlo. Pero antes, ¿os importaría echar un vistazo a Mari? Me encantaría tener buenas noticias para Albrecht. Últimamente está un poco trastornado.

Por supuesto, dijo Ojo de Tormenta, para eso estamos aquí.

—Estupendo —dijo Evan. Los guió en dirección al corazón del túmulo y el lago.

—Evan, ¿has descubierto algo sobre el estado de Mari?

—Por lo que dijeron en Yunque-Klaiven, parece que era una Perdición parecida a las que habéis estado combatiendo, sólo que en vez de tratar de devorar su memoria se fusionó con su espíritu. Desde entonces ha desaparecido en su interior y de alguna manera se la está llevando consigo. Nadya también me ha dicho que la Quimara de Mari ha desaparecido.

—¿De veras? Eso me recuerda a algo... —Julia trató de recordar el pensamiento.

Evan los condujo hacia una cabaña de madera de aspecto familiar situada junto al lago.

—Puede que al verla te acuerdes.

Abrió la puerta, encendió una luz y entró en la única habitación de la cabaña. Había una sola lámpara en el cuarto y los postigos estaban cerrados por completo. Reinaba un intenso olor a un incienso que no les resultaba conocido. Mari Cabrah estaba tendida en la cama y apenas respiraba. Si Evan estaba demacrado, ella parecía hecha de papel: frágil y gastada y tan blanca como una sábana. Apenas quedaba nada de ella, salvo piel y huesos y una mata de pelo negro. La manada entró en la habitación y la observó en un silencio estupefacto.

Grita Caos fue el primero en hablar, un minuto más tarde y cuando lo hizo, su voz sonaba distante, medio perdida en los recuerdos.

—Es curioso que hayas mencionado la Quimara, Evan. Se parece a Elya Tocada-por-Gaia.

Julia no dijo nada. No quería interrumpir su cadena de pensamientos. Lanzó una rápida mirada a los demás, por si alguien iba a formular la obvia pregunta pero parecía que todos ellos iban también a guardar silencio.

Grita Caos no pareció darse cuenta. Ni siquiera trató de contarles la historia como en él hubiera sido habitual.

—Era una Colmillo, la hija de un poderoso señor. Ella... bueno, la versión breve es que cayó bajo una maldición del Wyrn y su mente tuvo que esconderse en sus propios sueños para escapar de la maldición que quería entregársela al Wyrn. Ahora que recuerdo cómo estaba escrito, creo que es posible que la maldición fuera alguna clase de Perdición del Saber y probablemente por eso se perdió el cuento. Sea como sea, se sumió en un trance del que nada podía despertarla. Se fue volviendo más y más delgada y más y más pálida hasta que un día, su cuerpo terminó por entrar también en el sueño para estar con su alma. Aún sigue en el reino de los sueños, en alguna parte y si uno sabe cómo buscarla se la

puede encontrar. Ahora mismo la veo en mi mente. —Señaló a Mari—. Se parece a ella.

Ojo de Tormenta asintió.

Yo también tengo un recuerdo de una bestia del Wyrn que trató de obligar a un valiente guerrero a huir atacándolo a través de sus sueños.

Evan parecía horrorizado.

—¿Estáis diciendo que la Perdición está tratando de convertirla en una Espiral?

—Se parece a Elya en la historia y el Wyrn trató de convertir a Elya —repuso Grita Caos.

—Había un Rabagash galés que se perdió en los sueños de otro —Julia se sorprendió al oír su propia voz. Era como si estuviese aprendiendo la historia a medida que la contaba—. Su amigo tuvo que llevar a cabo un ritual para mostrarle el camino de regreso a casa antes de que pudiera volver a su mente.

—¿Qué hacía falta para eso? —preguntó Evan.

—Tiempo, sobre todo —dijo Julia—. El proceso implicaba sobre todo vincular la víctima a... um... era como hacer surf a través de la Umbra sobre la longitud de onda personal de la víctima, si es que eso tiene algún sentido.

—No demasiado —dijo Carlita sonriendo.

—¿Podrías intentarlo?

La mezcla de esperanza y tristeza que había en la voz de Evan resultaba conmovedora.

—No sé si servirá de algo —dijo Julia—. Ni siquiera sé si podré hacerlo. Pero lo intentaré.

—¿Qué necesitas?

—Algo de hoja de limón, o verbena o cualquier otro incienso de limón. Limones frescos, si no. Hasta un ambientador de limón bastaría en realidad —recordó en qué clan se encontraba—.

Aunque supongo que es más probable que los Gaianos tengan incienso. Tengo mi propio encendedor. Tu presencia, para conectar a Mari conmigo. Una botella de agua por si tenemos sed. Un termo de café sería mejor, en realidad. Si no, podría quedarme dormida. Hum, y quizá algo de comer antes de empezar. Estoy hambrienta.

»Oh, y entre seis y doce horas sin que nadie entre en la cabaña. Si es urgente se me puede despertar, pero en ese caso se romperá la conexión que tengamos con Mari para mostrarle el camino.

—Iré a buscártelo todo y avisará a los demás de que no deben entrar —dijo Evan. Salió de la cabaña.

Después de que se marchara, Julia se volvió hacia sus compañeros de manada.

—Hay algo que no le he dicho a Evan.

—Deja que lo adivine —dijo Carlita, entre preocupada y enfadada—. Es absurdamente peligrosos, ¿verdad?

Julia no pudo evitar una sonrisa.

—No absurdamente, pero existe la posibilidad de que en lugar de enseñarle a Mari el camino de salida, yo me vea atrapada. Pero Evan estará a salvo. Si eso ocurre, tendréis que encontrar a otro con el que el espíritu de la historia haya hablado o algún modo de invocarlo directamente. Eso significa que necesitaréis detalles. El Rabagash de la historia era un Fianna llamado Caradoc Duerme-en-Idris y muchos creían que estaba loco, era un poeta o las dos cosas. Venía de un clan llamado Dydynni. Deseadme suerte, ¿vale?

—¿Si se te molesta será más peligroso? —preguntó Grita Caos.

—No, si ya estoy atrapada, no podréis despertarme y si no lo estoy, despertaré. Eso romperá el vínculo que pueda haber hecho con Mari. Oh, y si el problema es de otra naturaleza, no pasará

nada. No me iré a ninguna parte. Si no he despertado dentro de trece horas, podéis empezar a preocuparos.

—Gracias, Julia —dijo Hijo del Viento del Norte—. Esto significa mucho.

Carlita soltó un bufido.

—Así que otra vez es «entrar a ver si hay suerte», ¿no? ¿Es el único plan que puede urdir tu cerebro, Lady Di?

—Sí —dijo Julia con una amplia sonrisa en los labios—. Nunca he sido una gran estratega. ¿O prefieres decirle al Wendigo que espere mientras lo pensamos un rato?

—No pienso decirle nada a Evan —dijo Carlita.

—¿Qué es lo que no vas a decirme? —dijo Evan mientras entraba con varias cosas en las manos.

—Oh, nada —dijo Carlita—. Ese maldito humor británico debe de estar crispándome los nervios.

Evan la miraba con aire dubitativo así que Julia se le acercó.

—¿Qué tenemos por aquí?

—Algo de incienso de verbena y un quemador, una botella de agua fresca, un par de trozos de gallina y un paquete de tabletas de cafeína. No tenían cafetera, me temo.

—Esto servirá a las mil maravillas. ¿Le has explicado lo que voy a hacer a, uh, Nadya?

—Sigue reunida. Michael, uno de los otros Theurge del clan, se lo explicará cuando salga.

—Muy bien. Vamos a ello, entonces. Cuanto antes termine, antes podré dormir un poco.

—Buena suerte, princesa —dijo Carlita.

—Gracias. Ahora largaos, y cerrad la puerta al salir.

Julia comió con tranquilidad y se tomó tres de las pastillas. No tenía ningún sentido apresurarse. Una vez que se sintió un poco menos llena, encendió una barrita de incienso, hizo que Evan se

sentara lo más cómodamente posible en la silla que había cerca de la cama de Mari y se sentó con las piernas cruzadas entre ellos.

—Voy a servir como puente —dijo Julia—. Con suerte, podré encontrar el modo de llegar hasta las proximidades del lugar en el que Mari está atrapada y abriré un canal entre ella y tú. Voy a necesitar que me hables de ella durante el proceso: recuerdos que tengas, cosas que ha hecho, qué clase de persona es, cualquier cosa que pueda ayudarla a volver en sí.

—Ésa será fácil —dijo Evan con voz triste—. No he hecho mucho más durante este último mes.

Julia sonrió.

—Ésa es probablemente la razón de que siga con vida ¿sabes?

Evan parpadeó.

—Me encantaría pensar que lo que he hecho hasta el momento ha servido de algo, aunque sólo sea un poco. Nunca me había sentido tan impotente.

—Bueno, pues ahora eres de vital importancia —dijo Julia—. Voy a estar en trance la mayor parte del tiempo, así que no te preocupes si no respondo nada a lo que dices. Más adelante, es posible que tú mismo entres también en el trance pero eso es perfectamente normal. Primero tenemos que conectar. Quiero que pongas la mano derecha sobre la frente de Mari.

Evan hizo lo que le pedía, Julia extendió un brazo, apoyó el codo en el borde de la cama y colocó su mano sobre la de él.

—Bien. Ocurra lo que ocurra, no muevas la mano hasta que te lo diga, Mari despierte, o pasen doce horas. Aunque yo aparte la mía. No correrás ningún peligro, te lo prometo.

—No dejas de decir eso —Evan le lanzó una mirada de soslayo—. ¿Es qué tú sí?

—Estaré bien —dijo Julia con ligereza.

—Espero que estés segura —dijo Evan. Parecía dudarlo.

—Oh, lo estoy —dijo Julia, confiando en parecer algo más segura de lo que se sentía.

Evan se encogió de hombros.

—Muy bien.

—Vale, ahí vamos. Primero entraré en trance. Cuando te apriete la mano, empieza a hablarme de Mari. Con naturalidad, no corras. Bebe un trago cuando te haga falta. Cuando te apriete la mano una segunda vez significara que he logrado contactar con el lugar en el que Mari se encuentra, y entonces tendrás que dejar de hablar, cerrar los ojos y tratar de relajarte. Yo te llevaré al trance. A partir de entonces serás una especie de boya y con suerte vuestros vínculos conseguirán traerla de regreso. ¿Alguna pregunta?

—Supongo que no —dijo Evan.

—Estupendo. Buena suerte.

Abrió la pantalla de su agenda electrónica, la miró y empezó a calmar su mente. *No soy mis pensamientos, sino aquélla que los piensa. No soy mis emociones...*

En cuestión de segundos estaba asentada, centrada y relajada. La presencia de Mari a su lado no se parecía la de un Garou, ni siquiera a la de un lobo o un ser humano. Decir que estaba incompleta era subestimar la cuestión de manera colosal. La presencia espiritual de Mari era comparable a la de un pez de colores en una pecera: una diminuta chispa de vida, unos pocos procesos automáticos, nada más. Evan, en comparación, era una tormenta furiosa de rugiente tumulto.

Julia le apretó la mano y entonces, mientras Evan empezaba a hablar, dejó que las palabras penetraran en su interior y la acariciaran. Siguiendo paso a paso el proceso que se describía en la historia de Duerme-en-Idris, Julia fue creando poco a poco una imagen de Mari Cabrah a partir de las palabras de Evan y los

fragmentos de su alma que aún permanecían allí. Pasaron las horas mientras permitía que su consciencia se aclimatara gradualmente a la mujer y trataba de reforzar la impresión que se había hecho de ella. No era nada tan concreto como una percepción de recuerdos o rasgos; más bien un patrón de su espíritu: un núcleo de fuego interno, fiero y orgulloso.

Una vez que la forma del espíritu de la Furia Negra estuvo presente en sus pensamientos con fuerza y claridad, la empujó hacia fuera, hacia la consciencia que tenía tanto de Mari como de Evan. Julia sostuvo por un momento la forma de los dos entre los dedos, permitió que se infundiera con sus energías naturales y utilizó el lazo común de la imagen de su alma para acercarlas.

¿Era aquello una chispa de resonancia? Julia habría contenido la respiración de no haber estado su cuerpo en piloto automático. Espero, llena de ansiedad. De improviso volvió a encenderse, una sensación pequeña y cristalina en un lugar imposible de localizar. Las palabras de Evan la alimentaron y se hizo más grande y más fuerte. Podía oírlo pero no era consciente de lo que estaba diciendo. De repente fue como si estuviera volando a una velocidad increíble. Se estaba acercando a algo. Algo grande. Era una suave muralla de energía, oscura y carente de rasgos. Cuando estaba a punto de chocar con ella, se detuvo en seco, a escasa distancia.

Aún podía sentir la chispa allí, el nodo que vinculaba a Evan y Mari. Lo asió con fuerza y envió a su cuerpo el mensaje de que apretara la mano de Evan por segunda vez. Un momento o dos más tarde, sintió un cambio en la consciencia del Wendigo. Con suavidad lo condujo hacia dentro, hacia la chispa que acunaba entre las manos. Sintió que se sumía en el trance y entonces su idea de Mari se vertió sobre la chispa, sobre la propia Julia y sobre el muro oscuro.

Ahora todo lo que restaba era mantener la llamada todo el tiempo posible y confiar en que Mari la encontrara. Con suerte podría hacerlo. Si es que la criatura que la estaba atacando no lo hacía antes, claro. Julia era consciente de que no sentiría de la proximidad de ninguna de ellas, así que no podía levantar barreras. Si la criatura la encontraba antes, era muy probable que le devorase la mente.

Desterró la incertidumbre, sostuvo la chispa en alto y esperó.



Poco a poco, Evan empezó a percibir en su mente la imagen de unos árboles. Era un bosque muy antiguo, de árboles nudosos más allá de lo que podía creer la razón. Era un lugar horrible, opresivo y desagradable. Su visión sobrevolaba las copas, aparentemente liviana e insustancial. El silencio era absoluto pero no él no podía saber si porque todo estaba en calma o porque su sentido del oído no funcionaba en aquel lugar. Miró a su alrededor con más cuidado pero no encontró la menor señal de criaturas vivas.

Era imposible saber qué dirección era cuál, así que decidió elvarse tanto como le fuera posible para ver si podía encontrar algo diferente. En cuestión de momentos se encontraba a tal altura que sintió vértigo y tuvo que recordarse que su cuerpo seguía sentado en una silla.

Desde aquella altura, veía que una maraña de veredas y sendas enrevesadas cruzaban el bosque. Parecían serpentear de un lado a otro, formando un retorcido laberinto. Era como un cerebro. Un cerebro grande y siniestro. Había un claro de grandes dimensiones a la izquierda de Evan, con una mancha muy fea en el

centro. A pesar de que resultaba muy poco sugerente, era el único rasgo discernible, así que decidió dirigirse hacia allí, tratando por todos los medios de no pensar que era un coágulo de sangre.



Ojo de Tormenta se encontraba en el borde del claro, prestando atención a los sonidos de la noche. El tiempo que había pasado en la ciudad la había dejado ávida de la paz que sólo la naturaleza podía proporcionarle. Sus compañeros habían comprendido y la dejaron sola. Vagó por el perímetro del túmulo con despreocupación, sin cazar, sin esforzarse, dejando tan solo que el límpido aire limpiase el hedor de la Tejedora de sus huesos.

Pasaron varios segundos antes de que se percatara de que el bosque estaba *demasiado* silencioso. Se detuvo al instante y olisqueó el aire, lenta, cuidadosamente. Allí. El aire traía el vil tufo de la corrupción, sutil a causa de la distancia pero más intenso cada vez. Se estaba acercando. Le dio la espalda y corrió a toda velocidad hacia el túmulo, al tiempo que lanzaba un aullido de advertencia.

Mientras se aproximaba al corazón del túmulo, le salió al paso un grupo de centinelas del clan en forma Crinos. *Mancha del Wyrn*, les gruñó. Volvió a olisquear el aire y se percató consternado de que aún podía oler la podredumbre. *Se acercan. ¿No los oléis?*

—Sí —gruñó el líder del grupo—. Vamos, retrocedamos a la zona principal. Somos muy pocos. Demasiado pocos para defender el bosque exterior.

Lucharemos con vosotros, dijo Ojo de Tormenta.

—Reúne a los tuyos entonces. El enemigo está en las proximidades del bosque y es muy numeroso.

Ojo de Tormenta asintió y corrió hacia el lago, donde había dejado al resto de la manada junto a la cabaña, haciendo vigilia por Mari. Los encontró luchando. Un grupo de tropas de choque fomori y Perdiciones guerreras los habían atacado. Las fuerza del Wyrn contaban con superioridad numérica y estaban tratando de rodear a los Garou.

Ojo de Tormenta adoptó la forma Hispo y atacó a las criaturas por la espalda. John Hijo del Viento del Norte advirtió su llegada y profirió un furioso aullido de desafío. Atrajo la atención del enemigo y permitió que ella se les acercara por detrás. Derribó a tres de los enemigos antes de que los demás se dieran cuenta de que estaba allí. Cuando vieron que sus compañeros estaban desplomándose de dolor, se volvieron y trataron de reaccionar, así que mientras se acercaba a una cuarta, un Scrag, cambió a la forma Crinos y utilizó su impulso para desjarretarla. Abierta una gran brecha en la línea del enemigo, la manada se apresuró a reagruparse. Hijo del Viento del Norte saltó aullando al centro de la línea, asió a otro Scrag entre las garras y lo hizo pedazos, mientras Carlita y Grita Chaos se colocaban en el centro de la brecha espalda contra espalda y empezaban a sajar a los fomori de ambos lados.

Ojo de Tormenta volvió la mirada hacia la cabaña y descubrió, horrorizada, que la puerta estaba abierta. Corrió hacia ella.



La mujer se vio corriendo por una vereda en dirección a un claro de aspecto horripilante. Por un momento se preguntó por qué y trató de recordar cómo había acabado allí pero el

pensamiento carecía de significado. Lo apartó de sí. Estaba muy cansada y dio gracias de poder detenerse al llegar al claro.

Había un estanque de agua negra en el centro del claro. El agua despedía una miríada de resplandores oscuros. Hacían que el agua pareciera aceite. Las raíces y juncos susurraban junto a la orilla del agua. Los miró sin demasiada curiosidad. Estaba demasiado cansada como para prestar demasiada atención. Tenía la impresión de llevar años corriendo.

No hay necesidad de correr, chiquilla. La voz le resultaba familiar y parecía tan oleosa y siniestra como el estanque que había frente a ella. Una voz de la que debía desconfiar, aunque no conseguía recordar por qué. *Puedes tener paz. Será tuya con solo pedirla. ¿Tan malo sería no tener que correr más?*

Una fatiga invencible surgida de ninguna parte pareció hincharse en su interior. Le pesaban los miembros como si fueran de plomo. *Has luchado tanto como el que más, chiquilla. No tienes nada que demostrar. No puedes conseguir nada más. Sólo esto. Puedes tener paz. Sólo hace falta que la pidas.*

Sabía que estaba mintiendo y su mente buscó desesperadamente una razón para resistirse, pero no encontró ninguna lo bastante fuerte. Sentía que su resolución se debilitaba y lanzó una mirada desesperada por todo el claro. Todo era apagado, mudo, corrupto. El funesto lago, los hambrientos juncos que lo rodeaban, los árboles retorcidos. Levantó la mirada hacia el cielo y un minúsculo resplandor atrajo su atención. Una mota plateada que destellaba entre una miríada de formas diferentes, bailando entre el viento sobre el aceitoso estanque. Tras la opresión del claro, era una visión muy hermosa. La contempló, extasiada, mientras cambiaba entre una docena de formas. Durante un breve momento, hasta pareció un afilado diente de plata.

Qué criatura más extraña sería la que tuviera dientes de plata. La idea le resultaba familiar de alguna manera. Se debatió contra el letargo que amenazaba con abrumarla, luchó y luchó para acceder a sus recuerdos o, si eso no era posible, por lo menos a pensamientos claros. Dientes de plata. Imaginó una dentadura postiza de plata y de repente se dio cuenta de que llevaba sin sentirse alegre... ¿cuánto tiempo? Demasiado. Había olvidado que existiera la alegría. Nada de dientes falsos. Los dientes de plata tenían que ser más afilados. Colmillos. Un escalofrío la recorrió. Casi parecía algo que recordaba... Pero no del todo, no una boca entera. Sólo uno. Un colmillo plateado.

La voz le estaba diciendo algo pero la ignoró y empezó a buscar en su interior tan profundamente como le fue posible, concentrándose en la idea del colmillo plateado. La voz le aulló, tratando de atraer su atención. No lo consiguió. De repente se dio cuenta de que un policía estúpido, con aspecto salvaje se cernía sobre ella. Se encogió instintivamente, consciente del tono gozoso de la voz en su mente.

La mota danzó delante del policía y la mujer, pero sólo ésta parecía consciente de su presencia. La pureza de su brillo plateado le dio fuerzas. Parecía un resplandor de la luz... de repente, al fin, una imagen clara apareció en su mente, una enorme espada de plata, curva y tallada, con una hermosa empuñadura. Mientras la voz le aullaba furiosamente, el policía le propinó un fuerte puñetazo en la cara. No le hizo nada. Una vez se había levantado un policía corrupto contra la hoja de plata. No había durado un solo segundo. Podía recordar su expresión cuando la hoja le atravesó el pecho. Albrecht no había tenido siquiera que perder un paso.

Albrecht. El Colmillo Plateado. Aquel rostro conocido irrumpió en su mente con una sonrisa furiosa en los labios. Podía

ponerle voz a aquella expresión, palabras... como si estuviera diciéndole:

—Vamos, Mari. **S**acúdetelo de encima! Has superado cosas peores que ésta.

Al fin, Mari Cabrah se dio cuenta de que comprendía *exactamente* lo que estaba pasando. Recordó su nombre y sus dones y volcó toda su furia como un cuchillo al rojo blanco sobre la maldita Perdición que se había atrevido a abrirse camino a dentelladas hasta su espíritu.



Julia sintió que Mari recuperaba la consciencia en una explosión de pensamientos. La fuerza de su espíritu quebró el contacto y sacó a Julia del trance antes de que tuviera tiempo de prepararse. Mari seguía bajo ataque pero volvía a ser ella misma. No había nada más que ella pudiera hacer. La presencia espiritual de Evan podía aún ayudarla, sin embargo, así que Julia lo dejó en su trance y permaneció sentada un momento más, aturdida pero exultante. Entonces reparó en el escándalo que reinaba en el exterior.

Recobró la consciencia al instante y comprendió que se estaba librando una batalla junto al lago, pero entonces la golpeó una abrumadora sensación de corrupción y levantó la mirada. Un hombre-lobo alto y negro en forma Crinos se erguía junto a la puerta. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad lo reconoció al instante y se puso en pie de un salto para interponerse entre Evan, Mari y él al tiempo que adoptaba su propia forma Crinos, de color pardo.

—Oh, has despertado ya. Qué lastima. —Mick parecía divertido—. Oye, yo te conozco! Eres una de las golfas que estoy buscando. Una de las que me ha estado tocando los cojones. Vas a desear no haber nacido, zorra.

Cerró las garras de manera amenazante.

—Hablar no cuesta nada, capullo.

Si lograba enfurecerlo, puede que tuviera una oportunidad.

—Como tu miserable vida en este momento. —Avanzó con lentitud, confiado en su superioridad—. Voy a disfrutar matándote lentamente.

—Quemar esa mierda de club tuyo es una de las mejores cosas que he hecho en toda mi vida —dijo Julia con una sonrisa desafiante en los labios—. La decoración pedía a gritos que alguien pusiera fin a su miseria. Hablando de mal gusto. Aunque el lobito paleta se vista de seda, lobito paleta se queda.

Mick bramó de furia.

Julia siguió hablando con todo el desdén posible.

—Oh, sí, y menuda *matrícula*, cateto patético e impotente...

Aullando de rabia, Mick saltó sobre ella. Julia se agachó para esquivar su golpe y lanzó las os garras contra su vientre. Pero el Espiral giró sobre sí mismo más rápido de lo que ella hubiera imaginado y convirtió lo que hubiera podido ser un ataque letal en un patético arañazo. Mientras lo hacía, le propinó un bofetón en pleno rostro con el dorso de la mano que la arrojó hacia atrás y a continuación le escupió a los pies. Julia retrocedió un par de pasos para recobrar el equilibrio. Le faltaban varios dientes. El Espiral era tan fuerte como rápido.

Mientras Mick se le echaba de nuevo encima, fintó un puñetazo y le propinó una patada baja en la parte inferior de la pierna. Pero Mick había aprovechado ya la abertura que la finta le había ofrecido y le infligió sendas heridas en el costado y el

estómago. Fue un golpe poderoso y el dolor la distrajo. Replicó con ferocidad, toda dientes y garras, para tratar de obligarlo a retroceder por un momento, pero él se apartó sin más, se apoyó sobre la pierna izquierda y volvió a clavarle las garras en el costado ya herido. Era demasiado rápido para ella. Julia comprendió de repente que no tenía ninguna oportunidad y profirió un aullido lastimero. Mick esbozó una sonrisa salvaje, se abalanzó sobre ella y le dio un cabezazo en plena cara. Retrocedió tambaleándose y chocó contra la pared, aturrida.

—No hay de qué preocuparse, mascota —dijo Mick mientras se detenía por un momento—. Aún te quedan varios minutos. De dolor.

Julia respondió con un siseo salvaje y avanzó unos pasos. Mientras lo hacía, vio que Ojo de Tormenta entraba sigilosamente en la cabaña en forma Hispo, y sintió una salvaje oleada de esperanza. Mick le propinó una fuerte patada y Julia salió despedida hacia un lado. Trastabilló mientras retrocedía y se agachó para recobrar el equilibrio a pesar de la sangre que resbalaba por su estómago. Las fauces del Espiral se cerraron justo encima de su cabeza. Recordando la Perdición del club, dio un salto y clavó las garras en una de las vigas del techo. Mientras Mick se estiraba para tratar de alcanzar sus piernas, Ojo de Tormenta saltó sobre él y le mordió profundamente en la parte trasera de la rodilla. El Espiral lanzó un grito de dolor y rabia y Julia, tras enfocar toda su furia en el maldito pedazo de mierda, le propinó un golpe terrible en la cabeza con ambas patas.

Desequilibrado, aturrido, medio cegado por la sangre que le caía en los ojos y con las dos piernas heridas, Mick cayó de espaldas, sobre Ojo de Tormenta. En un abrir y cerrar de ojos, ésta se colocó sobre él y le clavó los dientes en la garganta. Mientras Julia saltaba para unirse a ella, Ojo de Tormenta cerró las fauces con

todas sus fuerzas y las sacudió. Con un sonido húmedo de desgarrar, la cabeza de Mick se separó limpiamente de sus hombros.

Ojo de Tormenta se unió al aullido victorioso de Julia y las dos salieron juntas de la cabaña para ayudar al resto de la manada del Río de Plata en la batalla.

Epílogo



Evan se encontraba en la cabaña, contándole a Mari todo lo que había ocurrido durante su enfermedad. Julia abrió la puerta y entró sonriendo.

—¿Han descubierto la razón del ataque? —preguntó Evan con voz llena de curiosidad.

—Alani Astarte piensa que ha sido un último intento desesperado por evitar que informáramos al Rey Albrecht sobre Jo'cllath'mattric.

Evan silbó.

—Apuesto algo a que está encantada de que hayáis atraído a las fuerzas del Wyrn hasta aquí.

—Creo que al final terminará por perdonarnos —dijo Julia—. Aunque ha mencionado algo sobre Uktena entre dientes. Pero nos ha ayudado todo lo que ha podido y hemos estado patrullando el perímetro. Y además es consciente de la importancia de la información. ¿Has conseguido contactar con el Rey Albrecht?

Evan asintió.

—Conseguí un número de Cielo Nocturno y lo encontré allí. Le he contado lo de Mari. Se dirige hacia aquí ahora mismo.

—¿Le has contado lo del verdadero nombre de Jo'cllath'matric?

Evan sacudió la cabeza, sonriendo.

—No. Tu mensaje le ha llegado pero los detalles de la historia no están claros. Según parece, ha habido una gran batalla pero nadie sabe con seguridad si la amenaza de Jo'cllath'matric ha pasado o no. Y nadie le ha visto el pelo a Arkady. Además, supuse que sería mejor que se lo contaras en persona.

Mari rió.

—No puedo esperar a ver su cara cuando lo hagas, Julia.

—Me lo imagino —dijo Julia sonriendo—. ¿Cómo te sientes, Mari?

—Débil pero bien. Me estoy recuperando deprisa. Te debo una.

—*Todos* te debemos una —dijo Evan—. Colectiva e individualmente... y eso incluye a Albrecht. Gran Hermana me ha insinuado algo sobre el gran peligro que corriste.

—No es para tanto —dijo Julia—. Lo único que hice fue mostrarle a Evan cómo encender un faro para ti, para que pudieras volver a casa, Mari. Vosotros dos hicisteis el trabajo duro.

—Creo que voy a empezar a vomitar si sigo escuchando más declaraciones de modestia de nuestra princesita. —Carlita se encontraba junto a la puerta, con el rostro contraído en lo que pretendía ser una expresión de asco.

—Lárgate, Gran Hermana —dijo Julia con una amplia sonrisa—. Estás jodiendo mi imagen pública.

—Tú misma te bastas para eso —replicó con brusquedad la Roehuesos—. Pero en todo caso, ahora sí que tienes la oportunidad de terminar de hacerlo. Viene Albrecht. El Guardián de la Puerta dice que estará en el tómbulo dentro de pocos minutos —se

echó a reír al ver la expresión de Julia—. Pensé que querías saberlo, para poder retocarte el maquillaje o algo así.

Sonrió abiertamente y se marchó.



En otra parte, en el reino de la Umbral que había sido su prisión desde tiempos inmemoriales, el Hijo Olvidado, Jo'ellath'mattric, bramaba de furia. Y en su furia se debatió. Y en aquel debatirse sintió la debilidad de las cadenas que aún lo maniataban.

Pronto sería libre...

